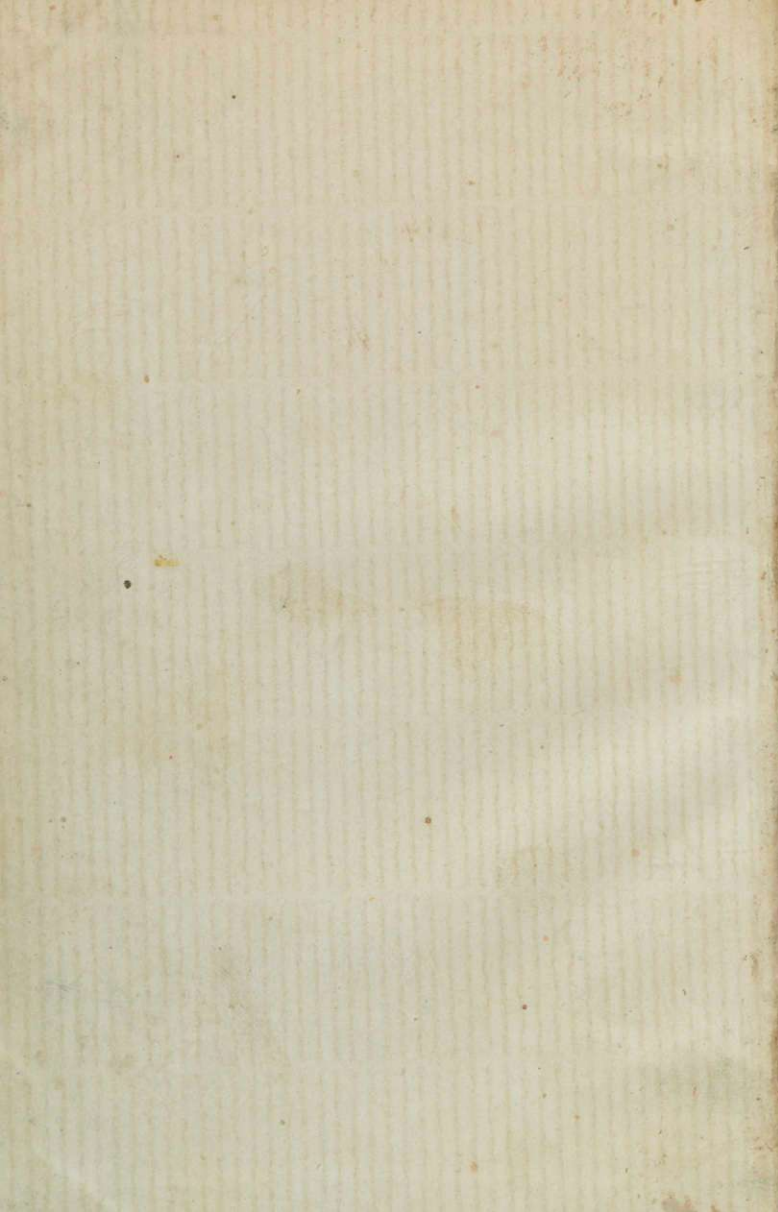




B



HISTORIA DE UNA MUJER

NOVELA DE COSTUMBRES BONITA

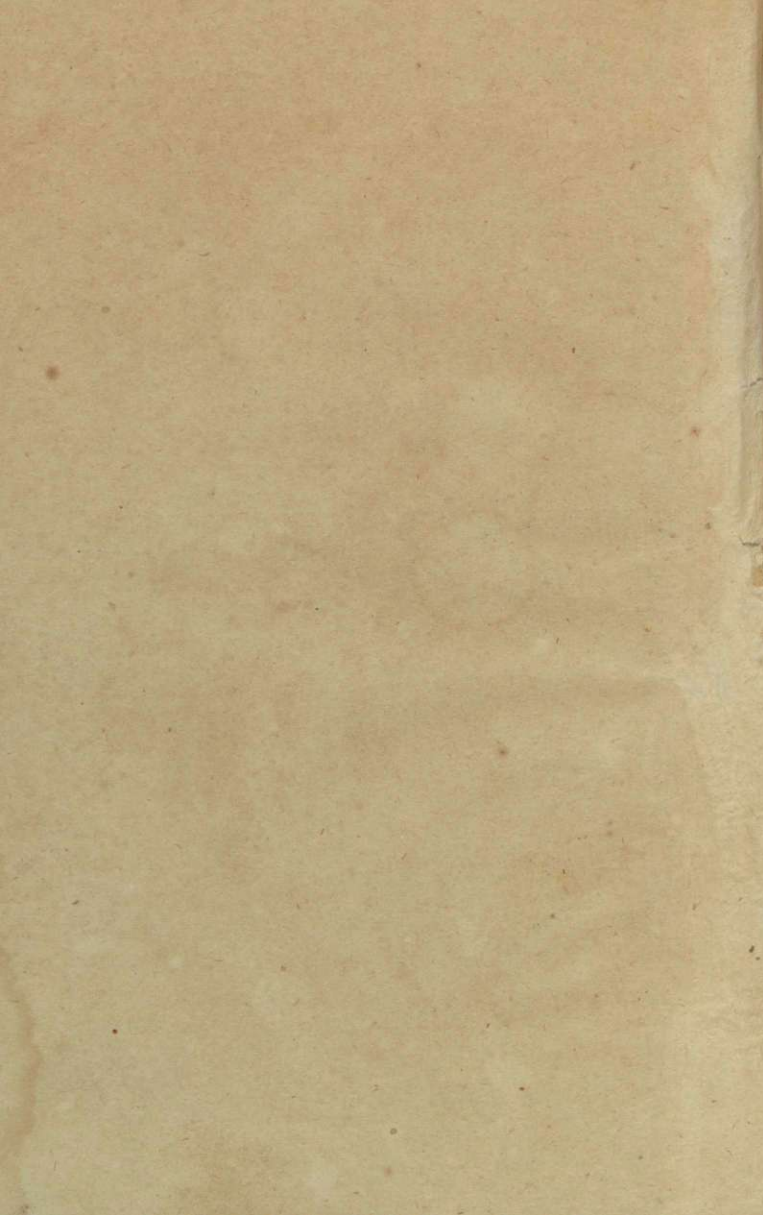


D. P. ORTEGA Y FRIAS

M.G.



HISTORIA DE UNA MUJER BONITA



18 cm.

R. 71.793



GALERÍA LITERARIA.—DIEGO MURCIA, EDITOR.

HISTORIA  
DE UNA MUJER BONITA

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. RAMON ORTEGA Y FRIAS



MADRID:  
ADMINISTRACION DE LA GALERÍA LITERARIA  
Tabernillas, 2, pral.

1881

---

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

---

---

Imp. de Montegrifo y Comp.<sup>a</sup>, Humilladero, 24.

José M.<sup>a</sup> Perote

## CAPITULO PRIMERO

Quién era ella.

No siempre es una fortuna lo que lo parece, así como lo que en muchas ocasiones nos parece una gran desgracia, es la mayor de las fortunas. Esto justifica aquello de que no hay mal que por bien no venga, pues la criatura no puede apreciar siempre con exactitud lo que es el mal y el bien, no puede saber con seguridad completa lo que le conviene. Cuando la experiencia nos ha enseñado mucho, nos convencemos de que con frecuencia hemos deseado aquello de que más debiéramos huir.

De todo esto se deduce que nos conviene desear muy poco, y que seríamos completamente felices sino tuviésemos ninguna aspiracion.

Son muchas nuestras pasiones, y en el número de estas contamos el sentimiento de la va-

nidad, y á través del prisma de nuestras pasiones lo apreciamos todo, por cuya razon es forzoso que nos equivoquemos. Deseamos siempre lo que nos halaga, y no es esto lo que siempre nos conviene.

¿Adónde vamos á parar con estas reflexiones?

Lo verá el lector cuando lleguemos al final de este libro, pues se convencerá de que muchas veces la criatura encuentra sus mayores sufrimientos en lo que ha creído que debía proporcionarle goces sin fin.

La historia que vamos á referir no puede ser más sencilla ni más verdad, y precisamente su sencillez es la que le da toda su importancia.

¿Quién era don Pablo Gamboa?

Nadie lo conocia más que sus compañeros de oficina y el escaso número de sus amigos, lo cual quiere decir que era un empleado.

No habia hecho la carrera por el camino de la política, ni se habia metido nunca en intrigas de ninguna clase, y ni siquiera habia sido adulador.

¿Era posible que con estas circunstancias hiciese fortuna?

Afortunado debia considerarse, porque sólo tres veces durante su vida lo habian declarado cesante, en cuya situacion no estuvo nunca más de un año.

Don Pablo habia nacido para no hacer más que una cosa: cumplir sus deberes en todos sentidos.

Como empleado era un modelo de laboriosidad y de honradez: se presentaba siempre el primero en su oficina y era el último que se iba.

Desde la oficina, y siempre por las mismas calles, al mismo paso, por la misma acera y con la misma actitud, encaminábase á su casa, de donde no salia como no fuera con su mujer y con su hija, cuando la tuvo.

Así, en fuerza de la costumbre llegó á ser como una máquina, que funcionaba siempre del mismo modo, y cuya marcha no hubiera podido alterarse sin descomponerla.

Su trato era dulce, tenia un fondo de candor admirable, y creia que todos los hombres eran tan buenos como él.

A pesar de que la fortuna no le habia sonreido, considerábase como la más feliz de las criaturas, y bien pensado lo era, pues disfrutaba del mayor de los beneficios, que es la tranquilidad de la conciencia, la paz del alma.

Como nada deseaba, no tenia para qué entablar luchas, con el fin de realizar su deseo, y por consiguiente no habia motivo para que sufriese la mortificacion del que anhela una cosa y no la alcanza.

Todo su trabajo y toda su honradez le habian producido los doce mil reales de sueldo que disfrutaba, cantidad que no hubiese sido bastante para que con decoro atendiese á todas las necesidades de la vida, si otra circunstancia no lo favoreciese: esta circunstancia consistia en la de tener su esposa un pariente bastante rico que vivia en América, y que enviaba al matrimonio treinta duros cada mes.

Con tal auxilio pudieron vivir decorosamente, aunque con modestia.

La esposa de don Pablo se parecia mucho á su marido en el carácter bondadoso, en la sencillez, en la dulzura y en todas sus ideas, es decir, que se unieron dos criaturas angelicales, y así el hogar doméstico pudo ser un paraíso y la vida una bienaventuranza, sin necesidad de los goces que proporciona el oro.

Tuvieron una hija, en la que concentraron todo su amor.

La educaron cristiana y sencillamente, y se consideraron más felices que nunca, porque la niña, no solamente correspondió á su cariño, sino que mostró las mejores inclinaciones, debiendo creerse que seria un modelo de virtudes.

No se equivocaron, pues con el tiempo llegó á probar la niña que era un ángel.

Sin embargo, los ángeles de la tierra no son

como los del cielo, porque más ó ménos violentas tienen sus pasiones, tienen sus debilidades, y la hija de don Pablo las tenia, aunque fuesen de poquísima importancia ó de esas que pueden calificarse de inocentes, porque á nadie hacen mal.

¿En qué consistian las debilidades de la jóven?

Quizás no tenia más que una, y esto porque la habian despertado en su alma los demás.

Emilia, que así se llamaba la hija de don Pablo, fué dotada por la naturaleza de una belleza casi prodigiosa; pero no una de esas bellezas frias, sin expresion y sin atractivo como la belleza de una estatua, sino de las que impresionan sin que se sepa por qué, una de esas bellezas que tienen un encanto sin igual, un poder de atraccion que se siente y no se explica.

Donde Emilia se encontrase era imposible que pasase desapercibida, aunque la rodeasen cien mujeres hermosas.

La mirada del hombre, aun contra su voluntad, buscaba siempre aquellos encantos, y no habia indiferencia posible cuando se contemplaban.

Nunca mujer se vió tan halagada como ella, y como desde su niñez habia oido alabar su belleza, no era extraño que el demonio de la vanidad se metiese en su alma.

Empero la vanidad no la cegó, ni aquellos halagos de amor propio llegaron á deslumbrarla, ni mucho ménos cambiaron sus condiciones morales, pues á pesar de todo esta era sencilla, y lo mismo que su padre, nunca tuvo esas aspiraciones que son verdaderos delirios, y que con frecuencia conducen á la mujer al abismo de su perdicion.

La jóven tenia un gran corazon, y en esto consistia su verdadero mérito, porque era un tesoro inagotable de ternura.

Todos sus sentimientos eran nobles y elevados; nunca el ogoismo perturbó su espíritu, y siempre se sintió impulsada á sacrificarse en bien de los demás.

Casi es injusto que hablemos de su vanidad inocente; pero no teniendo otros defectos, algo hemos de decir, de algo hemos de acusarla, pues no se comprenderia, seria inverosímil una criatura completamente perfecta.

¿Era feliz?

Tal vez.

Su sosiego se turbó cuando empezaron á despertar en su corazon sentimientos que siempre habia desconocido.

Tuvo entonces una aspiracion vaga.

Profunda melancolía se apoderó de su espíritu.

Miró al horizonte de lo porvenir; pero su mirada se perdió en la inmensidad.

Amor es la mujer, y sin el amor no puede vivir.

Sucedió lo que debia suceder, y sin que ella lo buscase, encontró Emilia lo que para vivir necesitaba: un corazon grande como el suyo, un alma noble en todos sentidos, el corazon de un hombre que la amaba como ella merecia.

No era rico aquel hombre, no poseia más que su inteligencia, su honradez y su laboriosidad infatigable; pero con esto podia vivir decorosamente, y tal vez llegar á lo que se llama la cumbre de la fortuna.

Era modesto, sencillo, prudente, discreto y reservado.

¿Qué más podia desear una mujer?

Nada, y tampoco nada más deseó la inocente y cándida Emilia.

Poco tiempo bastó para que se amasen con delirio.

Entonces pudo ver la jóven la refulgente estrella de una dicha sin igual, que brillaba en el horizonte, antes oscuro, de su porvenir.

La tristeza huyó de su alma.

Recobró la alegría, y así sus encantos tuvieron doble atractivo.

Empero precisamente porque su belleza fué

más fascinadora, más se fijaron en ella las miradas de todos los hombres.

Nunca está la desgracia tan cerca como cuando nos sonrío la fortuna, porque esta vida debe ser una serie de alternativas entre el sufrimiento y el placer, la tranquilidad y la agitación. Así en los semblantes se ven siempre las lágrimas hoy, las sonrisas mañana, ahora el descuido y luego el temor, un día la satisfacción y al siguiente la ansiedad.

El día en que más feliz se consideró Emilia, y en los momentos en que pensaba en el hombre á quien amaba tanto, recibió su madre una carta.

La buena señora miró el sobre y le dijo á su hija:

—No adivino quien me escribe.... Tú leerás, porque mi vista flaquea.

La carta abrió Emilia.

Pocos momentos despues palideció.

Temblaron sus manos.

La madre esperaba y preguntó:

—¿Quién nos escribe?

La jóven no acertó á responder.

Doña Cándida, que tal era el nombre de la madre, tomó la carta.

Empezó á leer.

No pudo contener un grito.

Tambien palideciõ

—¡Dios bendito!—exclamó luego.

Y el llanto empezó á correr por sus megi-  
llas.

Tambien de los magníficos ojos de Emilia se  
escaparon las lágrimas.

Aquella carta llevaba la triste noticia de ha-  
ber muerto el pariente que les daba la pensión,  
y cuyo heredero, que era un sobrino lejano, no  
estaba dispuesto á ser igualmente generoso que  
su tio.

De repente desaparecia uno de los recursos  
con que contaba aquella honrada familia, re-  
curso que tenia muchísima importancia.

Además era una desgracia que no podia mi-  
rar con indiferencia.

Pasados los primeros momentos de la sor-  
presa y el dolor, la jóven empleó toda su inteli-  
gencia, que era mucha, y toda su ternura para  
consolar á su madre.

Don Pablo recibió la noticia con tanta sorpre-  
sa como disgusto, pero nada dijo que hiciese  
sospechar que aquella desgracia le hacia sufrir  
por lo que afectaba á sus intereses.

Consoló á su esposa y redobló para ella su  
cariño.

Dice el adagio, bien vengas mal si vienes so-  
lo, y esto es, por desgracia, una gran verdad.

La tranquilidad recobraron aquellas nobles criaturas, pero no fué muy duradera.

Al mes siguiente, y cuando ya empezaban á echar de ménos el recurso que habian perdido, don Pablo entró en su casa, no como siempre, sino triste y cabizbajo.

—¿Estás enfermo?—le preguntó su esposa.

Su hija lo acarició, haciéndole la misma pregunta.

El honrado Gamboa no contestó.

Dejóse caer en una silla.

Nunca habia sabido fingir, y tampoco pudo hacerlo entonces.

—¡Ah!—exclamó con desaliento.

¿Qué le sucedia?

Al salir de su oficina le habian entregado un pliego: era la cesantía.

El golpe no podia ser más terrible.

No contaban con las relaciones y las influencias que en otras épocas les habian servido, y por consiguiente no debian tener ninguna esperanza.

¿Con qué vivirían?

Don Pablo no servia más que para una cosa, para ser empleado, y además era ya viejo y le faltaban fuerzas para emprender esas luchas que sostiene la juventud, y que dan por resultado la fortuna ó la ruina y la muerte.

Aquel hombre honrado no comprendía que en el mundo hubiera para vivir más recursos que los de un empleo.

¿A quién acudiría?

¿Qué haría?

Contaba con algunos ahorros, pero bien pronto los consumirían.

¿Y despues?

El infeliz estaba aturdido, anonadado.

Entonces su hija dió pruebas de la elevacion de su alma y de su gran corazon.

Empleó todos los razonamientos imaginables para probar que la desgracia no era tan grande como parecia, y para hacer creer á sus padres que aun les quedaban muchos recursos.

A las observaciones del anciano contestaba Emilia:

—Viviremos como viven todos los que no son empleados. En último apuro, trabajaré, y con lo que usted pueda ganar...

—¡Que trabajarás!—decía con amargura el cariñoso padre.

—¿Y por qué no?

—Lo sabrás, si desgraciadamente llegas á conocer el mundo.

No debemos pintar las tristes escenas á que dió lugar aquella desgracia,

Don Pablo no era comunicativo, su esposa

tampoco, y el sentimiento de la dignidad estaba desarrollado quizá con exceso en la hija.

De esto resultó que todos callaron, ó lo que es igual, se concretaron á decir sencillamente á sus amigos lo de la censantía, pero sin exhalar una queja, sin dejar traslucir lo que sufrían.

Aceptaron su nueva situación, porque todo se acepta cuando es absolutamente preciso.

Don Pablo se ocupó en ir desde su casa al ministerio para solicitar, y desde el ministerio á su casa para llevar á su familia una esperanza, que siempre se convertía en un desengaño.

El hombre que amaba á Emilia intentó favorecer disimulada y delicadamente á la familia Gamboa, pero no lo consiguió, porque sus buenos deseos encontraron siempre el obstáculo de una reserva absoluta, de una dignidad intransigente y de una delicadeza exagerada.

¿Habían concluido las desgracias de aquella familia?

No.

Emilia seguía siendo el objeto de la atención de los hombres.

La melancolía y el dolor, cuando en su semblante se revelaban, parecía que hacían doblemente interesante su belleza.

Y esta pícara circunstancia molestaba siempre al hombre que amaba tanto á la jóven.

Tal vez tenia la debilidad de ser más celoso de lo conveniente, y un dia llegó en que los celos le hicieron sufrir demasiado.

Los celos no serian muy temibles si no inspirasen una série de suposiciones que muchas veces son absurdas.

El que tiene celos supone siempre lo peor, pues sólo así justifica sus desconfianzas, y en fuerza de suponer, llega á parecer todo, no solamente verosímil, sino posible.

Eduardo, á pesar de su clarísima inteligencia, á pesar de su recto juicio, pensando como loco, porque los celos producen el delirio, llegó á creer que de Emilia era prañ parte de la culpa de que los hombres fijasen tanto en ella la atencion.

Supuso que las miradas de la jóven, los gestos ó los ademanes más sencillos eran una provocacion que, unida á su belleza, habia de dar el resultado que tanto lo atormentaba.

La verdad es que Emilia no necesitaba sonreir ni mirar á los hombres para que éstos la mirasen, y si su belleza impresionaba demasiado vivamente, no era suya la culpa.

Su belleza era, pues, una desgracia.

Quiso Eduardo callar, que es lo primero que hacen los celosos, pero el disimulo no duró muchos dias, y su disgusto se manifestó con esas

formas especiales que siempre se manifiestan, los celos.

Emilia se sorprendió, y aun se sintió aturrida al escuchar las primeras quejas y las primeras acusaciones.

Su conciencia estaba tranquila, y ni con el pensamiento habia ofendido al hombre á quien amaba.

Sus miradas, sus gestos, sus ademanes, todo cuanto hacia era inocente. Nunca se propuso llamar la atencion de nadie y, por consiguiente, no pudo sospechar que su amante se considerase ofendido.

La primera idea que brotó en su mente, hubiera podido ser calificada de extravagante por el mundo, pues pensó que si á todos los hombres agradaba, si la codiciaban todos, debia ser para Eduardo una satisfaccion inmensa el ver que habia conseguido que fuese suyo lo que tanto deseaban los demás y lo que tanto valia en opinion de todos.

Al discurrir así, estaba la jóven dentro de la razon y del más sano juicio; pero los celos, como son enemigos de la razon, discurren de otro modo.

Defendióse como pudo Emilia.

No consiguió convencer.

Puso gran cuidado en cuanto hacia, porque á

toda costa queria evitar que en ella fijasen la atencion.

Nada absolutamente consiguió con sus buenos propósitos.

Los hombres encontraban siempre arrebatadora aquella belleza.

Tambien fué inútil que se retrajese del trato con sus amigos, y para quitar toda ocasion, llegó un dia en que no salió de su casa sino lo absolutamente preciso para cumplir sus deberes religiosos, ó para algun asunto de gran interés de la familia.

Se vestia muy sencillamente, y su rostro le ocultaba en la calle con el velo; pero no necesitaba adornos ni descubrir el semblante, pues á través del velo se escapaban las corrientes magnéticas que producian aquellos efectos que ella misma deploraba.

Mirábase al espejo; veia que Dios le habia dado muchos hechizos; pero no comprendia el por qué habia de arrebatarse más que otras mujeres.

Los celos de Eduardo se encendian más y más y se manifestaban con mayor violencia.

Emilia empezó á considerar como una gran desgracia su belleza.

Manantial de lágrimas fueron sus ojos.

Y como en realidad era inocente, concluyó

por sentir herido el sentimiento de su dignidad.

¿Qué habia de hacer, cuando su amante no queria escuchar la voz de la razon?

Tambien habian sido inútiles las súplicas, el llanto y los juramentos.

Eduardo dudaba siempre, y siempre la amaba.

Sucedió al fin, lo que era natural y lógico: la jóven se consideró gravemente ofendida, y exigió la justicia y el respeto á que derecho le daba su virtud.

Despues de esto era inevitable la lucha.

Ambos aspiraban al triunfo, queriendo que se les reconociese la razon, y como esto era imposible, llegaron á encontrarse en una situacion violenta, que no podia tener más que un desenlace.

Emilia empezó á sentirse fatigada.

El sentimiento de su dignidad se levantaba cada vez con más fuerza.

Y para que nada faltase, un sòplo diabólico hizo brotar en su mente la más amarga y la más terrible idea, y se preguntó si sus desgracias, el quebranto de sus intereses, habia podido influir para que Eduardo la tratase con mayor dureza.

Así cometia la misma falta de que era vícti-

ma, poniendo en duda los nobles sentimientos de aquel hombre.

Llegó uno de esos días desdichados, uno de esos momentos en que nuestra disposición de ánimo nos hace intolerantes, y como los dos se encontraban lo mismo, mostróse Eduardo más fuera de razón y ella más intransigente, y casi á la vez se escapó de sus labios la palabra que anunciaba un rompimiento.

No se necesitaba más.

Quedó deshecho el lazo que unia aquellos dos corazones.

Cruzaron frases muy amargas.

Se separaron con el propósito de no volver á verse.

—Ya eres libre,—le había dicho Eduardo á la jóven;—ya no tienes estorbos para buscar esos halagos que deben hacerte feliz.

—Y tú,—replicó Emilia,—no tienes ya derecho para quejarte.

Hicieron esfuerzos sobrehumanos para separarse con frialdad; pero sentían destrozada el alma.

Cuando Emilia quedó sola, exhaló un grito desgarrador.

Perdió el conocimiento.

Al recobrarlo, se encontró en su lecho y entre sus padres.

La fiebre la devoraba.

Enfermó, y su vida estuvo en peligro.

Eduardo salió aquel mismo día de Madrid; pero también se quebrantó su salud, á pesar de que buscó viajando nuevas impresiones y distracción.

Así se realizó la tercera desgracia de la mujer bonita.

Y como el tiempo pasaba sin que don Pablo consiguiera que le devolvieran su empleo, los ahorros se consumían y empezaba á dejarse ver el terrible fantasma de la miseria.

Era débil el espíritu de aquel hombre honrado.

Le espantaba la idea de encontrarse sin ningún recurso, y se preguntaba qué sería de su esposa y de su hija.

En vez de luchar valerosamente con ese fantasma que se llama desgracia, se declaró vencido.

Se desvanecían sus esperanzas.

Perdió al fin la última.

Cuando ninguna esperanza nos queda es imposible la vida.

Don Pablo languideció.

No estaba enfermo, y sin embargo, sus fuerzas disminuían rápidamente.

No salía de su casa sino cuando tenía nece-

sidad absoluta de ir á ver á los ministros y directores.

Siempre volvía con la amargura de los desengaños y con mayor desaliento.

Y al fin le faltaron las fuerzas hasta para ir á pretender.

Ya estaba gravemente enfermo.

¿Qué nombre tenía su enfermedad?

Ninguno, ni la ciencia la conocía, ni contaba con medios para combatirla.

Gradualmente mermaba la existencia del infeliz.

Y entre tanto se quebrantaba también la salud de su esposa.

Emilia daba pruebas de resistencia y de valor: cuidaba á sus padres y no necesitaba descansar ni dormir, ni casi alimentarse.

Aquella situación terminó muy horriblemente, pues murió don Pablo.

Al dejar de existir desaparecieron también las últimas monedas de los ahorros.

La situación en que quedaron la madre y la hija no podía ser más horrible.

¿Qué harían?

Tenían derecho á una pequeña pensión, pero esto no era bastante para que viviesen con la circunstancia de estar enferma la madre.

—¡Dios nos protegerá!—exclamó la jóven.

—¿Qué haremos, qué haremos?— repetía mientras lloraba la pobre madre.

—Vivir honradamente.

Vendieron cuanto tenían de algun valor.

Cambiaron de vivienda.

El cambio perjudicó mucho á doña Cándida, pues su salud se quebrantó más y más, quedando casi inútil para moverse.

Necesitaba constantemente el médico, los medicamentos y alimentos delicados y nutritivos.

Para todo esto no eran bastante los recursos con que contaba.

Emilia creyó que habia llegado el caso de poner en práctica su noble propósito de trabajar.

No sabia lo que produce el trabajo de la mujer.

Debia sufrir nuevos desengaños.

Empero no se declaraba vencida, porque habia nacido para luchar y tenia fuerza sobrada de voluntad para cumplir sus deberes.

No habia sacrificio que no estuviese dispuesta á consumir por su madre.

Esta era lo único que le quedaba en el mundo.

¿Y su amor?

Aún ardía en su pecho con llama inextinguible.

A pesar de todos sus esfuerzos no habia conseguido olvidar á Eduardo.

Pensaba en él á todas horas y le parecia que á todas partes le acompañaba la sombra del hombre querido.

Empero nadie la oyó pronunciar el nombre de su antiguo amante.

Tampoco hizo nada para averiguar dónde se encontraba Eduardo.

Siempre salia á la calle con la esperanza de verlo, pero nunca lo conseguia.

Con frecuencia se preguntaba la infeliz:

—¿Me ha olvidado?

No queria creerlo porque la vida hubiera sido entonces insoportable para ella.

¿Y á qué aspiraba?

No lo sabia; pero tampoco dió abrigo á esperanzas halagüeñas.

Más de una vez arrepintióse Emilia de no haber sido tolerante, pero ya no podia retroceder, ya su dignidad no le permitia buscar á Eduardo para pedirle perdon de faltas que no habia cometido, y mucho ménos podia hacer semejante cosa encontrándose en situacion tan triste, pues se hubiera creido que la impulsaba el interés.

Eduardo, que se consideraba ofendido, tampoco la buscaria, y aunque la buscasse, no habia

de encontrarla, pues al cambiar la situación habían dejado las dos mujeres las relaciones con todos sus amigos, es decir, que habían desaparecido del mundo, sin que nadie supiese lo que había sido de ellas.

Doña Cándida, agoviada por tantas penalidades, aturdida por los tremendos golpes que había sufrido y por el trastorno de su crónica enfermedad, encontrábase en ese estado en que las ideas son vagas y confusas, y ni se daba clara cuenta de su triste situación, ni podía comprender lo que pasaba en el alma de su hija. La pobre madre vivía maquinalmente y esto era lo mismo una desgracia que una fortuna.

Emilia buscó el trabajo.

Lo encontró, lo cual no consigue siempre la mujer.

Cosía desde que el sol dejaba ver sus primeros rayos hasta que se desvanecían los últimos resplandores del crepúsculo; pero tenía que interrumpirse con frecuencia, ya para ocuparse de los quehaceres domésticos, ya para atender á su madre.

Esto era demasiado para sus fuerzas.

¿Qué había conseguido con su aplicación y su honradez?

Durante el primer mes de aquel trabajo no

interrumpido, y casi insoportable, se encontró conque habia ganado cuatro duros.

¿Que debió sentir?

Esto no podria explicarlo más que cualquiera de las infelices que se encuentran en igual situacion y que por desgracia son muchas.

Para soportar esto con resignacion, sin olvidar los deberes, se necesita una virtud que apenas se concibe.

Y sin embargo, aun más virtud de la que tienen les pedimos á esas infelices, y echamos sobre ellas deberes, y más deberes, y no les concedemos ningun derecho, y somos implacables para acusarlas y castigar sus menores faltas, hasta las faltas que son hijas de una desesperacion engendrada por el hombre y por todas las amarguras.

¡Pobre mujer!

Y aún tenia nuestra jóven otro enemigo, el de su belleza arrebatadora.

En ciertas ocasiones la belleza es un peligro.

¡Desgraciada la mujer que es bonita y que tiene hambre!

Tal era la situacion de Emilia cuando dieron principio los sucesos que han de ocupar nuestra atencion.

---

## CAPITULO II

### Un calavera.

¿No habeis visto esos ojos negros, de brillante pupila, de mirada profunda y con claro oscuro indescriptible? ¿No habeis visto esos ojos cuyo encanto no consiste en la belleza de la forma, ni en el color, sino en lo que expresan y que es inexplicable? ¿No os habeis sentido nunca impresionados por esas miradas que parecen corrientes de fuego, y que de las pupilas se escapan contra la voluntad; esas miradas que se fijan un instante, que penetran, que hacen estremecer, que encienden, que embriagan y que muchas veces producen el delirio?

¿No habeis visto esos rostros aguileños, ligeramente morenos, pálidos y de finísima piel, á través de los que parece verse circular una sangre que tiene mucho fuego?

¿No habeis visto una de esas cabezas admirablemente modeladas, y cuyo encanto consiste en la gracia de los movimientos, gracia que se comprende y no se explica?

¿No habeis visto esos lábios frescos y rojos, ni gruesos ni delgados, que hablan sin moverse, que provocan sin hablar, que sonrien con dulzura encantadora aun en los momentos del dolor, y que sin el impulso de la voluntad, sin la intencion y sin la conciencia prometen delicias sin fin?

Pues añadid un talle esbelto, de formas perfectas, pequeña y mórbida mano, más pequeño pié y otras bellezas y encantos por el estilo, y tendreis el retrato de la desdichada Emilia.

No era una de esas mujeres de las que pudiéramos decir que están dotadas de una cantidad excesiva de hermosura; no era una de esas bellezas dignas de la admiracion del artista; no era, en fin, precisamente un modelo, sino sencillamente una mujer bonita, pero una mujer que impresionaba no sabemos cómo, y en la que era forzoso fijar la atencion, y cuando la atencion se fijaba en ella, no era posible sustraerse á la fascinacion de sus encantos, y particularmente la de sus ojos y su boca.

Por desgracia hay muchos hombres que no se ocupan más que en buscar mujeres que sa-

tisfagan su repugnante sensualismo, y buenas ó malas casi todas les parecen bien, y por consiguiente, cuando encuentran una que les impresiona más vivamente, no es extraño que se muestren más tenaces y que se sientan con valor para cometer todos los abusos.

Tales hombres, que son una desdicha para la sociedad, un obstáculo para el perfeccionamiento moral, pasan la vida galanteando en las calles, en los cafés, en los teatros, en los salones, en las bohardillas, en los talleres y en todas partes, y lo mismo emplean su seducción para la gran señora que para la modesta obrera ó la humilde criada.

Para ellos es una verdad práctica aquello de que el hábito no hace al monge, y lo mismo les da que el cuerpo de la mujer esté envuelto en lujosa seda que en pobre algodón ó lana; lo mismo les da que el cuerpo, objeto de su codicia, exhale aromas delicados, ó trascienda á jabon, estropajo y potaje.

¿Qué importan para ellos estas exterioridades?

Si dos mujeres de distinta clase y posición, si la señora y su criada cambian de ropas, se quedan las mismas, en realidad, con todas sus bellezas y con todas sus fealdades.

Esto no lo conciben los que tienen sentimien-

tos medianamente delicados, pues creen que no es lo mismo la perla en el lodo que la mórbida garganta de una mujer jóven y hermosa.

Los hombres á quienes hemos aludido se encuentran en todas las clases de la sociedad, porque en todas hay los mismos vicios y las mismas virtudes, sin más diferencia que las formas conque se revisten.

¿A dónde iria la hija de doña Cándida que no llamase la atencion?

¿Dónde no le sucederia lo mismo?

Cuando su padre vivia, los hombres no se atrevian más que á galantear á Emilia con frases delicadas; pero habia cambiado su situacion; era pobre, no representaba en el mundo más papel que cualquiera otra mujer de humilde condicion, y ya los hombres no se creian obligados á respetarla.

Las galanterías delicadas y que podian halagar el amor propio de las señoras debian convertirse en seducciones groseras, que habian de ofender gravemente á la mujer virtuosa.

A cualquiera de esos audaces seductores de oficio le hubiese parecido que representaba un triste papel si se concretaba á decirle delicadamente á la pobre costurera que era bonita, y por la mente de ninguno podia pasar la idea de que aquella mujer fuese digna en todos sentidos de

ser la esposa del más honrado de los hombres.

Como Emilia no conocia el mundo, como no sabia todo lo que hay en el corazon humano, ni creia en la existencia de ciertas maldades y ciertas degradaciones, no pudo sospechar los grandes peligros que habian de amenazarla en su nueva situacion.

Una tarde, á ese hora en que se desvanecen los crepusculares resplandores y empiezan á esparcirse las tinieblas; á esa hora en que principian á brillar en las calles y en el interior de los edificios las luces que deben sustituir durante la noche á la del sol; á esa hora en que aumenta considerablemente el número de transeuntes con los obreros que acaban de dejar su faena y buscan su morada donde les espera el alimento y el descanso; á esa hora, en fin, en que Madrid presenta un aspecto distinto que á las demas, Emilia salió de una casa de regular apariencia de la calle de las Tabernillas.

Vestida sencilla y pobremente, cubierta su hermosa cabeza con el negro manto y con un envoltorio bastante grande, no era menester más que mirarla para comprender que pertenecia al número de las infelices que se empeñan en proporcionarse el sustento con el producto de su trabajo.

Tambien bastaba el primer golpe de vista

para conocer que la jóven se encontraba bajo la presion de una angustia mortal.

Inclinábase su cabeza.

En el suelo fijábase su mirada, que expresaba dolor profundo.

Densa palidez cubria su rostro.

De vez en cuando escapábase de su pecho uno de esos suspiros penosos que son el único desahogo de los que sufren y callan sin que el mundo comprenda su dolor ni aprecie en lo que vale su silencio.

Avanzó rápidamente.

Cuando entró en la Cava baja, su respiracion era violenta.

Frecuentemente salia de la acera para evitar el estorbo de los transeunfes.

Al llegar á Puerta-Cerrada, encontróse frente á frente con un hombre que iba en sentido contrario, y que parecia muy distraido.

Vacilaron ambos, moviéndose á derecha y á izquierda para dejarse el paso libre, y esta circunstancia la obligó á detenerse.

Maquinalmente levantó Emilia la cabeza.

Vió que la persona que involuntariamente la detenia era un hombre vestido con elegancia, de aspecto muy distinguido, de estatura elevada, bien formado y dotado de hermosura varonil.

Rubia y finísima barba, arreglada con esmero, cubria gran parte de su rostro.

Sus ojos eran pequeños, un poco hundidos y de color azul muy claro, del que se destacaba más su negra pupila; pero tenían mucho brillo, y la mirada era ardiente, muy espresiva y penetrante.

No hubiera podido decirse lo que expresaba su semblante; pero habia en él algo como de repulsivo, aun en los momentos en que se dilataban y se entreabrian sus lábios para sonreir.

La jóven, sin darse cuenta de lo que hacia, retrocedió un paso.

Hizo un gesto que parecia revelar el temor.

Volvió á inclinar la cabeza, porque no pudo sostener la mirada ardiente y penetrante de aquel hombre.

Inmóvil quedó la infeliz.

Lo que sentia no hubiera podido explicarlo, porque todo era instintivo.

El transeunte de los azules ojos se apartó para dejar el paso libre, y dijo como si hablase para sí:

—No he visto criatura igual.

Cambió repentinamente la expresion de su semblante.

La belleza de Emilia debió impresionarlo como impresionaba á todos.

Con pasos inseguros avanzó la jóven otra vez.

—No,—dijo el de la rubia barba,—no he de cometer la torpeza de volverle la espalda á la fortuna cuando se me presenta tan favorable.

Y dió media vuelta.

Se colocó junto á Emilia.

Avanzó al mismo paso y en la misma direccion que ella, diciéndole:

—No se enfade usted, niña hechicera, que si ¡mportuno soy, no es la culpa mia, sino de los ojos que le ha dado á usted Dios, ó tal vez el diablo, para trastornar á los hombres y que se condenen al morir desesperados. Si tiene usted una fuerza de atraccion irresistible, si en la mirada de usted hay algo que subyuga, que fascina, ¿cómo he de alejarme? La voluntad es impotente cuando se apodera de nuestra cabeza el vértigo, y en tales momentos de trastorno y de delirio, no seria justo exigir á la criatura la responsabilidad de sus acciones. Yo quisiera irme, pero no puedo, porque me encadena la mirada de usted, y como no puedo, la sigo y la seguiré á despecho de todas las conveniencias, de todos los obstáculos y de todos los peligros.

Emilia tembló.

Enrojecieron su megillas.

Redobló el paso.

Lo apresuró también el que pudiéramos llamar cazador de mujeres.

—Iremos como usted quiera, aunque sea corriendo, aunque sea volando, porque para volar me prestaría Cupido sus ligeras alas... ¡Cuánto hechizo!.. ¿Por qué siento lo que no he sentido nunca?... Después de recorrer el mundo, todo el mundo, mirando siempre con indiferencia á cuantas mujeres he encontrado en mi camino, sin comprender lo que es el amor, vengo á enamorarme en el último rincón de la tierra, junto á la cruz de Puerta-Cerrada... Esto de la cruz debe significar algo; es una coincidencia que no olvidaré. ¿Es que estoy destinado á que me crucifique la crueldad de la indiferencia de usted?...

—Caballero...

—Si algún hechizo faltaba le tiene la voz

—Aparte usted,—replicó severamente la joven.

—¡Qué me aparte!... ¿Y cómo, si mis piés se niegan á obedecerme? ¿Qué he de hacer contra una fuerza superior á la de mi voluntad? No me pida usted un imposible, porque...

—Basta,—interrumpió enérgicamente Emilia.

Y se detuvo un instante.

Levantó la cabeza.

Sus ojos estaban húmedos por el llanto.

Entonces tuvo sobrado valor para mirar frente á frente á su perseguidor.

Lo que expresó el semblante de la infeliz no es fácil explicarlo; pero sucedió que el galanteador importuno arrugó el entrecejo y la cabeza inclinó.

La profunda mirada de la jóven lo habia dominado.

Quiso hablar y no pudo.

Por primera vez en su vida se sintió turbado en presencia de una mujer.

Esto era inconcebible.

Emilia aprovechó aquellos instantes y volvió á ponerse en movimiento.

La turbacion del cazador de mujeres pasó muy pronto.

—¡Oh!—murmuró sordamente.—¿Qué clase de criatura es esta?

Por lo mismo que creyó que la jóven no era una mujer vulgar, se sintió más interesado, y era natural que su amor propio formase mayor empeño.

Nunca se habia visto rechazado de aquel modo, y con la circunstancia de ser una criatura humilde la que se le imponia.

Siguió á la jóven.

Ya no se colocó á su lado; pero no debia perderla de vista un instante.

A toda costa queria saber quien era aquella infeliz.

—Seguro estoy,—decia para sí,—de que esta aventura ha de tener algo de extraordinario y ofrecer peripecias sorprendentes, en cuyo caso será más agradable y más divertida.

Contemplaba con más ansiedad cada vez á la jóven, y cada vez la encontraba más bella.

Grandes esfuerzos hacia la desdichada para que el llanto no se escapase de sus ojos.

Todos los dias eran para ella de sufrimiento; pero aquel mucho más, porque su madre se habia puesto peor, era necesaria la asistencia del médico, y no tenian más dinero ni recursos que el valor del trabajo que acababa de hacer, valor que no pasaria quizás de una mísera peseta.

Así se comprende su mortal angustia.

Y precisamente en aquellós momentos terribles la galanteaba un importuno.

Ante todo queria Emilia proporcionar á su madre cuanto ésta necesitaba, pues comprendia que acudiendo á tiempo seria mucho más fácil evitar una desgracia horrenda.

Aun prescindiendo de la inmensa ternura con que á su madre amaba, la pérdida de ésta sería doblemente espantosa en su crítica y excepcional situacion.

¿Qué sacrificio no haria por su madre?

Todo aquel día, mientras trabajaba, había cavilado.

Buscaba un recurso extraordinario y no lo encontraba.

En días iguales había tenido que empeñar las prendas de algún valor que le quedaban, pero este recurso estaba ya agotado.

¿A quién acudiría?

A nadie, porque las puertas que se abren con el crédito verdadero ó falso, se cierran con la pobreza y con el llanto.

Los que sufren se hacen la ilusión de que todos han de tomar parte en su sufrimiento, y no quieren creer que este ahuyenta aun á los que se llaman amigos.

Generalmente se apela en vano al corazón de los demás, pues para conseguir algo es preciso despertar el interés en algún sentido.

Emilia pensó lo que era un absurdo, que tenía casi un derecho á acudir en aquel conflicto á la persona para quien trabajaba todo el año concienzudamente, y que aquella persona tenía también una obligación moral de atenderla y favorecerla, siempre que sus intereses no hubieran de sufrir quebranto digno de consideración.

¡Ilusión vana!

La persona en cuestión era un comerciante, hijo del cálculo, viviendo entre los números, so-

ñando con sumas y restas y subordinándolo todo al tanto por ciento.

Para el comerciante no hay más que los guarismos, el debe y el haber, el dinero contante y sonante, ó lo que lo representa con algun valor real, y como así se educa y así vive uno y otro año, no puede hacer nada, absolutamente nada sin sujetarse al cálculo frio.

Ningun hombre podria ser comerciante de repente: es preciso que el cálculo se infiltre en su alma desde la niñez, y así llega á tener amor á los números, un amor que domina todos los demás sentimientos, todos los impulsos del corazon.

El comerciante ha de ser impasible, y si no lo es, se arruina, y como es cosa clara que nadie quiere arruinarse, todos se esfuerzan para no dejarse impresionar.

Esto no quiere decir que el comerciante no sea susceptible de nobles sentimientos, ni tampoco que deje de llevar á cabo nobles acciones; pero cuando se encuentra colocado tras el mostrador, es preciso que sea mercader y nada más.

En esta clase, que consideramos respetable por más de una razon, sucede como en las demás, que hay hombres buenos y malos, porque hombres son al fin y de hombres han de tener todas las pasiones, todas las debilidades, todas

las grandezas y todas las virtudes, y así como no son horadas y dignas de consideracion todas las infelices que se encuentran en la situacion de nuestra jóven, no son todos los mercaderes como el que vamos á presentar, y que tal vez debe ser considerado como una excepcion, pues veremos que se dejó impresionar, y ya hemos dicho que esto es raro en los que tienen que conservar su fortuna en fuerza de calcular á todas horas.

Muy agitada, sin poder apenas respirar, llegó Emilia á la calle de la Montera.

No hay que decir que el galanteador la seguia siempre.

La jóven entró en una tienda, cuyo dueño se ocupaba en atender á los compradores, que quizás habian ido para gastar más saliva que dinero.

Cerca del dueño estaba un jóven dependiente con el oido atento y fija la mirada, ya en su principal, ya en los compradores, para observar á estos ó para obedecer á aquel con la debida prontitud.

Ambos eran tipos dignos de que fijemos en ellos la atencion, y así lo haremos, en tanto que la pobre Emilia se sienta y descansa, esperando el momento en que hayan de ocuparse de ella.

Nunca habia entrado tan turbada en la tienda, nunca la vieron tan agitada, y esto consistia en que aquella noche iba á buscar allí la salvacion de su madre.

El caballero de los azules ojos se detuvo junto á la puerta y fingió que miraba las prendas que habia en el escaparate; pero en realidad su mirada ardiente iba á través de los cristales á fijarse en la mujer bonita.

---

---

## CAPITULO III

Otro cazador que caza sin salir de su nido.

Difícil es hacer los retratos de los dos nuevos personajes; pero lo intentaremos.

Figuraos un hombre de estatura más bien escasa, y que representa unos cincuenta años ó poco ménos, y es robusto, fornido, con el pelo negro, negros los ojos también, redondos, hundidos y relucientes, grande la boca, los dientes claros y desiguales, cubierto el lábio superior por un bigote corto y espeso; muy salientes los pómulos, la frente deprimida, espesas las cejas y la nariz ancha y formando curva entrante y muy pronunciada, de modo que su extremo inferior es lo que más sobresale.

Al primer golpe de vista, semejante cara parece cóncava, y esta circunstancia le da el aspecto más extraño que puede imaginarse.

Dos expresiones opuestas se ven en el semblante que nos ocupa: la más general es la que revela al hombre demasiado sério, adusto, hosco, de carácter áspero, y aun pudiéramos decir que tan espinoso como el exterior del puerco espin.

Ponedle á ese hombre un gorro de terciopelo negro con borla muy grande que cae sobre su oreja derecha; vestidlo con ropa negra ó de color muy oscuro, y así tendreis al dueño de la tienda donde entró Emilia.

¿Qué juicio debia formarse de aquel hombre?

¿Qué sentimientos lo dominaban?

Probablemente la codicia y sér maligno muy graduado, es decir, dos pasiones bastante ruines y muy peligrosas.

Su dependiente no tendria más de diez y seis años.

Era tambien de escasa estatura, robusto, anchas espaldas, rostro colorado, facciones abultadas, cabeza muy grande y cubierta de pelo negro, fuerte y muy espeso, que cortado tenia junto á la raíz, formando como un cepillo esférico.

Llamaban la atencion sus grandes orejas, muy separadas de la cabeza, y que se destacaban más por la circunstancia de estar el pelo tan recortado.

Todo su ropaje era de tela de lana gris y bastante ordinario.

La mitad de sus manos las cubrían unos mitones de listas negras y azules, y los dedos se movían con alguna dificultad, porque estaban hinchados y enrojecidos por los sabañones.

Esta circunstancia, muy desagradable para el mancebo, no es sorprendente si se tiene en cuenta que el mes de Diciembre principiaba, y que el termómetro había bajado mucho aquellos días.

No hacía mucho tiempo que el joven de las grandes orejas se había dedicado al comercio, y por consiguiente aun no había perdido del todo ese aire inequívoco del aldeano; pero con el tiempo lo perdería, cambiarían sus formas y sería un hombre de provecho, pues ya sobresalía en el estudio de la aritmética y sabía dar mucho valor al dinero.

-Fué de un lado para otro para sacar las telas que pedían los compradores ó guardar las que deseaban, y su principal, para hacerse obedecer pronta y exactamente, no tenía que hacer más que una indicación con ese lenguaje simbólico de los mercaderes.

Mientras alababa la bondad de sus mercancías, volvía para decir á su dependiente:

-Saca el lienzo de G. H. y cuartillo.

Y sin vacilar sacaba el mancebo la tela, en cuyo primer dobléz se veían algunos signos hechos con lapiz.

El mercader habia mirado de reojo á Emilia; pero no le dirigió la palabra.

Siguió ocupándose de su negocio como si otra cosa no tuviera que hacer, y los compradores, que eran un matrimonio con un perrito faldero, habladora la mujer y taciturno el marido, prolongaron su estancia en la tienda, vieron mucho, regatearon más, compraron poco y al fin se fueron.

Habia pasado más de un cuarto de hora desde que la jóven entró en la tienda; pero cada minuto fué para ella un siglo de agonía, porque su madre habia quedado sola y sin tener ni siquiera luz.

Lo que son los sufrimientos de esta clase no puede comprenderlo quien no los ha experimentado.

No es solamente la falta de alimento la que hace sufrir en tales situaciones, sino una série de detalles que es imposible enumerar.

Dió Emilia gracias á Dios porque habia llegado el instante de que la atendiesen.

En pié se puso.

Acercóse al mostrador, saludando respetuosamente al mercader.

Este le dijo al mancebo:

—Ahora puedes arreglar aquellas telas.

Y señaló hácia el extremo opuesto de la tienda.

Se alejó el dependiente.

El comerciante fijó con insistencia la mirada en la jóven, y desplegó una de las sonrisas que lo caracterizaban.

—¿Está usted enferma?—preguntó con cuanta dulzura le fué posible.

Así hacia con Emilia una distincion que no hubiera concedido á ninguna de su clase.

Tan señalada muestra de interés alentó á la infeliz.

—Estoy buena,—respondió,—pero desgraciadamente mi madre se ha puesto peor.

—Trabajos de ésta vida,—replicó friamente el comerciante, en tanto que deshacia el envoltorio para examinar detenidamente la costura.

Despues de algunos momentos añadió:

—Su madre de usted tiene ya bastantes años, y sus achaques son propios de la vejez, que es la peor enfermedad.

—Necesita muchos cuidados.

—Más necesita usted que tiene que trabajar.

—Soy jóven y...

—Pero no robusta.

—Mis deberes...

—Los cumple usted con exageracion. Los padecimientos de su madre de usted son incurables, y como ya no puede salir de casa y á usted le falta el tiempo para atenderla, y le falta tambien dinero para pagar constantemente el médico y comprar medicamentos, deberia usted buscar recomendaciones para que la admitiesen...

No pudo el comerciante proseguir, porque Emilia exhaló un grito de horror y lo miró indignada.

¡Su madre en un hospital!

No hubieran podido hacerle ofensa mayor á al infeliz jóven.

El mercader se encogió de hombros.

—No se enfade usted, —dijo, —porque mi intencion...

—Es buena; pero jamás abandonaré á la madre de mi alma.

—No digo más sobre este punto.

—Siempre he creido que mis desgracias...

—Me interesan.

—Por eso en estos momentos de angustia, cuando no me queda ningun otro recurso, porque ni ropa tengo que empeñar, he pensado que usted podria...

No acertó á concluir la jóven.

El mercader arrugó el entrecejo, porque las

palabras de la pobre costurera no se dirigian á su corazon, sino á su bolsillo.

Siguió mirando las prendas y calculando lo que debia dar por haberlas cosido.

Emilia hizo un esfuerzo y añadió:

—Si por cuenta de mi trabajo, y para descontarlo poco ó poco quisiera usted adelantarme alguna cantidad, mi gratitud seria eterna.

—¡Gratitud!—murmuró el comerciante irónicamente.—Mientras no prometa usted otra cosa más positiva ni ofrezca más garantías que la de su honradez y buena voluntad, nada han de darle en este mundo. Esos sentimientos son muy nobles y valen mucho para Dios, pero nada valen para los hombres.

—La caridad, la...

—Una palabra como otra cualquiera.

—Perdóneme usted; pero creí...

—No he querido decir que me negaré á favorecerla, pues haré con usted lo que con nadie haría, y en cuanto á eso de la gratitud, nada me diga usted, porque el tiempo ha de decirlo todo. Estoy medio arruinado, porque ningun deudor me paga, ni ningun acreedor me concede respiro; apenas se vende, porque es muy mala la situacion general, y si así continúa, tendré que dejar los negocios. En realidad no debia dar trabajo á usted ni á nadie, porque el almacen se

llena de prendas que no se venden; pero me duele abandonar á las infelices que no cuentan con otro recurso para vivir. Esta es la verdadera caridad, y la practico silenciosamente y sin tener derecho á la gratitud de nadie.

—Es verdad que la época...

—Caminamos á la ruina.

—Pero...

—¿Qué necesitaba usted?

—La cantidad que pudiera darme.

—Nada puedo, hija, nada; pero haré un sacrificio para que se convenza usted de que no la miro como á las demás, y en cuanto al reintegro, le dejaré á usted todo el respiro que necesite.

La generosidad del mercader rayaba en lo inverosímil.

Abrió el cajon.

Sacó cinco reales, que representaban el valor de la costura, y luego dos duros, que puso sobre el mostrador, diciendo:

—Aquí tiene usted.

—¡Ah!...

—Y aunque no me creo autorizado para dar consejos á nadie...

—Los de usted los escucharé con tanto respeto como gratitud.

—Si quiere usted tener recursos para ptolon-

gar la vida de su madre, si quiere usted vivir con alguna tranquilidad y que el mundo le guarde algunas consideraciones, es preciso que cambie de ideas.

—¡Que cambie de ideas!...

—Segun entiendo, su situacion de usted ha sido antes muy distinta.

—Sí.

—No conoce usted el mundo.

—Conozco mis deberes.

—¡Gran tesoro! —replicó el mercader.

Y desplegó una sonrisa irónica.

—Si mis deberes cumplo, si soy honrada...

—Se morirá usted de hambre y despreciada por el mundo.

Emilia no acababa de comprender las intenciones del comerciante; pero se sintió turbada y guardó silencio.

El mercader le entregó otras prendas y le dijo:

—Si su madre de usted continúa enferma, no se moleste usted en venir, que yo enviaré por la costura, sin perjuicio de ir yo mismo á ver si algo necesita.

—Tanta bondad...

—No me gusta hacer las cosas á medias.

Emilia pronunció algunas palabras de agradecimiento.

Guardó el dinero y tomó el lio de ropa que habia de coser.

No queria perder un instante.

Se despidió.

El comerciante la miró ansiosamente.

Salió la jóven.

Aun esperaba el caballero de los azules ojos.

Hemos olvidado decir que sobre la puerta de la tienda habia el siguiente letrero:

*B. Redondela.*

La B. era inicial del nombre del dueño, que se llamaba Benigno.

En los tableros de los lados habia otros letreros, que expresaban lo que allí se vendia.

Casi puede decirse que era un sarcasmo el nombre del comerciante.

Emilia se alejó con cuanta rapidez pudo.

La siguió muy de cerca el importuno galan; pero no le dijo una palabra.

Entre tanto don Benigno, aprovechando los momentos que le dejaban libres los compradores, salió de la tienda y fué á su despacho.

Una vez allí, cerró la puerta.

Entonces como nunca fué digno de estudio su semblante.

Nadie lo veia, y no tenia para qué fingir.

Se hizo más intenso el brillo de sus pupilas.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Se entreabrieron sus labios.

Era abrasador el aliento que de su boca se escapaba.

Se dejó caer en una silla.

Se quitó el gorro y se oprimió las sienes.

—¡Ah!—exclamó con acento indefinible.

Y sus negros ojos brillaban más y más, y dejaban escapar corrientes del fuego lúbrico que su pecho abrasaba.

—¿Qué tiene esa mujer, qué tiene?—dijo con el acento de la desesperacion.

Se retorció los brazos.

Se agitó convulsivamente.

El hombre que todo lo subordinaba al cálculo frío, no habia podido sustraerse á la mágica influencia de la mujer bonita.

Sintióse trastornado, devorado por una passion tanto más violenta y más peligrosa cuanto era puramente sensual.

Pocos minutos despues estaba lívido su rostro.

No hubiera podido decir si sufría ó gozaba.

Las leyes de la naturaleza son terribles.

Don Benigno quedó al fin inmóvil y con los ojos cerrados.

Trascurrió cerca de media hora.

Abrió los ojos.

Se pasó las manos por la frente.

La crisis terminaba.

Un esfuerzo más y sería otra vez dueño de su razón, si bien quedaria con la pasión fatal que producía todos aquellos delirios.

—Esa mujer,—murmuró,—será causa de mi ruina.

Otra vez se puso el gorro.

Se levantó.

Su semblante empezó á recobrar la expresión que siempre tenía.

Volvió á la tienda.

Calculaba lo que debían producirle los dos duros que á Emilia le había dado.

No es menester que digamos lo que se proponía.

Mientras esperaba que llegasen compradores trazaba un plan que, sin exageración, puede calificarse de horrible.

Preguntábase qué haría la mujer bonita cuando viese á su madre gravemente enferma, y no le quedase ni aun el recurso del trabajo.

Y esto sucedería cuando quisiese don Benigno, pues le bastaría decir que ya no podía ocupar á ninguna costurera, y tiempo sobrado habría para que enloqueciese la jóven mientras buscaba trabajo, que es empresa mucho más difícil de lo que parece, pues no basta querer trabajar, no basta llamar á todas las puertas.

Seguro creía su triunfo el comerciante, pues le parecía imposible la resistencia hasta el punto de aceptar los sufrimientos más espantosos y la muerte por no hacer el sacrificio de las ideas de honradez.

Emilia llegó á su casa.

Entró y subió rápidamente.

El hombre de la barba rubia quedó junto á la puerta.

Pocos minutos despues entraba en el portal y se acercaba á la portería.

Su diestra se introdujo en uno de los bolsillos de su chaleco.

Sacó dos duros.

—Buenas noches,—le dijo á la portera.

Esta se puso en pié, y preguntó al caballero qué era lo que deseaba.

Diez minutos despues los dos duros estaban en el bolsillo de la portera, y el cazador de mujeres conocia con detalles la situacion de la mujêr bonita.

No esperó más.

Salió y se alejó mientras decia para sí:

—No resistirá.

Si en el alma de aquel hombre hubiera podido penetrar Emilia, si conociera además las intenciones y planes de don Benigno, hubiera maldecido la infeliz la belleza con que en otro

tiempo se envaneció, belleza que habia sido causa de casi todas sus desdichas, pues ocasionó los celos de Eduardo y era motivo para que incessantemente se viese perseguida por esos hombres que no se ocupan más que en satisfacer sus pasiones.

Uno y otro tramo de la escalera subió.

Llegó al cuarto piso sin poder apenas respirar.

Su corazón latia con desigual violencia.

Sacó una llave, abrió una de las cuatro puertas que allí se veían y entró.

Encontróse entre las tinieblas.

Oyó algunos gemidos.

—¡Madre mia!—exclamó:

—¡Cuánto has tardado!—dijo tristemente una voz insegura.

Emilia encendió luz.

Pudo entónces verse la pobre habitacion, donde habia una cama, una mesa y cuatro sillas.

Además, de la antigua grandeza de aquella familia quedaba un sillón, ya muy estropeado, pero que prestaba un gran servicio á doña Cándida.

Esta se encontraba en el lecho.

Su pálido semblante revelaba su falta de salud.

---

## CAPITULO IV

Quién era el de los ojos azules.

Emilia hizo un esfuerzo verdaderamente sobrehumano para dominarse y ocultar lo que sentía.

Sonriendo se acercó á la cama.

Besó á su madre.

Le preguntó cómo se sentía.

—Lo mismo,—respondió doña Cándida.—Lo peor es la falta de sosiego, pues como tardabas y no había luz...

—He tenido que detenerme en la tienda.

—A estas horas y sola por esas caltes... ¡Pobre hija mía!

—¿Qué podía sucederme?... Debe usted estar tranquila.

—¿Y por qué no habías encendido luz?

—Con el afán de salir temprano se me olvidó

traer petróleo, y ahora voy corriendo á comprarlo.

—¿Pero tenias dinero?

—¡Dinero!... Me sobra, madre mia.

—¡Que te sobra!...

—Siempre está usted preocupada con la misma idea, y así se atormenta usted, y es imposible que recobre la salud.

—Emilia, tú no me dices la verdad en cuanto á nuestra situacion, que debe ser muy horrible. Te dejo en libertad completa para que hagas lo que te se antoje, porque yo estoy aturdida á todas horas. No sé lo que siento, parece que la cabeza se me ha llenado de aire y... En fin, hija mia, no sirvo para nada, y soy para tí una carga insoportable; pero á pesar de mi aturdimiento, no se me oculta lo que pasa. Estás trabajando noche y dia, es muy poco lo que ganas, y sin embargo...

—Vivimos con mucha economía, y así no me veo en ningun apuro. Mire usted,—añadió la óven volviendo á sonreir.

Y enseñó á su madre el dinero que le habia dado don Benigno.

—Además he traído trabajo y mañana volveré á cobrar.

—Dos duros,—murmuró la anciana.

—Quiero que el médico venga.

—No, no.

—La salud de usted es lo primero para mí.

—Ya estoy bien... Me vestiré, me verás contenta...

—Madre mía, si enfermase usted gravemente, ¿qué sería de mí?

—No querrá Dios.

—Debemos evitarlo, y por consiguiente...

—Repito que no quiero que el médico venga.

—La luz se apaga y...

—No quiero estar á oscuras.

La jóven volvió á salir para comprar lo que más urgentemente necesitaba.

Doña Cándida exhaló un suspiro penoso.

El dolor se pintaba en su semblante.

Debia sufrir mucho.

—¡Pobre hija de mi alma! —exclamó.

Luego hizo lo peor que hacer podia, que era evocar los recuerdos de tiempos mejores.

Pronunció el nombre de su esposo.

Sus ojos se humedecieron, y el llanto corrió por sus megillas.

—¿Y qué será de la pobre hija de mi alma?— murmuró despues de algunos minutos. —Yo no he de vivir mucho tiempo, porque mis fuerzas se acaban, y siento cómo si se enfriara mi sangre... ¡El médico!... ¿Y qué ha de hacer?... No puede resucitar al compañero de mi vida, ni

puede dar á mi hija la felicidad que merece y le deseo. No me mata ninguna enfermedad, sino las penas... Dios sabe lo que sufro, porque puede mirar en el interior de mi alma; pero nadie más lo comprende, porque no encuentro palabras para explicarlo.

Quizás doña Cándida no se equivocaba.

La salud hubiera recobrado si su situación cambiase.

No estaba en la botica el remedio que necesitaba.

Así mueren muchos desgraciados.

Ni siquiera su hija podía comprender los sufrimientos de aquella mujer sencilla y de gran corazón, pero que le faltaba inteligencia para explicarse.

Su alma pura debía ir á gozar de la bienaventuranza eterna, dejando este mundo sin que nadie la hubiera comprendido.

Mientras se entregaba á sus tristes reflexiones, la luz se extinguía.

A la infeliz le infundían pavor las tinieblas.

Tembló al pensar que podía quedarse á oscuras antes de que su hija volviese.

La joven había corrido en busca del médico, y luego fué á la tienda, donde tuvo el disgusto de oír alabanzas á su hermosura.

A su morada volvió cuando la luz acababa

de apagarse, y doña Cándida exhalaba un grito de terror.

Bien pronto se tranquilizó la anciana.

Desde aquel momento no sucedió nada de particular.

Una hora despues se presentó el médico.

Dijo que la dolencia no ofrecia carácter de gravedad.

Recetó y recomendó particularmente la tranquilidad de espíritu y los cuidados para la enferma, es decir, lo que ménos podia tener.

A las once de la noche reinaba un silencio profundo en aquella mansion de los dolores y del llanto.

La anciana se habia dormido.

Emilia se puso á coser.

Percibíase clara y distintamente el leve ruido de la aguja al salir de la tela, ruido acompañado y siempre igual que armonizaba con el de algun suspiro doloroso que exhalaba la mujer bonita.

En aquellos momentos, lo mismo que siempre, su belleza tenia un atractivo irresistible.

Debia permanecer trabajando hasta muy tarde, porque así adelantaria, y al dia siguiente podria dedicarse más tiempo á cuidar de su madre.

¿Y el caballero de los azules ojos?

Debemos buscarlo, porque es preciso que averiguemos quien es.

Dijimos que salió de la casa despues de haber escuchado todas las noticias que le dió la habladora portera.

Parecia muy preocupado.

Quizás por primera vez en su vida inclinaba la cabeza como si no pudiera soportar el peso enorme de sus pensamientos sombríos.

La expresion de su semblante habia cambiado tambien.

No parecia ya el calavera que de todo se rie y que no toma seriamente nada en consideracion.

Algo extraordinario sucedia en su alma, y más extraordinario nos parecerá cuando lleguemos á conocerlo.

Con las manos en los bolsillos de su gaban y con pasos desiguales atravesó la plazuela de Puerta de Moros.

Maquinalmente se detuvo al entrar en la Cava baja.

Quedó inmóvil por algunos minutos.

—La coincidencia es muy desagradable,— murmuró.

Volvió á ponerse en movimiento.

Despues de algunos minutos levantó la cabeza y miró á todos lados.

Estaba en la calle de Toledo frente á San Isidro.

Dió media vuelta

Entró en el café.

Lo atravesó y fué á sentarse en el rincon último y donde nadie más habia.

Pidió rom.

Encendió un cigarro, tomó algunos sorbos del espirituoso líquido, y volvió á entregarse á sus meditaciones.

Principiaremos por dar á conocer los principales antecedentes de la vida del calavera.

Sus padres fueron muy honrados y de clase distinguida, y lo educaron con gran esmero, si bien por exceso de cariño cometieron el error de no hacerle sufrir ninguna contrariedad.

Esta circunstancia y sus naturales inclinaciones fueron la causa de la perdicion de aquella criatura, ó por lo ménos debieron contribuir muy poderosamente.

Cuando tenia diez y seis años, su padre murió.

El jóven se encontró así con más libertad y se consideró casi independiente.

La madre redobló su cariño por lo mismo que consideró desgraciado al hijo por haber perdido á su padre.

Cometió el jóven algunas locuras sin sufrir

el correctivo que merecia, y quiso su desgracia que encontrase amigos peligrosos que debian arrastrarlo al abismo de la depravacion.

Dotado estaba el jóven de clarísima inteligencia y su imaginacion era viva y ardiente.

Esta circunstancia fué otro peligro, pues su vehemencia debia conducirle á todos los extremos.

Cuando cumplió veinte años se quedó sin madre y bajo el dominio de un tutor cuya severidad era exagerada.

Aquella dureza mortificó horribilmente al jóven.

Sufrió mucho, porque se vió privado de la libertad que habia tenido siempre para entregarse á todos los goces y extravíos.

Las privaciones encendieron más sus deseos.

No podia romper las cadenas que lo sujetaban y tuvo que sufrir el duro yugo; pero como no aceptaba aquella situacion, como ya no podia vivir sin sus goces borrascosos y para proporcionárselos necesitaba dinero, que le negaba su tutor, concluyó por contraer deudas para pagar con grandes intereses cuando pudiera disponer de su herencia.

Fácilmente encontró usureros que le facilitasen cuanto deseaba, si bien adoptando esas

precauciones tan ingeniosas como degradantes que son posibles dentro del círculo legal.

Llegó el día feliz, el día tan anhelado.

El calavera fué mayor de edad.

El tutor le entregó la herencia mejorada con las economías y una buena administración.

Así pudo el heredero encontrarse con una renta de cinco mil duros, renta que le permitía vivir, no solamente con decoro sino con lujo.

Empero cinco mil duros de renta no son nada para el hombre que quiere gastar como otros más ricos y que además de proporcionarse halagos con el lujo y la ostentación, paga á peso de oro las caricias de esas desdichadas llamadas mujeres de mármol por uno de los grandes escritores de este siglo.

Las orgías, el juego, y todas esas borrascas en que se agita una parte de nuestra juventud debían consumir la herencia de nuestro jóven.

Su renta no le alcanzaba para tanto, y como no quería retroceder, ni siquiera detenerse, como ya estaba comprometido, contrajo nuevas deudas, aumentando así sus gastos con lo que se tragaba la usura.

A los dos años habia mermado considerablemente su fortuna.

Los acreedores no lo dejaban vivir, y como ya no encontraba bastantes goces en el círculo.

donde vivia, determinó cometer otra locura que consistia en vender todos sus bienes y emprender largos viajes para buscar nuevas emociones, para alimentar su espíritu inquieto, y tambien con la ilucion de hacer una de esas fortunas que tienen algo de fabulosas.

Lo devoraba el afán de riquezas y de goces, y para saciar aquella sed le parecian buenos todos los caminos.

No hay que decir que para el jóven calavera no habia en el mundo nada respetable y se reia lo mismo de la virtud que de la muerte.

¿Adonde iria á parar por semejante camino?

No era imposible que una série de circunstancias casuales lo favoreciesen y que realizara sus dorados sueños; pero tambien era posible que en momentos de desesperacion fuese á parar al negro abismo del crimen, terminando su gloriosa carrera con el grillete del presidiario, ó por lo ménos entre los más depravados tahures y en la atmósfera de los garitos y las tabernas. A más de un calavera hemos visto terminar así, despues de haber vivido entre el lujo y la más deslumbradora ostentacion.

El camino de los extravíos es muy resbaladizo y además tan oscuro, que no es posible saber adonde conduce.

Realizó su proyecto.

Se despidió alegremente de sus amigos.

Recorrió gran parte de España sin encontrar lo que buscaban sus aspiraciones.

Fué á Paris.

Allí tambien sintió el hastío á los pocos meses.

Viajó por Europa, y por último fué á parar al Nuevo-Mundo.

En todas partes era el mismo, vivia desordenadamente, gastaba, y como no ganaba, era forzoso que sus recursos menguasen rápidamente.

¿Dónde estaba la fortuna?

La buscaba y no la encontraba.

La fortuna puede encontrarse por caminos espinosos y en fuerza de incesante trabajo, de privaciones y de sacrificios; pero no por el camino de los goces.

Sucedió lo que debia suceder, y llegó el dia de la ruina completa.

El calavera gastó el último dinero.

No le quedaba más caudal que el de algunas deudas.

¿A dónde iria?

Sin dinero no se va á ninguna parte.

¿A quién acudiria?

Estaba arruinado, y todos le volvian la espalda.

¿A quién inspiraría confianza el que no había sabido conservar sus intereses?

No le quedaban más que dos caminos: el uno era el del trabajo, la pobreza y la honradez; pero le parecía lo más horrible pasar la vida trabajando y morir oscurecido, como mueren los pobres.

El otro camino, según sus ideas, no era más que el de la muerte, el suicidio, es decir, poner fin á la carrera de la vida cuando ya esta no le ofrecía ningún goce, sino sufrimientos.

Morir antes ó después no tenía para él ninguna importancia. Todo era morir. Puesto que los goces había agotado, no tenía para qué prolongar la existencia.

Acarició, pues, la idea del suicidio.

¿Por qué no la puso en práctica?

Una circunstancia se lo estorbó, lo detuvo una sonrisa de la caprichosa fortuna.

Quiso la casualidad que en la América del Sur, y por una serie de circunstancias imprevisibles, se encontrase con un pariente de su madre, cuya existencia ignoraba, porque aquel hombre, en su juventud salió de España, siendo pobre, para buscar la fortuna con el trabajo, y trascurrieron muchos años sin que nadie supiese lo que le había sucedido.

Consiguió hacerse rico.

A España volvió para buscar á un pariente.

Los padres del calavera habian muerto, y el hijo habia desaparecido. Unicamente consiguió encontrar á doña Gándida, prima suya tambien.

Pasó en Madrid un año y pudo apreciar las virtudes de aquella familia, determinando señalarles la pension de que hablamos al dar á conocer á Emilia.

Volvió á partir.

Se estableció definitivamente en América, y no volvió á pensar en el sobrino, de quien no le habian dado las mejores noticias.

Debemos advertir que por razones que ahora no son del caso, no se trataban las familias de don Pablo y del jóven calavera, y que por consiguiente los hijos no se conocian, lo cual nada tenia de extraño, pues vivian en círculos distintos; los unos en el de los opulentos, y los otros en el de la clase modesta.

El buen tío, que dotado estaba de mucha inteligencia, y que habia hecho un profundo estudio del corazon humano, no se dejó llevar de las primeras impresiones, y disimuló para observar y poder juzgar bien á su sobrino.

Lo recibió muy cariñosamente y lo llevó á su casa, diciéndole:

—Tú no tienes padres y yo no tengo familia. La vida sin afecciones es muy triste, y muy pe-

nosa es la soledad del hogar. ¿Por qué no hemos de vivir unidos? Yo procuraré llenar el vacío que en tu alma dejó tu padre, y me figuraré que tengo un hijo. Rico soy y por consiguiente me sobran medios para proporcionarnos todas las comodidades y todos aquellos goces que no son contrarios á la honradez. He trabajado mucho y á costa de grandes sacrificios he adquirido todo cuanto poseo. Quizá tú, aunque joven, has sufrido mucho tambien. Los dos, pues, necesitamos descanso y tranquilidad de espíritu. Reflexiona y decide con calma, en la inteligencia de que cualquiera que sea tu determinacion la respetaré, y aunque de mí te separes, cuenta con mis auxilios si tu situacion es apurada.

Meditó el calavera.

Los auxilios que le ofrecia su pariente no podian ser de bastante consideracion para satisfacerlo, pues todo lo más le señalaria alguna pension para que pudiese vivir modestamente, ó le facilitaria medios para acometer alguna empresa que exigiese mucho trabajo.

Esto no le convenia.

Le pareció preferible representar el papel de regenerado y arrepentido, esperando á que su tío muriese, legándole su pingüe fortuna, pues era natural que así lo hiciese con el que consideraba como hijo.

Esto no era ni más ni ménos que un crimen; pero el calavera, segun ya hemos dicho, no respetaba nada.

Aceptó lo que su tio le proponia, mostrándose muy agradecido.

Su imaginacion viva y profunda inventó una historia, con la que justificó ó quiso justificar su ruina, pues aparecia como víctima de abusos, una víctima de su propia buena fê.

El tio escuchó sin que en su semblante dejase traslucir lo que sentia.

¿Creyó la historia?

Tenia demasiada experiencia, y los detalles le dieron á conocer la mentira.

Sin embargo, aun no quiso fallar.

Fingió tambien, aparentando que era uno de esos hombres á quienes fácilmente se les engaña.

Así el sobrino se descuidó y bien pronto empezó á representar fácilmente su papel.

Los que mienten cuentan siempre con la torpeza de los demás.

Todos nos hacemos la ilusion de que nadie nos conoce, y tenemos la pretension de conocerlos á todos.

El buen tio siguió representando la farsa.

Parecia el hombre más inocente y mas cándido del mundo.

El sobrino se regocijaba con su triunfo, y exclamaba:

—¡Pobre hombre!

Aparecieron algunos acreedores del calavera.

Este refirió una historia cada vez que tal incidente tuvo lugar, y su tío aparentaba creer y pagaba sonriendo y en buenas monedas.

Semejante pariente era una mina de oro.

Al cabo de un año empezó el sobrino á entregarse á algunos de sus antiguos excesos.

Su tío lo dejó.

Trascurrió otro año.

La situación continuaba la misma.

—Este viejo vive demasiado,—decía el calavera.

Un año más puso término á la situación.

Enfermó el anciano.

Comprendió que su vida peligraba.

Otorgó testamento, dejando casi todo lo que poseía á la hija de don Pablo, y destinando el resto de su fortuna á obras de caridad.

El calavera consiguió apercibirse de la determinación de su tío.

Guardó silencio.

En su cerebro empezaron á despertar ideas horribles.

Convencido quedó de que había perdido el

tiempo y el trabajo que habia empleado en finjir.

Agravóse más y más la enfermedad del tío.

Llegó el dia terrible.

Quiso ocuparse exclusivamente de la salvacion de su alma; pero ántes llamo á su sobrino y le dijo:

—Los brazos te abrí con cariño paternal: Dios lo sabe y mi conciencia está tranquila. Fuiste criminal y yo no lo ignoraba; pero abrigué la esperanza de que te arrepintieses y regenerases, volviendo al camino de la virtud y siendo tan honrado como lo fué tu padre. Esta esperanza no se ha realizado: has querido engañarme, pero no lo has conseguido. Tú fingías y yo fingía tambien, aparentando que te creia, porque sólo así podia conocerte bien. Tu regeneracion es ya imposible. Esperas heredar mis bienes para lanzarte otra vez por el camino de los extravíos y de todas las maldades, y no ignoro que has cometido la torpeza de contraer alguna deuda con la condicion de pagar despues de mi muerte. Lo que poseo lo he ganado á costa de grandes trabajos y sacrificios, y no quiero que sirva para alimentar vicios repugnantes, pasiones y criminales extravíos. No heredarás, pues, mi fortuna; sin embargo, no quiero dejarte en una de esas situaciones que engendran la desesperacion, porque con esto justificarias ante tu con-

ciencia tus nuevos crímenes, y para evitarlo te lego una cantidad suficiente, no para que seas rico, sino que te permita cubrir tus necesidades, y que con el trabajo y la honradez te sirva de base para crear una fortuna de bastante importancia. Con esta determinacion te doy la mayor prueba de cariño, pues seria hacerte el mayor de los males el proporcionarte medios para continuar por el camino que ha de conducirte forzosamente al abismo de la última perdicion. Hago lo que puedo y lo que me manda mi conciencia, y en estos momentos solemnes le pido á Dios que ilumine tu entendimiento, y que conmueva tu corazon para que te salves.

No dijo más el anciano.

Su sobrino guardó silencio.

Hubiera sido imposible penetrar en su alma.

Continuó todo aquel dia mudo y sombrío.

Su aspecto estaba bien justificado con la desgracia de la muerte de su tio.

La agonía de éste se prolongó dos dias más.

—¡Me he salvado!—exclamó el calavera.

Y de sus ojos se escapó un destello de alegría satánica.

¡Qué espantosa era la borrasca que en aquellos momentos agitaba su espíritu!

Dejó de existir el anciano.

Se procedió al exámen de sus papeles, y se

encontró un testamento por el que dejaba todos sus bienes á su sobrino Andrés Gamboa.

¿A quién habia de sorprender semejante determinacion?

A nadie, puesto que era natural que á su sobrino dejase su fortuna.

El suceso no dió lugar á comentarios:

Andrés fué puesto en posesion de los bienes de su tio.

Al cabo de un mes determinó volver á España con su nueva fortuna, porque allí tenia recuerdos que le perturbaban, y porque á todas horas temia que por cualquiera circunstancia su crimen fuese descubierto.

Puso en práctica este plan.

A España volvió.

Establecióse en Madrid.

Ya tenia treinta y cinco años.

Buscó á sus antiguos amigos.

Unos habian muerto, otros se habian casado y cambiado de conducta, y algunos continuaban en su vida borrascosa.

En poco tiempo reanudó las antiguas relaciones y otras nuevas hizo.

Cómo era dueño de una gran fortuna, no encontró ninguna puerta cerrada.

Gastó como siempre habia gastado, porque era de esos hombres que no escarmientan.

Debia arruinarse por segunda vez; pero semejante temor no lo detenía.

Nunca pensó en casarse, porque ni tenía corazón para amar, ni quería aceptar los deberes del padre de familia.

En tal situación se encontraba cuando quiso Dios que se pusiese en su camino la desgraciada Emilia; es decir, su prima, su víctima, pues la jóven debia ser rica, si Andrés no se hubiese apoderado de la fortuna de su tío con un testamento falso.

La conciencia de aquel miserable dormía siempre.

Sin embargo, no pudo resistir al saber que aquella infeliz que vivía en la miseria y que tantos sacrificios tenía que hacer para conservar la honra, era precisamente la misma á quien él había robado.

Aquel miserable pensaba seducir á la jóven con el oro que poseía.

¡Aquel oro le pertenecía á la desdichada!

Con sobrada razón había calificado de horrible la coincidencia.

Nosotros la calificamos de providencial.

Ahora se comprenderá el por qué estaba preocupado y hasta intranquilo el hombre que nada respetaba, que de todo se reía y que ante nada había temblado.

—¿Sería esta circunstancia la salvacion de Emilia?

No, porque el calavera era incapaz de una accion noble.

Antes consentiria morir que devolver á Emilia la herencia que le pertenecia.

¿Cómo habia de condenarse él mismo á la pobreza?

Si tuviese esta virtud, no hubiera falsificado el testamento.

¿Y renunciaria á la empresa de la seduccion?

Tampoco, porque la belleza de Emilia lo habia impresionado demasiado vivamente, y sentia una necesidad absoluta de satisfacer su impura pasion.

Estaba preocupado, cavilaba y sufría; pero no vacilaba.

De vez en cuando tomaba un sorbo de ron.

Y de vez en cuando tambien dejaba escapar una bocanada de humo, que se elevaba en azulada espiral, se esparcia y desvanecia como quizás debian desvanecerse las esperanzas y las ilusiones de aquel miserable.

Una hora pasó, que le pareció un minuto.

Cambió de postura.

—¡Oh!—murmuró.—Si me viese cualquiera de mis amigos y pudiese comprenderlo que pasa en mi interior, se reiria de mí. Ahora parezco

uno de esos espíritus débiles que ante todo se espantan, y debo avergonzarme.

Bebió.

Luego dijo:

—Si me falta el valor para llegar hasta el fin, ¿por qué he principiado? Deben hacerse las cosas ó no hacerse; pero arrepentirse, jamás.

Bebió lo que quedaba en la copa.

Volvió á cambiar de postura.

Cambió tambien la expresion de su semblante.

Recobraba el valor para consumir todos los abusos.

—No retrocederé,—dijo,—y así haré una buena obra, porque mi bellísima prima participará de mis riquezas.

Desde aquel momento empezó á trazar un plan.

Pensó que no le convenia que la infeliz jóven supiese quien era el que le proponia comprarle el honor.

Fácil era que se presentase con otro nombre.

¿Cómo habia de averiguar la verdad la pobre hija de doña Cándida?

No era probable que sucediese así.

Su imaginacion fecunda le suministró el plan que deseaba.

Desplegó una sonrisa.

Ya se consideraba feliz.

Llamó, pagó y salió del café.

—Ahora al teatro,—dijo,—despues á cenar con quien tenga alegría, y luego dormiré y descansaré, y mañana daré principio á la batalla.

---

---

---

## CAPITULO V.

### Preparativos.

A las dos de la tarde del dia siguiente, el caballero salia de la fonda de los Cisnes; acababa de almorzar y pensaba dar el primer paso para la realizacion de su criminal empresa.

Era maestro consumado en tales intrigas; la experiencia le habia enseñado mucho, y sabia muy bien que en casos semejantes avanzar demasiado rápidamente es perderlo todo. Lo que importa, lo que influye en el resultado, es la oportunidad y no la prisa, y Andrés se dominaría cuanto pudiese para asegurar el triunfo.

Ya no podia dudar de la virtud de Emilia, y por consiguiente estaba convencido de que sería inútil pretender desde luego y descaradamente que hiciera el sacrificio de su honor.

Las circunstancias habian de hacer más que

toda la habilidad del seductor, y comprendiéndolo éste así, había decidido esperar el momento favorable.

Ninguna mujer se prostituye en un sólo día; ninguna se despoja de repente del sentimiento del pudor, pues es preciso que el ánimo se prepare poco á poco y que gradualmente se llegue á donde nunca se pensó ir. Cuando se da el primer paso, la mujer cree firmemente que no dará el último, y lo mismo se da el segundo y los demás.

Se prostituyen las tinas por que se dejan llevar por sus pasiones, y otras en los momentos de amargura y desesperacion producida por el hambre, por los tormentos inconcebibles de la miseria; pero aun estas últimas no se lanzan de repente al abismo sin que antes las trastorren consejeros tan hábiles como mal intencionados, que un día y otro día, y á todas horas le presentan el contraste que ofrece la mujer prostituida, feliz y respetada por el mundo, con la honrada que sufre y se ve despreciada.

Ya lo hemos dicho: las circunstancias habían de hacerlo todo en cuanto á Emilia, la miseria, la desesperacion, y todo consistia en saber aprovechar los momentos oportunos.

¿Qué sucederia si llegaba el momento en que doña Cándida se pusiese peor y su hija se en-

contrase sin trabajo ni recursos para salvar la vida de su madre?

Don Benigno, sin sospecharlo, ayudaría al que ya debemos considerar como su rival, pues hemos visto que el astuto mercader pensaba privar á la jóven del trabajo para que su situacion fuese más horrible y tuviese que sucumbir.

Cuando este caso llegase, la ventaja estaria de parte de Andrés, porque era más espléndido y ofrecería lo que el otro no habia de dar. El mercader regatearía en aquella ocasion, porque esta era su costumbre, y el calavera no habia regateado nunca, sino que por el contrario, pagaba con largueza.

Muy terribles eran los dos enemigos, y mucho más terribles las circunstancias que habian de ejercer tanta influencia.

En el semblante de Andrés se pintaba la satisfaccion y la alegría.

Aquel dia era feliz. Verdad es que nunca dejó de serlo, como no fuese cuando estaba arruinado y le faltaban medios para alimentar sus pasiones.

Se encaminó á la calle de las Tabernillas.

Entró en la casa de sus desdichadas víctimas.

La portera se encontraba en su chirivivil.

En pié se puso apenas vió al caballero que tan generosamente le habia pagado la noche anterior por hablar, es decir, por complacerse á sí misma, puesto que para ella era un martirio estar callada, y un gran goce el mover la lengua.

—¡Otra vez por aquí!—exclamó mientras sonreia maliciosamente.—Me alegro mucho, caballero, porque deseo servirlo en cuanto sea menester.

—Pronto veremos si es verdad.

—Me parece que adivino lo que usted desea, y como siempre digo la verdad, ahora tambien haré lo mismo, porque así no se llevará usted ningun chasco.

—No es imposible que adivine usted lo que deseo; pero de seguro se equivoca en cuanto á mis intenciones.

—Todo puede suceder.

—Yo tambien le hablaré á usted con claridad, y si quiere servirme la recompensaré como merece.

—¡Que si quiero!... ¡Pues no faltaba más!... Es mi obligacion y puede usted contar conmigo para todo. Soy agradecida, y además sabe todo el mundo que se puede fiar en mí.

—Esa jóven tan desgraciada que vive en el sotabanco...

—Entiendo; pero mire usted, le aseguro que es una santa y que...

—Precisamente por eso me interesa tanto.

—Son muchos los que han querido conseguir algo de ella, y han hecho los imposibles; pero todos han quedado iguales.

—Porque las intenciones de todos ellos...

—Segun.

—Como es pobre...

—Pues mire usted, otro caballero que creo que está empleado, queria casarse con ella, y sin embargo, nada consiguió, porque ella dice que por ningun marido abandonará á su madre, y que además no tiene inclinacion al casamiento.

—Cosa rara.

—Eso digo yo, porque las mujeres no tienen otro guisado, y la que es pobre necesita más un marido.

—Esas ideas...

—Debe decir la verdad, porque á ningun hombre le hace caso, y hasta se pone de muy mal humor cuando le dicen que es bonita.

—A pesar de todo eso no desistiré.

—Quizás sea usted más afortunado.

—Haré la prueba.

—Nada se pierde.

—Y para que usted se tranquilice y me sirva

sin escrúpulos, le advertiré que lo que deseo es casarme con esa criatura angelical.

—Así lo he creído, porque es usted un caballero y...

—Soy rico y ella es pobre; pero esta circunstancia no es un inconveniente.

—Yo conozco á un señor muy rico que tambien se casó con una pobre costurera que trabajaba en el mismo taller á donde va una sobrina mía, y ahora la tiene usted hecha una gran señora, con su coche, y con mucho lujo, y con muchas comodidades.

—Pues lo mismo puede sucederle á la infeliz del sotabanco.

—Y en cuanto á eso de abandonar á su madre...

—Tiene fácil remedio.

—Quedándose á vivir con ustedes...

—Seria mi mayor gusto.

—Pues me parece que lo demás lo arreglaria usted fácilmente, porque en teniendo constancia y todos los dias dale que le das, y recaditos, y cartas, y siempre con lo mismo... En fin, una gota de agua horada una piedra.

—Si huye de los hombres es porque desconfia de todos.

—Ya ve usted, como de los pobres se burlan siempre los ricos, es decir, los ricos que son

malos, porque esto no va con usted, que es todo un caballero, y bien se le conoce.

—Mi respeto le inspirará confianza.

—Y además lo que yo le diga.

—Lo que deseo de usted, ante todo, es que me dé noticias.

—Pues con eso puede usted contar, porque como no se trata de ningun secreto...

—Ni se hace mal á nadie.

—Lo que sabe todo el mundo puede usted saberlo tambien.

—Y así haré lo que convenga segun las circunstancias.

—Pues mande usted, caballero.

—Quiero estar al corriente de cuanto sucede en esa casa.

—Ya sabe usted que ayer se puso peor doña Cándida.

—¿No tiene médico que la asista?

—Anoche vino.

—¿Y qué opina de la enfermedad?

—Yo le pregunté cuando se iba, porque lo conozco desde que me curó unas tercianas, y me dijo que la enfermedad no era muy grave; pero que podía serlo, porque la pobre señora no tiene lo que necesita, y porque sufre mucho al verse en la miseria despues de haber estado en buena posicion.

—Esas enfermedades no se curan con los medicamentos de la botica.

—Con onzas de oro, eso es.

—A esa desgraciada señora la matará la miseria: su enfermedad está en el alma, y no es el médico quien puede curarla, sino su hija.

—Sí, porque casándose la hija con usted...

—Seria feliz y su madre lo seria tambien y recobraría la salud.

—Esta mañana se puso bastante peor la pobre señora.

—¿Y no han dado aviso otra vez al médico?

—Sí, pero no ha venido todavía. Luego volvió á salir la pobre hija para comprar unos bizcochos que pedia su madre, y se quejaba porque aún no habia podido tomar la costura, y ya ve usted, si no trabaja no podrán vivir, porque no tienen otro recurso. Lo han empeñado todo y tambien han dejado de pagarle el mes pasado al casero, que aunque es muy caritativo, las echará al fin del cuarto.

—Esa situacion es horrible.

—Como la pobrecita tiene conmigo mucha confianza, porque sabe que soy muy callada y muy prudente, y que la quiero mucho, no me oculta nada, y me ha dicho que anoche, para poder llamar al médico y comprar los medicamentos, tuvo que pedir dinero adelantado en la

tienda para donde trabaja. Y gracias que el comerciante le dió dos duros, que si se los hubiera negado no tendria ni para dar una taza de caldo á su madre. Yo la socorreria de muy buena gana, pero ni puedo, porque soy más pobre que ella, ni ella tampoco lo tomaria, pues como se ha encontrado en otra posicion, tiene así cierto orgullo, cierta cosa... En fin, ya me entiende usted.

—¿Y qué espera?

—Morirse y nada más.

—Si se tratára sólo de su vida, se comprenderia el sacrificio; pero su madre...

—Pues eso mismo digo yo.

No necesitaba Andrés más noticias.

La situacion de la infeliz jóven empezaba á tomar un carácter verdaderamente horrible.

Convenia dejarla para que los apuros llegasen al último grado y se produjese el trastorno de la desesperacion.

Por algunos momentos quedó silencioso el calavera.

—No,—dijo luego,—no permitiré que perezcan esas nobles criaturas.

—Si quiere usted que como cosa mia le diga algo...

—Ni una palabra.

—Pues usted decidirá.

—Observará usted á todas horas.

—No tengo otra cosa que hacer.

—Convendria que con pretexto de preguntar por la enferma subiese usted y así podria mejor comprender lo que sucede en el interior de la casa.

—Pues ahora mismo, y si usted me espera...

—Luego, y volveré más tarde.

—Todo lo sabrá usted.

—Y si las visita alguien más que el médico...

—Nadie.

—Podria suceder.

—Es verdad.

—Preciso es que yo conozca todas las circunstancias.

—Cumpliré mi obligacion.

Andrés sacó un duro y lo puso en la diestra de la habladora mujer.

—¡Caballero!...

—Volveré más tarde.

Dió Andrés media vuelta y salió mientras la portera decia:

—Pues si cada vez que viene me da un duro, bien puedo servirlo con lealtad, y con tanto más motivo cuanto que no se trata de hacer nada malo.

Una hora despues llegó el médico.

Al salir lo interpeló la portera.

—Está peor; pero aún no puede decirse que la enfermedad es grave, si bien la enferma tiene siempre el enemigo de sus sufrimientos.

—Supongo que habrá usted recetado.

—Y lo peor es que los medicamentos que necesita son muy caros.

—¡Pobres señoras!

—Sí, son dignas de compasión.

—Dios las socorra.

El médico se fué.

Subió la portera con el único objeto de escudriñar.

Supo que Emilia no había podido trabajar en todo aquel día.

Y sin embargo, la infeliz hacía grandes esfuerzos y ocultaba lo que sentía para que así sufriese menos su madre.

Al ocultarse el sol vagaba el calavera por los alrededores de la casa.

Emilia no salió.

Habló el miserable otra vez con la portera, y supo lo que sucedía.

La noche pasó, noche horrible para aquellas dos desdichadas.

A la mañana siguiente muy temprano salió Emilia.

En su bellissimo rostro se veían las señales del insomnio y del llanto.

—¿Cómo está la enferma?—le preguntó la portera.

—Lo mismo.

—¡Válgate Dios!

—Hasta hace una hora no ha podido dormir, y aprovecho estos instantes...

—¿Y cómo se arregla usted para trabajar?

La jóven desplegó una sonrisa amarga y respondió:

—No trabajo.

Salió, y volvió media hora despues.

Y otras dos horas pasaron.

En el portal entró un hombre de escasa estatura y envuelto en una capa con cuyo embozo se tapaba la boca.

Era don Benigno.

---

---

## CAPITULO VI

Don Benigno se explica como puede y calcula como sabe.

Don Benigno bajó el embozo dejando ver su semblante, y mientras sonreía le preguntó á la portera:

—¿Vive en esta casa una señora que se llama doña Cándida y que tiene una hija?

—En el sotabanco número 2.

—Gracias.

—Pero la madre está enferma.

—Lo he supuesto.

—Anoche fué preciso que el médico la viese, y hoy ha venido otra vez.

—¿Y es de peligro la enfermedad?

—Creó que sí, porque como la pobre señora no puede tener lo que necesita, lo que ahora no

es nada llegará á ser mucho, y el médico teme algun trastorno.

—Con el producto del trabajo de la hija...

—Hoy no ha podido dar una puntada. Y gracias que anoche pidió dos duros adelantados, y se los dieron; pero no le darán otros, porque ya sabe usted que los comerciantes no sueltan el dinero con facilidad, y si hacen una gracia de estas, no hacen dos, y no les importa que una pobre mujer se muera de hambre.

Don Benigno volvió á sonreir irónicamente.

Luego miró á la portera con un si es no es de lástima.

—Quiero ver á esas infelices,—dijo.

—Y tan infelices como son, porque ya no tienen absolutamente nada que empeñar. Si es usted su amigo...

—Soy el comerciante que les da trabajo.

—¡Ahl

—El que anoche les adelantó los dos duros.

—Me perdonará usted, pero...

—No me ha ofendido usted,—interrumpió don Benigno.

Y con su calma inalterable tomó escalera arriba.

Subió despacio, y sin embargo, parecia que se fatigaba.

Su semblante iba cambiando de expresion á medida que se acercaba á la jóven.

Llegó al cuarto piso.

Miró á todos lados.

Se detuvo junto á la puerta número 2.

Quedó inmóvil por algunos minutos.

No percibió ningun ruido.

Se inclinó, y miró por el ojo de la cerradura.

—¡Ah!—exclamó.

La fortuna lo protegía.

Pudo ver á Emilia, que estaba sentada y cosía.

Debia creerse que su madre dormía y que ella aprovechaba aquellos momentos para adelantar el trabajo.

No tenia la desdichada para qué fingir entónces, porque no sospechaba que nadie la observase, y en su rostro podia verse todo lo que sufría.

De vez en cuando tenia que interrumpir el trabajo para restregarse los ojos.

El sueño la dominaba, y eran inútiles todos sus esfuerzos para contrariar las leyes de la naturaleza.

Todo lo que es una verdadera necesidad de nuestra organizacion, es un tormento cuando no se satisface.

Con el sueño sucede lo mismo que con el hambre y con la sed.

Emilia hacia gestos dolorosos y de desesperacion.

Era impotente para sacudir el sueño que la dominaba.

—¡Dios mio!— exclamó con desgarrador acento.

Dejó la costura.

Se puso en pié.

Acercóse á la aljofaina que habia en un rincón, y empezó á echarse agua fria en el rostro.

Movióse con el descuido de quien no teme miradas importunas, y así don Benigno tuvo ocasion de apreciar mejor que nunca los encantos de la jóven.

El rostro del comerciante enrojció hasta ponerse amoratado.

Corrientes de fuego se escaparon de sus ojos.

—¡Oh!—murmuró sordamente.—Cuandotanto sufro, ¿puedo tomar en consideracion los sufrimientos de los demás?... Estoy trastornado, de todo me olvido, y me arruinaré si no llego á ser dueño de esta mujer.

Siguió mirando con creciente ansiedad.

Hubiera podido decirse que el alma de don

Benigno se introducía en el aposento por el ojo de la cerradura.

Emilia volvió á sentarse.

Cosió.

Cinco minutos despues la reaccion empezó á producirse.

Otra vez la dominaba el sueño.

¿Qué haría?

Sentía entorpecidas sus manos.

Clavábase la aguja en los dedos.

Cerrábanse sus ojos á despecho de su voluntad.

Su cerebro se oscurecía.

—¡No puedo más!—exclamó con desaliento.

Y el trabajo dejó.

Tenia que declararse vencida en aquella lucha que su voluntad habia entablado con las funciones de su organizacion.

Se recostó en la silla.

Quedó inmóvil.

—Está desesperada,—pensó don Benigno,—y ésta debe ser buena ocasion.

Enderezóse.

Cogió el cordon de la campanilla, y tiró.

El sonido metálico impresionó vivamente á Emilia.

Se estremeció.

Exhaló un grito.

En pié se puso.

Aquella conmocion ahuyentó nuevamente el sueño.

Se pasó las manos por la frente.

Se acercó á la puerta y abrió, sin cuidarse de preguntar quién era.

—¡Ah!—exclamó con tono de sorpresa profunda al ver á don Benigno.

Este, que nada tenia de ceremonioso y que creia que los pobres no tienen derecho á exigir cierta clase de consideraciones, entró sin quitarse el sombrero y mientras decia:

—De seguro no esperaba usted verme por aquí.

— No...

—Eso consiste en que nõ ha creido usted que me intereso mucho por su suerte.

—Lo he creido, porque pruebas tengo, y anoche precisamente...

— Hice lo que pude.

Mientras hablaba el comerciante fijaba una mirada profunda en Emilia, mirada abrasadora y devoradora.

La infeliz sentia un malestar inexplicable.

El mercader se sentó.

Miró á todos lados.

Apenas habia muebles.

No podia quedarle duda de la espantosa mi-

seria que agobiaba á las dos pobres mujeres.

Le parecia imposible que Emilia soportase aquella situacion, imposible que su virtud tuviese fuerza bastante para resistir.

Aquel hombre no podia comprender ciertas virtudes, y por su ruin corazon juzgaba el de los demás.

Es frecuente que la criatura incurra en el error de creer que los otros son incapaces de hacer lo que para ellos es difícil ó imposible.

—Como no fué usted anoche,—dijo,—he supuesto que su madre estaba peor...

—Desgraciadamente no se ha equivocado usted.

—Por si eso sucedia, le advertí que no se molestase.

—He pasado la noche sin dormir y sufriendo, y el trabajo no se ha concluido.

—No es urgente, pues ya le dije que cada dia se vende ménos, que no hago más que almacenar prendas, y así he amortizado casi todo mi capital. Todas las cosas tienen un término y mi situacion ha de tenerlo tambien; más ó ménos tarde habia de serme preciso suspender el trabajo, y en esta semana tendré el sentimiento de despedir á todas las costureras.

Mortal palidez cubrió el rostro de la jóven.

El comerciante añadió:

—Lo poquísimo que queda preparado será para usted. No puedo hacer más, hija, no puedo.

—¿Y qué será de mi pobre madre?

—Comprendo la situación horrible de usted.

—Tan horrible...

—Como que le será casi imposible encontrar trabajo, porque todos los comerciantes están lo mismo que yo, y ninguno recauda para pagar alquileres, luces y la contribucion que es mayor cada dia.

—¡Dios mio!...

—Me parece que deberia usted cambiar de sistema.

—¿Y qué he de hacer?

—Si no cuenta usted con más recursos que los del trabajo...

—Ninguno más.

—Si no tiene usted protectores...

—¡Protectores!... ¿Y qué habian de hacer? ¿Cree usted que ninguno habia de señalarme una renta?

—Pues entónces no le quedan á usted más que dos caminos.

—Yo no veo ninguno.

—Sí, hay dos recursos: el uno es casarse; pero...

— ¡Jamás! — exclamó involuntariamente Emilia.

— Aunque quisiera usted, faltaria probablemente el marido, porque las circunstancias son de tal naturaleza y el casamiento exige hoy tales sacrificios, que...

— No, no,

— El otro camino...

Se interrumpió el comerciante.

— No lo veo, — dijo Emilia.

— Porque aun no ha fijado usted la mirada en el mundo.

— No comprendo...

— Ni yo me atrevo á decirle á usted más, porque hay cosas que asustan precisamente porque nos son desconocidas.

Emilia quedó silenciosa.

¿Qué queria decir el comerciante?

Sus palabras podian lo mismo tener la explicacion más sencilla que la más grave.

Cada cual se explica como puede, y aunque don Benigno era un seductor temible por su audacia y por los medios de que se servia, no acertaba á expresarse con la delicadeza que hubiera podido hacerlo Andrés.

En cambio, calculaba mejor que el calavera y que todos los seductores del mundo.

El lenguaje de los números es árido y está

desnudo de todo adorno, y este lenguaje era el que poseía el mercader.

Sabía decir las cosas muy claras; pero cuando la cuestión no era de aritmética pura, aquella claridad tenía mucho de desagradable, y si se trataba de amor, tenía también algo de repugnante.

Había querido explicarse con delicadeza, diciendo las cosas con lenguaje figurado, y así principió; pero no acertó á continuar lo mismo.

Las musas no deben ser amigas de los mercaderes, y esto consiste quizás en que como andan desnudas por el Parnaso, no tienen necesidad de tratar con los comerciantes para surtirse de ropa.

Siempre la poesía estuvo reñida con los números, y no hay noticia de que nunca fuesen amigos Apolo y Mercurio.

Don Benigno iba á caer muy pronto desde la risueña cumbre del Parnaso hasta el fondo de abismo de las claridades más rudas. Desde el cielo es muy fácil descender á la tierra: lo difícil es remontarse.

Silencio guardó por algunos momentos; pero su mirada no estaba ociosa, pues siempre se fijaba en Emilia con la insistencia más tenaz.

Sin que él lo supiese, iban dejándose ver en su semblante todos sus sentimientos.

La jóven sintió como si se enfriara su sangre.

Preguntábase qué era lo que habia querido decirle el mercader.

Si lo sospechaba se resistia á creerlo, pues tambien ella apreciaba los sentimientos de los demás por los suyos, y le parecian imposibles ciertas maldades.

La situacion se hizo muy violenta en pocos momentos.

El comerciante cambió varias veces de postura. Parecia que la silla estaba erizada de alfileres.

La pobre Emilia no habia podido dominar el sueño para trabajar, y el sueño huia de sus ojos en presencia de aquel hombre.

Por fin, don Benigno rompió el silencio para decir:

—¿Está peor su madre de usted?

—Sí.

—¿Qué opina el médico?

—Que la enfermedad no seria grave si no tuviese mucho de moral.

—Entiendo.

—Mi madre sufre.

—Y se morirá, no lo dude usted,—repuso brutalmente el vendedor de lienzos y camisas.

Nerviosa palidez cubrió el rostro de la jóven.

Sentíase indignada.

Miró severamente á don Benigno.

Este no se turbó y prosiguió diciendo:

—Y usted tendrá la culpa, porque la habrá dejado morir.

—Caballero...

—Lo dicho.

—Mi conciencia...

—Le remorderá á usted cuando el mal no tenga remedio.

—Lo que está usted diciendo...

—Es claro, como todo lo que yo digo. ¿Para qué sirven los rodeos ni los disimulos? Dos y dos son cuatro, y esto no admite réplica.

—Si quisiera usted explicarse...

—¿No me ha entendido usted?

—No.

—¡Cosa rara!... Pues le sobra á usted entendimiento.

—Reconozco mi torpeza.

—Pues bien,—repuso resueltamente el comerciante;—se lo diré á usted de una vez y con franqueza: una mujer jóven y bonita no puede morirse de hambre, sino porque se empeñe en dejarse dominar por escrúpulos necios. Es usted jóven, le sobran encantos, y han de sobrar también hombres que le ofrezcan el oro á manos llenas. La prueba de que no me equivoco está

en que yo, á pesar del mal estado de los negocios, á pesar de la crisis monetaria...

—Basta,—interrumpió Emilia.

Y en pié se puso.

Tan severa fué la expresion de su semblante, que don Benigno se sintió turbado.

—Caballero,—dijo la infeliz con voz reconcentrada,—hemos concluido... Las palabras de usted me ofenden y no puedo escucharlas... Salga usted y...

—¡Me echa usted de su casa!...

—Sí.

—¡A mí!...

—A usted.

—¡Al que le proporciona el sustento!...

—Al que ha creído que yo puedo hacer con mi honor lo que él hace con sus mercancías.

—¡Oh!...

—Ha creído usted que todo puede comprarse con dinero...

—Que me ofende usted, Emilia.

—Lo trato á usted como merece...

—No provoque usted mi enojo.

—Más haré.

—¿Se atreverá usted á amenazarme?—replicó don Benigno con voz destemplada.

Y su rostro se tornó lívido.

Y sus ojos se encendieron más y más.

Temblaban sus manos convulsivamente.

En aquellos momentos estaba horrible como nunca.

Todas sus malas pasiones pudieron verse en sus ojos.

—Salga usted,—volvió á decir la jóven.

Rugió sordamente el mercader.

—Salga usted, ó pediré auxiliolo á los vecinos, y todo el mundo sabrá que es usted el más ruin y el más miserable de los hombres.

—Sí, me iré; pero usted se quedará con su miseria y verá usted morir á su madre.

—Bienaventurados han de ser en la eternidad los que sufren en este mundo.

—Con esos sermones no ha de comprar usted pan, y sobre todo, olvida usted que en este mundo estamos ahora y que aquí es preciso pagar lo que se debe. El deudor no puede echar de su casa al acreedor y...

—Vaya usted á los tribunales.

—No cometeré esa torpeza, pero...

—Por última vez,—interrumpió enérgicamente la jóven:—salga usted de mi casa, salga usted inmediatamente.

Comprendió don Benigno que iba á producirse un escándalo.

En aquellos momentos se oyó la voz de doña Cándida que llamaba á su hija.

El mercader, á pesar de su turbacion profunda, no se olvidó de sus intereses.

Calculó entonces como siempre calculaba, con exactitud y con frialdad.

Dió un paso.

Tomó las prendas que habia principiado á coser Emilia, hizo un lio y lo guardó debajo de la capa.

—Esto es mio,—dijo.

—Sí.

—Y no olvidaré ni perdonaré el dinero que usted me debe... ¡Habla usted de sentimientos nobles!... Debiera usted principiar por ser agradecida. ¿Con qué hubiera usted proporcionado medicamentos á su madre, si yo no la socorriese tan generosamente anoche? Para hablar como usted habla, para tener ese orgullo ridículo, es preciso pagar primero. Yo seré un miserable; pero usted me debe el pan que hoy se ha comido.

Con una mirada de desden profundo respondió la jóven.

—Sí,—añadió el comerciante con irónico acento,—la conciencia de usted debe ser muy escrupulosa; pero vive usted á costa de los demás y luego les paga con ofensas. Algun dia se arrepentirá usted de haberme maltratado; algun dia quizás me ofrecerá usted esa honra con que tan-

to se envanece; pero entónces yo sabré regatear la mercancía.

El lenguaje de don Benigno no podia ser más grosero.

Lanzó la última mirada iracunda á la jóven, dió media vuelta y salió.

— ¡Dios misericordioso! — exclamó Emilia con desgarrador acento.

Elevó al cielo una mirada de mortal angustia.

Se oprimió el pecho.

Apenas podia respirar.

De repente desaparecieron sus fuerzas.

Dejóse caer en la silla.

El llanto brotó de sus ojos.

No le quedaba otro consuelo que el de llorar.

En un instante habian desaparecido todos sus recursos.

¿Qué haria?

Ni siquiera podia buscar trabajo, porque, para hacerlo tenia que abandonar á su madre.

Y su necesidad no le daba treguas, porque al dia siguiente se encontraría ya sin dinero.

Y en realidad, la causa principal de su desdicha era su belleza seductora.

Si fuese fea la hubiera dejado en paz don Benigno.

Al llegar éste al portal, le salió al encuentro la portera y le preguntó:

—¿Qué tal ha encontrado usted á la enferma?

—Se morirá, se morirá,—respondió el comerciante con el tono del despecho.

—¡Pobre señora!

—Compádezcala usted, y su hija le pagará como á mí.

No dijo más, ni más escuchó don Benigno.

Estaba muy agitado.

Necesitaba recobrar la calma, y al llegar á la plazuela de Puerta de Moros, se permitió el exceso de entrar en un coche de alquiler.

—A la calle de la Montera,—dijo.

---

*José María Perito*

---

---

## CAPITULO VII

### Cómo ayudaba la portera al seductor.

Una hora despues de la escena que acabamos de referir, la portera subió para cumplir las órdenes del caballero que con tanta facilidad le daba los duros.

Tambien entonces dormia doña Cándida.

—¿Y qué tal?—preguntó á Emilia la mujer habladora.

—Lo mismo,—respondió la jóven.

—Pues usted tiene una cara...

—No he dormido.

—Y debe usted haber llorado mucho.

—Es el único desahogo de los pobres.

—Pues tenga usted cuidado, porque si usted cae...

—Dios me dará fuerzas.

—Tiene usted cara de difunta, y cualquiera

creería que le ha sucedido á usted otra desgracia.

—No se equivocaria quien tal creyese.

—Lo digo porque ese hombre que vino antes... ¡Jesús!... Cuando me preguntaba por ustedes, me tentó el diablo y dije que los comerciantes... En fin, la verdad, porque yo no sabia que era el tendero que le da á usted trabajo.

—Ya no me dará ninguno.

—¿Qué está usted diciendo?

—Que hasta ese recurso desapareció.

—¡Virgen santa!

—Y no puedo buscar, y mañana mismo...

—Calle usted, calle usted, que el corazon se me parte.

—Si Dios me abandona...

—Sí; pero ya sabe usted lo que dice el refran: que á Dios rogando y con el mazo dando, y tambien ayúdate y te ayudaré. ¿Y qué piensa usted hacer?

—No lo sé.

—Si yo puedo serle útil...

—Sí, útil puede serme cualquiera que me busque trabajo.

—Yo lo haría de muy buena gana; pero ya sabe usted que no puedo abandonar ni un instante la portería, porque el casero me pondria en la calle.

—Hable usted á los vecinos, á cuantas personas conozca y...

—Por eso no ha de quedar; pero mientras hablo, y buscan, y hacen algo...

—La necesidad es muy urgente.

—El remedio puede llegar tarde.

—Aconséjeme usted, porque estoy aturdida.

—Pues mire usted, si no hay un alma caritativa que la socorra...

—Una limosna...

—Cuando no hay otro remedio. .

—Me seria imposible pedirla.

—Si quiere usted que yo hable á mi sobrino Paco, que es amigo del portero de la casa de socorro, quizás conseguiríamos que le diesen á usted algunos bonos. Verdad es que luego en la tienda dan de lo peor, garbanzos como balines, bacalao como tabletas y judias, que cuanto más cuecen, están más duras. Todos hacen negocio con los pobres, y aunque los pobres no tienen nada, sirven para que coman muchos ricos; pero es preciso tener paciencia.

—Si eso pudiera conseguirse...

—Y no debe usted considerarse deshonrada, porque algunas señoras que se dan mucho tono y van por esas calles con mucha cola de seda, y mucho sombrero, y muchos pelendengues, son las que se llevan más bonos y se los comen ó

los venden para comprarse perifollos. Además, podría usted ver al cura de la parroquia, porque algunas veces le encargan que dé limosnas, y también todas esas señoronas de la beneficencia y... En fin, el que no llora no mama, y ya sabe usted que el pobre porfiado saca mendrugo.

—Todo lo haré por mi madre:

—Pues mire usted ese mercachifle, que la ve á usted tan apurada y le quita el trabajo... Bien sabe decir que la ha socorrido á usted.

—Pues cuanto antes le sea á usted posible hablar á su sobrino ..

—Hoy vendrá, y hoy mismo verá á su amigo.

—Gracias.

—Pues hija, no tiene usted nada que agradecerme, porque para eso estamos en el mundo. Lo mejor sería que encontrase usted un hombre honrado y que tuviera un pedazo de pan y quisiera casarse.

—No pienso en semejante cosa.

—Parece que le tiene usted horror al matrimonio.

—No; pero...

—Bien puede hacerlo por su madre.

—Ahora no debo pensar en semejante recurso, porque mi necesidad no me da treguas.

—De todas maneras tiene usted ahora que pensar en salir de estos apuros; pero como no

sabemos lo que ha de suceder el día de mañana, podría usted prevenirse, porque nada perdería. Ya sabe usted que vale por dos el que vive prevenido.

—Señora Nicasia,—replicó Emilia,—ese asunto es demasiado grave y exige meditación.

—Tiempo ha tenido usted para meditar.

—He pensado en otras cosas.

—¿Cuántos años tiene usted?... Y perdone la pregunta, porque no la hago por curiosidad.

—Diez y nueve.

—Pues me parece que ya hace tiempo que ha debido usted pensar en casarse. Hay hombres honrados y que tienen que comer, y de seguro no ha de faltar uno que...

—Todo depende de las circunstancias.

Emilia deseaba poner fin á tan enojosa conversacion; però la portera insistía.

En realidad era incomprendible que opuesta se mostrase al casamiento una mujer de las circunstancias de la jóven.

El por qué no quería casarse, lo sabemos ya.

Hubiera creído cometer un crimen al ofrecer á cualquier hombre honrado un corazón que á Eduardo pertenecía.

El amor de la jóven era inextinguible y estaba á prueba de todas las circunstancias y de todas las situaciones.

No se le ocultaba que era posible que su antiguo amante se hubiese interesado ya por otra mujer, y quizás se había casado.

Más de un año hacia que no lo había visto ni sabía dónde se encontraba.

¿Tenía algunas esperanzas la infeliz?

Las había perdido todas; pero á pesar de todo amaba á Eduardo y pensaba en él incensantemente.

Esto era un tormento más.

¿Debia quejarse del hombre á quien amaba?

No más que hasta cierto punto, puesto que justificados estaban en un sentido los celos de Eduardo.

La portera siguió hablando sobre el mismo asunto.

Emilia tuvo que escuchar.

Por fin se vió libre de aquel martirio.

—¡Ah!—exclamó.

Fué á ver á su madre.

Esta dormía.

La desdichada jóven atravesó con inseguros pasos el aposento.

Se arrodilló.

Abrió un cofre que estaba casi vacío.

Del fondo sacó una cajita.

La abrió.

Allí había un retrato con marco de oro y so-

bre el que, en el centro de un lazo, brillaba una esmeralda.

Aún tenía una joya que representaba un valor nada despreciable.

¿Cómo la conservaba?

La explicación es muy sencilla: aquel retrato era de Eduardo.

Emilia hubiera creído cometer el mayor de los crímenes al vender ó siquiera empeñar aquella joya.

Y sin embargo, su madre se moría y ella tendría muy pronto hambre.

¡Pobre criatura!

Había nacido para pasar por pruebas las más terribles.

¿Alcanzarían sus fuerzas para triunfar en aquella lucha espantosa?

Contempló el retrato.

Su corazón latió con desigual violencia.

Exhaló un suspiro.

Sus mejillas enrojecieron.

Se inclinó más.

Cinco minutos después guardaba la joya que para ella tenía un doble valor.

Aquella tarde, y cuando el sol se ocultaba, se presentó Andrés á la portera, que le dijo:

—Vamos de mal en peor.

—¿Qué sucede?

—La madre sigue lo mismo, y la hija se ha quedado sin trabajo.

Un destello fugáz de alegría satánica se escapó de los ojos del calavera.

La señora Nicasia añadió:

—Esta mañana vino el comerciante que le da trabajo, y no sé lo que ha sucedido; pero el resultado es que el único recurso que tenían desapareció.

—Cuando empiezan las desgracias no acaban fácilmente.

—Yo le he ofrecido lo que podía, y mi sobrino hablará al portero de la casa de socorro, y veremos si á esas pobres señoras les dan algunos bonos.

—Eso no les sirve para nada.

—Algo es algo.

—Necesitan mucho más.

—Ya le he dicho que debe pensar en casarse, y que si se le presenta un hombre honrado...

—¿Y qué contesta?

—Le aseguro á usted que me he quedado con la boca abierta. Parece mentira que haya una mujer que no quiera casarse.

—¿Pues á qué aspira?

—No lo sé.

—Es cosa extraña.

—Por más que le pregunto no se explica.

- ¿Acaso está enamorada?
- Ningun hombre la visita, y ella los rechaza á todos igualmente.
- No lo entiendo.
- Si Dios no lo remedia, mañana á estas horas no tendrán ni para comer.
- Conviene que usted se concrete á observar.
- Así lo hago.
- Y deje usted que cada cual se arregle como pueda.
- Pero...
- Nada más, buena mujer.
- Le he ofrecido lo de la casa de socorro...
- Y le ha hecho usted un mal.
- Pues no lo entiendo.
- Si encuentra recursos vacilará, y es preciso dejar que las circunstancias la obliguen.
- Tiene usted mucha razon.
- Si no ha de cumplir usted mis órdenes con exactitud...
- Y con tanta, que no le hablaré á mi sobrino, y por-consiguiente no habrá bonos.
- Repito que eso no tiene importancia; pero puede usted hacer otra cosa que la tenga y es preciso evitar que suceda así.
- Descuide usted.
- ¿Cree usted que hoy saldrá Emilia?
- No saldrá como no sea para comprar lo que

necesite con el poco dinero que debe quedarle.

—Esperaré aquí oculto para verla pasar.

—Entre usted, que aquí tengo brasero, y aunque malo, algo calienta.

Andrés entró en el chirivital de la portera.

Se sentó, quedando allí oculto.

Desaparecieron los últimos resplandores del crepúsculo.

Se esparcieron las tinieblas.

Brillaron en las calles las luces.

Un hombre, envuelto en una capa, empezó á vagar por delante de la casa.

De su presencia se apercibió muy pronto la señora Nicasia.

—Mire usted,—le dijo al calavera.

—¿Qué?

—En la calle... Aquél hombre... Ya ha pasado muchas veces.

Se arrugó el entrecejo de Andrés.

—¿Si será por ella?—dijo la mujer habladora.

—Probablemente.

—Nunca lo he visto por aquí.

—Ni podría usted conocerlo.

—Eso sí, porque cuando una vez le echo la vista encima á cualquiera persona, ya no se me despinta y la conozco á oscuras.

Desde aquel momento el calavera no apartó la mirada de la calle.

De vez en cuando pasaba el embozado.

¿Esperaba á Emilia?

Pronto saldremos de dudas.

De todas maneras la situación se complicaba más y más y nuevos sufrimientos esperaban á la infeliz jóven.

---

---

---

## CAPITULO VIII

### Una coincidencia providencial.

Para examinar el rostro del que paseaba aprovecharemos la ocasion en que el embozo no subia, y se detuvo, sacó un cigarro y encendió una cerilla.

Pudo entonces verse que representaba veinticinco años.

Era de regular estatura.

Su rostro aguileño, su frente despejada y su mirada viva, revelaban clara inteligencia, valor y nobleza de sentimientos.

Negros y grandes eran sus ojos y gruesos sus labios.

El conjunto de sus facciones tenia esa hermosura varonil, cuyo encanto no acierta á explicarse la mujer.

No solamente por su ropaje, sino por su continente, parecía persona de distinción.

En el momento en que lo presentamos marcábanse dos arrugas entre sus cejas.

Debía estar preocupado y quizás sufría.

Muchas veces se detuvo para mirar con ansiedad á la puerta de la casa.

Así trascurrió más de media hora.

Emilia bajó envuelta en su manto.

Sus magníficos ojos estaban enrojecidos.

Mucho debía haber llorado aquel día.

La infeliz llevaba en el bolsillo el último dinero que le quedaba, dinero que probablemente no sería bastante para todo lo que tenía que comprar.

La portera le salió al encuentro diciéndole

—Buenas noches nos de Dios... ¿Cómo sigue la enferma?

—Mal.

—Si quiere usted que yo suba para hacerle compañía mientras está usted en la calle...

—Ahora duerme.

Estremeciése Andrés al oír la voz de Emilia, voz que tenía un encanto inexplicable y que parecía llegar al fondo del alma como el fuego de sus hechiceros ojos.

Sintió el calavera como si en fuego se hubiera convertido su sangre.

—Como usted quiera,—dijo la señora Nicasia.

—¿Ha visto usted á su sobrino?

—Sí, y á estas horas debe haber hablado á su amigo el portero, y pronto vendrá para decirme lo que le hayan contestado.

—Gracias.

—Pues si otra cosa no tiene usted que mandarme...

—Que á Dios le ruegue por la salud de mi madre infeliz.

—Si no olvida usted mis consejos...

—Se los agradezco con toda mi alma.

Para evitar que sobre el casamiento le hablase la portera, Emilia se despidió y salió.

Se contrajo más la frente de Andrés.

No se olvidaba del embozado que habia en la calle.

Este vió á la jóven y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener una exclamacion.

Quedó inmóvil como una estatua.

No es posible explicar lo que expresó su semblante.

Se estremeció.

Brillaron sus negros ojos.

Con la mirada siguió á Emilia.

Luego se fué tras ella.

La infeliz no se apercibió del nuevo importuno que la seguia.

Aquél parecía dispuesto á respetarla.

Andrés salió tambien de la casa para seguir á la jóven y observar al que suponía un cazador de mujeres lo mismo que él.

No debía ver más de lo que había visto.

Fué la jóven á la botica.

Luego á una tienda donde dejó el último real.

Inmediatamente se volvió á su casa.

Los dos galanes no la perdieron de vista.

—¿Quién es este hombre?—se preguntaba Andrés.—Nunca lo he visto, y sin embargo parece persona de distincion.

El embozado se detuvo frente á la puerta de la casa.

Desde allí vió que Emilia antes de subir sufría un nuevo interrogatorio de la portera.

A poca distancia se había detenido Andrés.

Su mirada era sombría.

Sentíase mortificado con la presencia de aquel rival, que tal vez por sus circunstancias era muy temible.

—Saldré de dudas,—decía el calavera.

Diez minutos pasaron.

El embozado atravesó al fin la calle y entró en la casa.

Llegó á la portería.

—¿Qué se le ofrece á usted?—le preguntó la señora Nicasia.

—Necesito que me responda usted clara y terminantemente á lo que voy á preguntarle.

Y al decir esto el embozado sacó una moneda de cinco duros y la puso en la diestra de la mujer habladora.

Esta se estremeció como si experimentase los efectos de una corriente eléctrica.

¡Una moneda de oro!

Por la mente de la señora Nicasia atravesó una idea ruin: ¿era falsa la moneda?

Empero se tranquilizó sobre este punto al observar que la moneda pesaba bastante.

¿Qué quería aquel hombre?

Mucho debía ser cuando con tanta largueza pagaba.

Cuando se repuso la portera, respondió:

—Caballero, nunca he mentado, y todos los vecinos del barrio conocen mi honradez.

—Lo que quiero es franqueza y claridad.

—Pues me pide usted dos cosas que se las doy de balde á todo el mundo, y por consiguiente...

—Escúcheme usted.

—No hago otra cosa.

—¿Quién es la jóven que hace poco entró?

—Ya pareció aquello,—murmuró la portera.

Y desplegó una sonrisa maliciosa.

Luego dijo:

—Esa jóven vive con su madre.

—Que debe llamarse doña Cándida.

—Es verdad.

—Y la hija se llama Emilia.

—Si usted la conoce...

—Sí; pero necesito conocer tambien su situacion.

—Se lo diré á usted todo en cuatro palabras.

—Sepamos.

—Viven con lo que la hija gana cosiendo, y como no es bastante, han ido vendiendo y empeñando cuanto tenían.

—¡Oh!...

—Los sufrimientos han sido causa de que la madre pierda la salud, y al fin ha caído en la cama.

Palideció el desconocido.

—Continúe usted,—dijo con breve acento.

—Bien vengas, mal, si vienes solo.

—¿Más desgracias?

—Que precisamente cuando la madre ha caído enferma, la hija se ha quedado sin trabajo, y probablemente esta noche habrá dejado el último real en la tienda y en la botica.

—¿Y no cuenta con ningun otro recurso?

—Dios la amparará, porque lo que es del mundo no debe esperar nada, como no sea que al fin se decida á tomar mis consejos y se case.

Se hizo más densa la palidez del caballero.

La señora Nicasia añadió:

—Por supuesto, que no basta que ella se decida á casarse, sino que es menester que tenga con quien. Los hombres no quieren hoy dia más que divertirse á costa de las pobres mujeres. Pero en fin, eso á mí no me importa, porque cada cual hace de su capa un sayo; pero es un decir, porque ya ve usted, las mujeres no tienen otro guisado que el casamiento, y es muy chocante que una mujer jóven y que no tiene más caudal que sus manos y el dia y la noche, mire con horror el casamiento. Y no se dirá que es porque quiere tener un amante, pues á cuantos hombres se le acercan los despide malamente.

—Sí, es cosa extraña.

—Y no sale á la calle sin volver con galanes que la sigan.

—Pero si algunos de esos fuese honrado y...

—Le digo á usted que para ponerla de mal humor no hay más que hablarle de casamiento.

—¿Y por qué tiene esa aversion al matrimonio?

—Nadie lo sabe, porque ella no dice más sino que no quiere casarse.

—¿Nadie las visita?

—Ni hombres ni mujeres, y por eso esta mañana me quedé con la boca abierta cuando ví

que vino el comerciante para quien trabajaba; pero mejor hubiera sido que no viniese, pues le dijo que ya no le daría más costura. A mí me parte el corazón; pero no puedo hacer nada por ella.

—¿Y es grave la enfermedad de doña Cándida?

—El médico dice que no; pero es posible que se muera, porque no tiene lo que necesita y porque sufre mucho y las cavilaciones le hacen mal.

La señora Nicasia era habladora, pero tenía el mérito de decir la verdad, sobre todo cuando le pagaban con largueza.

No era menester más para comprender la situación horrible de las dos desdichadas mujeres.

Inmóvil y silencioso quedó el caballero.

Hubiérase dicho que sufría.

Después de algunos minutos dijo:

—Buenas noches.

Dió media vuelta y se alejó sin responder á las preguntas de la portera, que cuando sola estuvo, murmuró:

—Debe estar loco ese hombre; pero mientras le dé la locura por regalarme monedas de cinco duros, todo va bien. ¿No será falsa? Pronto lo sabré.

Salió de la casa y fué corriendo á una tienda cercana donde sin dificultad le cambiaron la moneda.

—Pues señor,—decía la señora Nicasia mientras guardaba el dinero,—la tal Emilia es para mí una mina de oro, y sin embargo ella se muere de hambre. Cosas bien raras suceden en el mundo. A mí me dan el dinero á manos llenas, y no hay quien á ella le ofrezca un ochavo. No lo entiendo, ni nadie lo entendería.

El desconocido se alejó con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Andrés lo siguió.

Se habia empeñado en averiguar quién era aquel hombre.

Siguió el embozado por la calle de don Pedro y por las Vistillas hasta llegar al viaducto.

—Puede ser que quiera suicidarse,—dijo con tono burlon Andrés.

El desconocido se detuvo algunos momentos para encender otro cigarro.

Siguió, volvió á la izquierda y empezó á bajar por la cuesta de la Vega.

—¡Diantre!—murmuró Andrés.—La noche está demasiado fría para estos paseos.

Subió el cuello de su gaban.

Tambien hubiera encendido un cigarro; pero

no lo hizo porque temió llamar la atención del que consideraba su rival.

El embozado se dirigió sin vacilar hacia el puente de Segovia.

—Esto es demasiado,—dijo Andrés,—pero lo seguiré hasta el fin del mundo:

Dejaron atrás el puente.

Volvió á la derecha el desconocido, que ya podia ser considerado como un hombre misterioso.

Tomó por la carretera de Castilla.

No habia por allí alma viviente ni más claridad que la de las estrellas.

Cinco minutos despues, y como si de la tierra brotase, apareció un hombre de aspecto rudo.

En la mano derecha tenia una navaja de grandes dimensiones y parecia que picaba tabaco.

Frente al caballero se puso y le dijo:

—¿Me dará usted papel para un cigarro?

—No,—respondió el embozado ásperamente

El aparecido no se movió y parecia dispuesto á estorbar el paso.

Debió comprender el caballero que aquel hombre era uno de tantos rateros como vagan por los alrededores de Madrid y que por consiguiente no convenia esperar el golpe, y decimos esto porque lanzándose rápidamente sobre

el criminal, lo asió no sabemos cómo, lo levantó como si fuese un niño, dió algunos pasos y con la mayor facilidad lo arrojó al río.

Produjo un ruido sordo la caída de aquel cuerpo en el agua.

El hombre misterioso, como si nada hubiera hecho, continuó su camino sin apresurarse y fumando.

—¡Oh!—exclamó Andrés.—No es un hombre vulgar.

Y quedó inmóvil por algunos momentos.

Luego siguió.

Ya no era posible que mirase con desden á su misterioso rival.

Tuvo desde aquel instante mayor empeño en averiguar quién era.

Ya hemos dicho que Andrés no era cobarde, y por consiguiente no perdió la tranquilidad.

Siguieron hasta llegar al paseo de San Antonio de la Florida.

El embozado volvió á la derecha y entró por la puerta de San Vicente.

—Adelante, aunque sea hasta el infierno,—murmuró el calavera.

Y llegaron á la plaza de San Marcial.

Subieron por Caballerizas.

Desde la plaza de Oriente fueron á la Puerta del Sol, y por la calle de Alcalá hasta el Prado.

Allí empezó á pasearse el hombre misterioso como si fuese pleno día.

El calavera se impacientaba.

—¿Ha visto que lo siguen?—dijo.—Si es así, se ha propuesto fatigarme; pero en el pecado tiene la penitencia. Debe ser tenaz, y como yo también lo soy, pasaremos la noche en las calles y veremos amanecer, que es un espectáculo muy bello, según dicen los poetas.

Dieron las once.

El embozado tomó otra vez por la calle de Alcalá.

Llegó al café Suizo y entró.

—Esto es otra cosa,—murmuró Andrés.—Estoy medio helado y tengo hambre: me calentaré, y quizás podré cenar.

Eran pocas las personas que entonces había en el café, y por consiguiente, el calavera pudo elegir sitio á su gusto.

Sentóse junto á la mesa que estaba frente á la que ocupaba el hombre misterioso.

Así pudo mirarlo bien.

Pocos momentos después dijo para sí:

—Yo he visto á ese hombre otra vez; pero ¿dónde y cuándo?... No recuerdo...

El desconocido no tenía nada de particular, y al verlo no podía nadie suponer que era un hombre verdaderamente extraordinario.

Pidió de cenar.

El calavera hizo lo mismo y pagó desde luego, para poder irse en un momento dado.

Recordaba el suceso que habia tenido lugar en la carretera de Castilla, suceso que probaba que el desconocido estaba dotado de una fuerza muscular prodigiosa.

El hombre misterioso parecia que estaba preocupado, y si miraba á cualquiera lo hacia distraidamente.

Antes de que pasase un cuarto de hora, entraron en el café amigos ó conocidos del calavera.

Este les preguntaba á todos si conocian al hombre que cenaba con tanta tranquilidad como habia arrojado al rio al ladron.

Todos contestaban negativamente.

Era cosa extraña que nadie conociese á un hombre que parecia rico y de clase distinguida.

Preguntó el calavera tambien al mozo, que le respondió:

—Algunas tardes ha venido á tomar café, ó por la noche á cenar; pero ignoro quién es.

—¿Y está siempre solo?

—Lo mismo que ahora, y á nadie debe conocer en Madrid, puesto que nadie lo saluda.

El desconocido acabó de cenar.

Quedó en actitud meditabunda.

Alguna vez cambiaba de expresion su semblante.

Así pasaron dos horas.

Empezaron á entrar muchas personas en el café.

La animacion fué desde entónces aumentando gradualmente.

Momentos hubo en que los que iban y venian fueron un estorbo para que Andrés viese á su rival.

Este continuaba casi inmóvil.

El calavera dijo para sí:

—Yo mismo no sabia que Dios me hubiese dotado de tanta paciencia.

Aumentó el número de concurrentes más y más, porque era la hora de la salida de los teatros.

Se acercaron á Andrés tres ó cuatro de sus amigos, hablándole alegremente.

Tuvo el calavera que fijar la atencion en ellos.

Sin embargo, pocos minutos despues, les dijo:

—Os agradeceré que os coloquéis á un lado ó á otro para que yo pueda mirar en frente, y en cambio os referiré la más extraña y la más interesante de las aventuras.

—¿Hay por aquí alguna mujer bonita?— replicó uno de los amigos.

Y todos volvieron la cabeza para mirar hacia el sitio donde Andrés quería dirigir también su mirada.

No vieron más que una mesa de la que quitaba el mozo los platos y botellas que habían servido.

El hombre misterioso había desaparecido.

El calavera no pudo contener un grito de rabia.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Dos llamaradas se escaparon de sus pupilas.

—¿Qué te sucede?— le preguntaron sus amigos.

—Nada respondió Andrés.

Se levantó.

Salió del café.

Corrió de un lado para otro.

¿Y su rival?

No lo veía.

El amor propio del calavera estaba horriblemente mortificado.

No necesitaba más para odiar profundamente al hombre misterioso.

Inútilmente se fatigó el calavera.

Seguro estaba de que al fin averiguaría

quién era aquel hombre; pero por de pronto había sufrido una derrota que consideraba como una mengua.

No quiso volver al café, porque hubiera tenido que referir la aventura y confesar que había representado el papel más triste.

Ya no podía ir á preguntar á la habladora portera, si bien este medio no era seguro, porque el hombre misterioso no debió decir su nombre, como Andrés tampoco le había dicho.

Tuvo que resignarse.

Se fué á su casa para descansar, que bien lo necesitaba.

De todo esto resultó que la mujer bonita tuviese un doble interés para el calavera, y que éste considerase ya aquella conquista hasta como cuestion de honra.

---

---

## CAPITULO IX

### Una coincidencia.

Llegó el día siguiente.

Antes de las nueve de la mañana se presentó á la portera el hombre misterioso.

Lo mismo que la noche anterior parecia muy preocupado.

—¿Y la enferma?—preguntó.

—No lo sé, porque su hija no ha salido.

—¿Hay alguna otra novedad?

—Ninguna.

—Volveré más tarde para que me dé usted noticias.

—Cuando usted quiera, pues á todas horas estoy á su disposicion.

Ni una palabra más dijo el caballero.

Salió de la casa.

Detúvose algunos momentos como si dudase en cuanto á la direccion que habia de seguir.

Luego se encaminó hácia la iglesia de San Andrés.

Poco antes de llegar, dió alcance y atrás dejó á un anciano sacerdote que tambien hácia el templo iba.

Ni en éste ni en nadie fijaba la atencion el hombre misterioso, porque siempre iba muy preocupado.

Se le acercó una mendiga.

Detúvose.

Introdujo la diestra en uno de los bolsillos de su chaleco, sacó dinero y dió limosna á la infeliz que se la pedia con plañidero tono.

Avanzó otra vez el caballero.

Entre tanto volvia á echar el dinero en su bolsillo; pero distraido, no se apercibió de que al suelo caia una moneda de oro.

El sacerdote que iba tras él, le dijo:

—Caballero...

Volvióse el hombre misterioso.

Miró al sacerdote.

Este añadió:

—Se le ha caido á usted una moneda... Mírela usted...

—Gracias... No quiere estar en mi bolsillo, porque sin duda hace falta á un desdichado...

Perdone usted, padre; pero si fuese usted bondadoso hasta el punto de hacerme un favor, se lo agradecería con toda mi alma.

—Y yo cumpliría mi deber,—respondió sencillamente el sacerdote.

—Debe usted conocer á muchas criaturas tan desgraciadas como virtuosas.

—Sí.

—Pues le suplico que se quede con esta moneda para socorrer á uno de esos infelices, porque yo no podría darla más que á uno de los mendigos que en las calles abusan de la caridad para proporcionarse medios con que satisfacer sus vicios.

El sacerdote fijó una mirada de extrañeza en el caballero.

Este añadió:

—A un sólo pobre debe usted socorrer, porque si esta cantidad se reparte entre muchos, todos quedarían con la misma necesidad, y yo quiero hacer bien siquiera á uno.

—Pero usted no me conoce...

—¿Y qué importa?

—Si yo no cumpliese con acierto ó con exactitud el noble deseo de usted...

—Dios ha de juzgarnos á todos.

—Es verdad.

—Tome usted esta moneda...

—No puedo negarme, y cuando haga la limosna...

—Su conciencia estará tranquila.

—Si me dice usted su nombre...

—No puedo.

—¿Y cómo sabrá usted que he cumplido su encargo?

—No necesito ni quiero saberlo.

—Pero...

—Que Dios nos proteja á todos,—interrumpió el caballero.

Y se alejó, entrando en el templo y yendo á situarse en el rincon más oscuro.

Sufría, necesitaba consuelo y lo buscaba en Dios.

El sacerdote estaba medio aturdido.

—Nunca me ha sucedido cosa igual,—decía mientras contemplaba la moneda.—Y la verdad es que esto me pone en apuro, porque con el mejor deseo puedo equivocarme y dar el dinero á quien no lo merezca. Debe ser muy rico ese hombre, pero tambien muy desgraciado, pues el sufrimiento se pinta en su semblante. ¿Para qué le sirven la juventud y las riquezas?

En la iglesia entró el sacerdote.

Se arrodilló para orar y pedirle acierto á Dios.

Cinco minutos despues iba á su despacho.

Eran muchos los pobres que á él acudían en demanda de limosna.

¿A quién daría los cinco duros?

Perplejo estaba, porque su conciencia era muy escrupulosa.

Cuando se encontraba más preocupado, le dijeron que deseaba verlo una mujer, y á los pocos momentos se le presentó Emilia.

Palidez cadavérica cubría el rostro de la jóven.

La infeliz temblaba.

Sus pasos eran inseguros.

Apenas podía respirar.

Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

Y sin embargo, su belleza tenía un encanto irresistible y era quizás más conmovedora que nunca.

No era posible que el anciano sacerdote mirase con indiferencia á la desgraciada en cuyo semblante se pintaba un sufrimiento mortal.

Bastaba el primer golpe de vista para comprender que no era una mujer grosera.

Apresuróse el anciano á ofrecerle una silla, y le dijo dulcemente:

—Descanse usted, recobre la calma, y luego se explicará... Está usted muy agitada y...

—¡Ah!—exclamó Emilia con desgarrador acento.

Y dos lágrimas se escaparon de sus magníficos ojos.

—Bienaventurados los que lloran,—dijo el sacerdote.

—Padre mio...

—Bienaventurados los que sufren, porque consolados serán.

—Mi madre, la madre de mi alma está enferma... Busco trabajo y no lo encuentro, y los que pudieran socorrerme... ¡Dios mio!...

Se interrumpió la jóven.

Sentíase ahogada.

Trastornada estaba su razon en aquellos momentos terribles, y así se comprendia sólo al ver cómo habia dado principio á la conversacion.

La portera le habia dicho que no era posible arreglar nada de los bonos, y la infeliz decidió pedir una limosna.

Lo que habia de sufrir no lo sospechaba.

Cuando atravesó el templo para ir á la sacristía, el vértigo se apoderó de su cabeza.

Todos los objetos aparecieron á sus ojos vagos y confusos.

Sordo zumbido resonaba en el interior de su cabeza.

Sus fuerzas menguaban, desaparecian rápidamente.

Hay angustias que no puede concebirlas quien no las ha sufrido.

Al pedir una limosna en las calles y como la piden todos los mendigos, es forzoso que suceda una de dos cosas: perder todo sentimiento noble ó morir, y para pedirla como lo hacia la hija de doña Cándida, es tambien forzoso que el alma se destroce.

En aquellos momentos terribles no tenia Emilia conciencia de su propia situacion ni de sus acciones.

La desesperacion la habia llevado al templo, y la sostenia su propio delirio.

Si tambien se veia rechazada en aquel santo lugar, ¿qué sucederia?

En este caso, el delirio de la desesperacion la precipitaria en el abismo,

No más que dos lágrimas salieron de sus ojos, cuyas pupilas brillaron con el fuego de la fiebre.

Quiso seguir hablando y pintar su situacion; pero no pudo.

El sacerdote se sintió profundamente conmovido.

Dirigió á Emilia palabras consoladoras para fortificar su espíritu,

No necesitaba el anciano muchas explicaciones para comprender aquella situacion.

Por fin, la desdichada jóven hizo un esfuerzo sobrehumano y dijo con febril exaltacion:

—A todas partes voy pidiendo trabajo y pan, pan para mi madre, no más que un pedazo de pan, y el trabajo me niegan, y en vez de pan me ofrecen á manos llenas el oro... ¡Ah!... ¿A dónde iré que el oro no me ofrezcan? ¿A dónde iré que en vez del trabajo que ofrezco no me pidan la honra?... Si de mí vida se tratase, padre mio, yo moriria sin exhalar una queja; pero mi madre, mi pobre madre...

—Basta, hija, basta, —interrumpió el anciano.

—Un consejo, un rayo de luz...

—Fé en la misericordia divina, fé ciega en su justicia infalible...

—No se ha extinguido mi fé, pero mi madre se muere.

—Una prueba más, porque una série de pruebas es esta vida.

—Y se muere mi madre, que tanto me ama, que tantos sacrificios ha hecho por mí; se muere, porque yo la dejo morir, porque no quiero hacer el sacrificio de mi conciencia, el sacrificio de la pureza, que á tanta costa he conservado.

—¡Pobre criatura!...

—Luz, consejos, socorro...

—La luz la da el Omnipotente cuando la fé se conserva.

—¡Ah!...

—Con la virtud se triunfa siempre; con la fé se salvan todos los obstáculos, se tiene valor para todo.

—Pero si Dios me abandona...

—Pobre niña, la Providencia no abandona á las criaturas que todo lo sacrifican para cumplir su deber. En estos momentos tengo una prueba de que la mirada de Dios no se aparta un sólo instante de los que sufren. Un hombre que me es desconocido, acaba de entregarme esta moneda para hacer una limosna, para socorrer á un sólo desgraciado, á uno no más, y mientras el Omnipotente tocaba su corazón, despertando el más noble de los sentimientos, el más puro, el más santo, el de la caridad, tú, pobre niña, venias angustiada en busca de un socorro para salvar la vida de tu madre. Dios ha de juzgarnos á todos, y si este socorro no lo mereces, tú responderás ante la justicia divina.

El sacerdote puso la moneda en manos de Emilia.

Esta tembló.

Balbuzeando pronunció su nombre y dió las señas de su pobre morada.

El anciano le prometió ir á ver á la enfer-

ma, y hacer en su favor cuanto le fuese posible.

Emilia volvió al templo.

Se arrodilló ante uno de los altares.

Inclinó la cabeza.

Otra vez el llanto corrió por sus mejillas.

El hombre misterioso la contemplaba.

Su corazón latía con desigual violencia.

Difícilmente dominaba su agitación.

Más de una vez se movió como para acercarse á la jóven; pero no lo hizo.

Emilia se puso en pié.

Recatando el semblante cuanto pudo salió de la iglesia.

Presurosamente fué á la tienda y á la botica y luego á su casa.

Sus esperanzas de salvación empezaban á renacer.

La portera, según costumbre, le salió al encuentro, preguntándole:

—¿Y qué tal?

—Lo mismo,—respondió la jóven sin detenerse.

—¿No encuentra usted ningún recurso?

—No,—dijo Emilia mientras subía la escalera.

—Creí que sí, porque como ha hecho usted compras...

Tuvo que interrumpirse, porque Emilia no la escuchaba y desapareció; pero luego dijo:

—Quizás haya conseguido que le fien... He de preguntárselo al señor Saturnino, porque me extraña mucho que dé fiado á quien no tiene con qué pagar.

Un cuarto de hora despues llegó el calavera.

Aquella mañana su mirada era sombría.

---

---

## CAPITULO X

Como la noche anterior.

Aunque tuvo poco tiempo, le sobró á la portera para averiguar si el tendero habia dado á Emilia lo que ésta necesitaba, sin que lo pagase.

Un nuevo motivo de sorpresa profunda tuvo la señora Nicasia, pues el dueño de la tienda le dijo que la jóven habia pagado dando á cambiar una moneda de cien reales.

¡Cinco duros en poder de Emilia!

¿De dónde habian salido?

La mujer habladora hizo cuantas suposiciones son imaginables en cuanto á la procedencia del dinero, suposiciones que no todas eran favorables para la hija de doña Cándida, y acabó por decir irónicamente:

—Pues ahora entiendo el por qué al entrar no

ha querido hablarme, ni siquiera me ha escuchado: tiene dinero, monedas de á cinco duros; es rica y ya me mira con desprecio. Cuando no tenia qué comer me hablaba con mucha humildad. Así es el mundo; pero no sabe que yo tambien tengo dinero y que no la necesito para nada.

Gravemente ofendida se consideraba la portera, y aún seguia cavilando cuando se le presentó Andrés.

No esperó la señora Nicasia á que le preguntase el calavera, sino que desde luego le dijo:

—Buenos dias... Estaba deseando verlo á usted, porque hay grandes novedades, y me parece que tendrá usted que cambiar de sistema.

—¿Qué sucede?

—Lo que no entiendo.

—¿Y la enferma?

—Creo que está lo mismo.

—¿Ha encontrado trabajo la hija?

La señora Nicasia desplegó una sonrisa maliciosa.

—Parece que sí, —respondió:

—¿Quién se lo ha proporcionado?

—¡Bah!... No lo sé; pero... En fin, cada cual hace de lo suyo lo que quiere.

—No comprendo...

Yo tampoco.

—Le pregunto á usted para que me responda con claridad.

—Me parece que no puedo decir más que lo que veo.

—¿Y qué es lo que ha visto usted?

—Que anoche no tenia ni dos cuartos la hija de doña Cándida, y que esta mañana salió muy de prisa, y luego volvió con la compra, y con medicamentos y con todo lo que necesitaba.

—Quizás alguna persona caritativa...

—Buena caridad te dé Dios.

—Pero...

—Cuando se socorre á un pobre se le dá una peseta ó todo lo más un duro, y la tal Émilia ha ido á la tienda con monedas de cien reales, y allí le han cambiado una, y esto es verdad, porque á mí misma me lo ha dicho el señor Satur-nino, y creo que en la botica ha cambiado otra, y... en fin, la mar de dinero.

El calavera palideció.

Su frente se contrajo mucho más de lo que estaba.

—Luego vino muy orgullosa, y ni siquiera me dió los buenos dias, ni me respondió cuando le pregunté por su madre. Me alegro mucho de que haya hecho fortuna; pero me parece que no

debía mirarme con desprecio. Dicen bien que el hambre se olvida pronto.

— Monedas de oro, — murmuró sordamente Andrés.

— No sé cuantas.

— Y tan de repente...

— Todo es fácil cuando se tiene una cara bonita.

— No puede ser.

— ¿Y qué es lo que no puede ser?

El calavera quedó silencioso.

Le parecía inverosímil que la joven hubiera hecho en un instante el sacrificio de su honra.

Sin embargo, todo era posible, y mucho más si aquel triunfo lo había conseguido el embozado de la noche anterior.

Después de algunos minutos, fijó el calavera una mirada penetrante en la señora Nicasia, y le dijo:

— Si le pago á usted es porque me diga la verdad.

— La he dicho.

— Algo calla usted.

— Nada.

— Sí, — replicó enérgicamente Andrés.

— Repito que nada.

— Hay un hombre que se ocupa de Emilia.

—Hay muchos: cuantos la ven.

—Pero uno que está en relaciones con usted, y...

—¡Ah!...

—Si es que usted se ha propuesto representar un doble papel...

—Dios me libre.

—Acabemos.

—Aún no me había usted dejado decirle que aquel caballero que anoche paseaba en la calle...

—Entró aquí.

—Es muy verdad.

—Habló con usted.

—Y me preguntó por las inquilinas del sotabanco número dos; pero cuando empecé á darle señas, me encontré conque conocia á las dos mujeres, pues sabia cómo se llaman, y lo único que ignoraba era la enfermedad de la madre. Me regaló una moneda de cinco duros, se fué, y esta mañana volvió para preguntarme cómo seguía la enferma.

—Pero debe haber fijado su atención en la hija.

—Lo mismo en la una que en la otra, y parece, no un enamorado, sino un pariente ó un amigo que se interesa por ellas.

—¿Y no sabe usted quién es ese hombre?

—Ni él me lo ha dicho ni se lo pregunté, porque no soy curiosa.

—¿Volverá?

—No lo sé.

—¿Estaba en la calle cuando salió Emilia?

—No, señor.

—Todo es raro en ese hombre.

—Nada le oculto á usted.

—Es preciso que desde hoy redoble usted su vigilancia y observe más cuidadosamente que nunca.

—Descuide usted.

—Me conviene ante todo saber si efectivamente Emilia tiene dinero abundante, pues sería una circunstancia sospechosa.

—Me parece que lo que debe usted hacer es sacar el partido que pueda, pues si no ha sucedido lo que sospechamos, sucederá algún día, y el que ande más listo se llevará la parte mejor.

—Es verdad.

Convencióse el calavera de que no habia de saber entónces más.

Preciso era que esperase á que los sucesos lo favoreciesen.

No era probable que entónces viese á Emilia, y, por consiguiente, nada tenia que hacer allí.

Segun costumbre, dió un duro á la portera y salió de la casa.

Muy despacio y muy pensativo se alejó.

Pocos minutos despues encontrábase cerca de la iglesia de San Andrés.

Se detuvo, levantó la cabeza y miró á todos lados.

¿Hacia dónde iria?

Antes de decidirse, salió de la iglesia un hombre.

Era el personajé misterioso.

No llevaba entónces capa, y su ropage, aunque sencillo, era de gran valor y muy elegante.

Lo vió el calavera.

Dificilmente pudo contener una exclamacion.

Relumbraron sus ojos.

—¡Oh!—exclamó.—Lo que es ahora no se me escapará.

Quizás le esperaba otro desengaño y, por consiguiente, otro martirio.

El hombre misterioso pasó muy cerca de Andrés, y ni siquiera lo miró.

—Pasearemos, —murmuró el calavera, —y hasta el fin del mundo iremos.

Y siguió al que consideraba su rival.

Este, que siempre parecia estar muy preocu-

pado, atravesó la plazuela de Puerta de Moros y tomó por la Cava-baja.

Una y otra calle dejó atrás.

Llegó á la Carrera de San Jerónimo.

Entró en la fonda de Lardhy.

—Me alegro,—dijo Andrés para sí,—puesto que aún no he almorzado.

Y tambien entró en la fonda.

El hombre misterioso se sentó y pidió de almorzar.

Frente á él se acomodó el calavera.

Estaba decidido á mirarlo tan descaradamente, que le llamase la atencion y que le disgustase, dando así ocasion para explicaciones.

¿Era posible que no triunfase con su tenacidad y su audacia?

Al principiar el almuerzo pagó, como la noche anterior habia hecho en el Suizo, pues así podria salir de repente.

Mientras comia miraba fijamente al hombre misterioso; pero éste tenia la cabeza inclinada, y como no miraba más que á su mesa, no pudo apercibirse de que era objeto de aquella insoporable observacion.

Acabaron de almorzar.

Tomaron café.

Fumaron.

El hombre misterioso apenas cambiaba de postura.

Ni una sola vez había mirado al calavera.

Este se impacientaba y sufría mucho.

Por fin su rival pagó, se puso el sombrero y salió.

Muy despacio se dirigió hacia el Prado.

Andrés encontró á muchos de sus amigos.

A todos les preguntaba si conocían al hombre misterioso; pero todos respondían negativamente, ó todo lo más decían haberlo visto alguna vez en el teatro ó en los paseos.

¿De dónde había salido aquel hombre?

—Paciencia y constancia, — murmuró Andrés.

Llegaron al Prado.

Cerca de la fuente de Neptuno había un tiburú con caballo de gran valor, que estaba al cuidado de un lacayo.

El hombre misterioso se detuvo y miró hacia el Retiro, como si contemplase con curiosidad ó admiración la histórica iglesia de San Jerónimo.

El lacayo se quitó el sombrero y permaneció inmóvil y en actitud respetuosa.

El calavera, como no tenía que hacer otra cosa, miraba el caballo y decía:

—¡Hermoso animal!... ¿De quién es?

Pensando estaba satisfacer su curiosidad, preguntándole al lacayo, cuando el hombre misterioso se acercó al carruaje, subió, se sentó y tomó las riendas y el látigo.

La ira hizo temblar al calavera.

Sintió afluir á su cabeza toda su sangre.

Miró á todos lados, buscando un carruaje de alquiler para seguir á su rival.

¡No habia ninguno!

El tilbury se puso en movimiento.

Al trote largo tomó el hermoso corcel por el paseo del Botánico.

Andrés dejó escapar un grito de rábía.

El lujoso carruaje desapareció muy pronto.

¿Qué recurso le quedaba al calavera?

Su rostro estaba lívido y desfigurado.

Su trastorno era profundo y debia cometer las mayores locuras.

---

---

---

## CAPITULO XI.

### De mal en peor.

Emilia se reanimó con el socorro que habia recibido, pero su situacion no cambiaba, y pocos dias despues seria tan horrible como antes de acudir al anciano sacerdote.

Bien comprendia la desdichada que aquellos socorros no podian repetirse, y por consiguiente decidió seguir buscando los recursos que para vivir necesitaba, pues los cinco duros que habia recibido eran una tregua y nada más.

Refirió á su madre lo que habia hecho, y la pobre anciana suspiró tristemente y exclamó:

—¡Pobre hija mial... Debes haber sufrido mucho.

—¿Y por qué?

—Para pedir una limosna...

—No,—interrumpió la jóven con tono de sen-

cillez,—eso no es pedir limosna como la pide un mendigo, sino acudir en los momentos de aflicción á los que pueden darnos algun auxilio, aunque sea el de sus consejos. Mis penas he confiado al sacerdote, y al consolarme con las más cariñosas palabras, me concedió el dinero que le habian dado para que aliviase á un infeliz. No he tenido que humillarme, y por consiguiente nada he sufrido.

Al hablar así sonreía Emilia y acariciaba á su madre.

Luego trazó muchos planes, y consiguió al fin que la anciana se entregase á ilusiones y esperanzas que debian hacerle mucho bien.

Aquel mismo dia salió la jóven para seguir buscando trabajo.

Iba de tienda en tienda y de obrador en obrador.

En todas partes entraba con una esperanza y salia con un desengaño.

La contestacion que le daban todos era poco más ó ménos la misma.

—La época está muy mala,—le decian,—y tenemos que despedir á muchas de las que nos trabajan hace bastante tiempo y cumplen honradamente.

Si la infeliz hablaba de su madre enferma, la escuchaban con la indiferencia más fria.

Le parecía imposible que sus dolores no conmoviesen á nadie, y sin embargo así sucedía.

Desalentada y sufriendo horribilmente volvió á su casa.

La portera, á pesar de que se consideraba ofendida, no dejó de interpellarla.

—Mi situación es igual,—le respondió la joven,—y quizás peor, porque mayores son los apuros á medida que el tiempo pasa.

—Pues yo creí que había usted encontrado algún recurso, porque como ví que hizo usted la compra...

—Con un socorro que Dios ha querido enviarme.

—Ya lo vé usted, Dios aprieta y no ahoga.

—Acudí al señor cura.

—¡Ahl...

—Precisamente acababan de darle una cantidad para que socorriese á quien lo necesitase, y me la entregó; pero este recurso se acabará bien pronto, y me encontraré lo mismo que antes.

—Si usted sigue buscando...

—No hago otra cosa; pero adonde quiera que voy, me responden con negativas.

—Desengáñese usted, que mientras no tome una determinación...

—¿Y qué puedo hacer?

—Ya se lo he dicho, casarse.

No podia Emilia dar á conocer á todo el mundo el secreto de su corazon, y por consiguiente habia de responder con frases vagas.

—Señora Nicasia,—dijo,—la mujer no se casa cuando quiere, sino cuando puede.

—Eso es muy verdad.

—Podrá suceder que algun dia se me presente un hombre honrado que me ofrezca su corazon: pero entre tanto, ¿qué haré para vivir, para proporcionar á mi madre lo que necesite?

La portera guardó silencio por algunos minutos.

—Entre usted,—dijo luego.

—No puedo detenerme, porque mi madre...

—Tengo que decirle á usted una cosa que le interesa, y no se arrepentirá usted de haberse detenido algunos minutos.

Emilia entró en el estrecho aposento de la portera.

Allí podian hablar con todo descuido.

La señora Nicasia queria dar una prueba de su habilidad.

Desplegó una sonrisa maliciosa.

Luego dijo:

—Yo no hablo nunca por hablar, y debia usted haberme entendido.

—Pues no comprendo.

—Es usted muy bonita, y por donde quiera

que llama la atencion de todos los hombres.

—Eso me proporciona muchos disgustos.

—Siempre es una satisfaccion.

—Segun.

—No todos se acercan á las mujeres con buen fin, pero algunos lo hacen con la mejor intencion, y si usted los recibe á todos lo mismo, no se casará. Particularmente uno de esos la quiere á usted como manda Dios. ¿Entiende usted? Está dispuesto á casarse, y como es rico y...

—Ignoro á quien se refiere usted.

—Mentira parece, porque la otra noche la seguia; la última noche que fué usted á la tienda de don Benigno... ¿No recuerda usted?

—No.

—Un caballero rubio y muy buen mozo...

—Señora Nicasia, no debo ocuparme de un hombre á quien ni de vista conozco. Verdad es que se me acercó ese caballero; pero lo hizo como lo hacen muchos, sin respeto de ninguna clase, sin guardar ninguna consideracion, y su aspecto, su lenguaje...

—¿Le desagradá á usted?

—Mucho.

—¡Jesús!...

—Aun cuando así no fuese, me encontraria en el mismo apuro, porque por de pronto necesito pan y socorros para mi madre.

—Pero como ese caballero es rico y quiere que su madre de usted...

—Basta, porque mi decoro no me permite aceptar socorros de ese hombre ni de ninguno. Supongo que usted lo vé...

—Viene para suplicarme y para preguntar cómo está la enferma.

—Pues dígame usted que se molesta en vano, y qué lo más acertado que puede hacer es olvidarse de mí.

—Si se le presenta á usted la fortuna y la desprecia...

—Es cuenta mia,—interrumpió la jóven.

Y en pié se puso y salió del aposento.

La señora Nicasia se sintió vivamente herida.

Desde aquel momento debia ser el mayor enemigo de las dos pobres mujeres.

El proceder de Emilia lo consideró como una ingratitude.

—Voy viendo,—murmuró,—que los hombres hacen bien en no guardar consideraciones á estas chicuelas orgullosas.

La jóven subió y desapareció.

Comprendió entonces que se encontraba en una situacion muy crítica.

La señora Nicasia habia cometido una torpeza, porque puso sobre aviso á Emilia, y así entorpecía los planes de Andrés.

Decidió la jóven ser muy reservada, y este propósito lo cumplió hasta el punto de concretarse á no hablar con la portera más que para darle los buenos días.

Cuando llegó la noche supo Andrés lo de la limosna dada por el sacerdote.

Entónces recordó que habia visto salir de la iglesia á su rival.

Supuso que éste habia adoptado el sistema de socorrer indirectamente á Emilia, dándole así medios para que pudiera resistir; pero en tal caso no debia querer lo que querian los demás, pues valia demasiado y no habia de cometer la torpeza de levantar él mismo obstáculos para la realizacion de sus aspiraciones.

El hombre misterioso no era, pues, un seductor como los demás.

¿Quería casarse con la hija de doña Cándida?

Absurdo le parecia esto al calavera; pero reconoció que era posible.

Sin embargo, se preguntaba el por qué aquel hombre no daba un paso decisivo.

Tambien tuvo en cuenta la circunstancia de conocer el hombre misterioso á las dos mujeres, segun habia dicho á la portera, y segun lo probaba el no haber pedido noticias más que sobre la situacion de aquellas infelices y el carácter de la enfermedad de la anciana.

Meditó Andrés.

Modificó su plan.

Dió dinero á la portera y le prometió mucho más para conseguir que en apariencia dejase en libertad á Emilia; pero que la espiase hasta fuera de su casa cuando Andrés no pudiera hacerlo.

Encendíase con los obstáculos más y más la pasion del calavera, y más y más tambien se interesaba su amor propio en aquella lucha.

Era soberbio y debia excitarlo la presencia de un rival.

Si nadie hubiera deseado lo que él deseaba, si nadie se lo hubiera disputado, su afan no seria tan grande.

Hasta tal punto se sintió dominado por aquella pasion, que el recuerdo de la jóven llegó á ser su idea fija.

Olvidóse de sus amigos, de sus goces y de todo.

A todas horas se le veia por los alrededores de la casa.

Y el hombre misterioso, aunque no con tanta frecuencia, andaba por allí tambien.

La señora Nicasia cumplió fielmente lo que habia prometido.

Así el calavera pudo saber que Emilia buscaba trabajo y no lo encontraba, y que no

habia vuelto á la parroquia en busca de socorros.

Tres dias despues se presentó el sacerdote.

Le preguntó á la portera, que respondió segun costumbre.

Luego subió con el noble fin de ver cómo se encontraban las dos pobres mujeres.

—Me conviene saber lo que pasa,—dijo para sí la portera.

Y subió tras el sacerdote, se colocó junto á la puerta, y unas veces escuchó y otras miró por el ojo de la cerradura.

Semejante abuso era incalificable.

Lo que vió nada tenia de particular.

El sacerdote fortificó el espíritu de Emilia con palabras las más dulces y consoladoras.

Luego le entregó una moneda, un duro, que era todo el dinero de que podia disponer.

—Un dia más de vida,—pensó la señora Nicasia.

De todo dió parte al calavera.

—Esperemos,—dijo éste.

Y hacia grandes esfuerzos para dominarse.

Otros cuatro dias trascurrieron.

Emilia volvió á encontrarse en la situacion más horrible.

Ya no podia acudir al sacerdote.

No encontraba trabajo.

Le aconsejaron que fuese á ver al encargado ó administrador de una fábrica de chocolate, donde tal vez tendria ocupacion para empaquetar.

Ganaría muy poco mientras no se adiestrase; pero algo ganaría.

No quiso perder un instante.

Fué muy bien recibida; pero el administrador de la fábrica le respondió:

—Precisamente al terminar esta semana, será preciso despedir por lo ménos á tres ó cuatro de las operarias, porque el género se almacena, y como no tiene bastante salida, es preciso disminuir la elaboracion. Además se resienten bastante los intereses de la casa, porque cada dia son más crecidos los derechos que pagan las primeras materias, y por este camino se llegará pronto á la ruina.

—Es decir que...

—En vez de faltar manos, sobran en la fábrica.

Quedó Emilia inmóvil.

Sintió como si se helara su sangre.

Se desvanecía su esperanza última.

Mortal palidez cubrió su rostro.

—Sin embargo,—le dijo aquel hombre mientras la miraba muy fijamente y sonreía,—como parece que el apuro de usted es muy grande...

—Tengo á mi madre enferma.

—Y si no cuenta usted con más recursos que sus manos...

—Ninguno más.

—Pues todo lo arreglaré despidiendo una operaria más, y dándole á usted su plaza.

—Eso no.

—¿Y por qué?

—Quitar el pan á otra infeliz...

—Con tales escrúpulos se morirá usted de hambre.

—Mi conciencia...

—¡Bah!...

—Caballero...

—Estoy decidido á protegerla á usted, porque todo se lo merece, y usted, como será agradecida y...

—No quiero el pan á costa de la desgracia de nadie.

—Eso es cuenta mia: desde mañana vendrá usted á trabajar, y si sus apuros son apremiantes, principiare por darle á usted una cantidad adelantada. Tranquilícese usted,—añadió el administrador.

Y en pié se puso.

Se acercó á la jóven.

Le cogió una mano y se la acarició, mientras decia:

—Tendrá usted cuanto necesite, y...

—Nada quiero,—interrumpió Emilia.

Y se separó bruscamente de aquel hombre.

La infeliz acababa de convencerse de que la generosidad del administrador de la fábrica, se parecía mucho á la del comerciante don Benigno.

No podia continuar la conversacion.

La sola mirada de aquel hombre la ofendia.

De la fábrica salió con el corazon oprimido y el llanto en los ojos.

Cuando llegó á su casa vió que su madre dormia, y pudo entregarse á los desahogos de su dolor.

—¡Maldita sea mi belleza!—exclamó desesperadamente.

Y á pesar de que su rostro estaba pálido y enrojecidos sus ojos, cuando otra vez salió de su casa, encontró á muchos hombres que la galanteasen.

Andrés era uno de tantos, pero se concretaba á seguirla.

¿Qué haria la infeliz para que la dejaran en paz?

¿Cómo se libraria de aquella persecucion insoportable?

Comprendió entonces que no sin razon su antiguo amante la mortificaba incesantemente.

Ya lo hemos dicho: hay mujeres que no hacen nada para llamar la atención, y sin embargo, tienen un atractivo irresistible, y con sus ojos abrasan y trastornan.

Esto es una gran desgracia, y mayor desgracia en una situación como la de Emilia.

Andrés, que observaba constantemente y contaba con el auxilio de la portera, creyó que había llegado el momento de dar un paso decisivo, pues ya á la jóven no le quedaban más que dos caminos, sucumbir ó dejar que su madre muriese y morir ella.

---

---

## CAPITULO XII

### Lo que hizo el hombre misterioso.

En tanto que Andrés decidía presentarse á la jóven para entablar de frente la lucha, el hombre misterioso iba á visitar al anciano sacerdote, y le decia:

—Si ahora puede usted escucharme...

—A todas horas.

—Gracias, padre.

—Y usted merece más mi atencion.

—¿Y por qué?

—No he olvidado el dia en que al entrar en la iglesia se le cayeron á usted cinco duros, que me entregó para hacer una obra de caridad. Tuve ocasion de cumplir su encargo media hora despues, y Dios quiso darme acierto, pues qui-

zás aquella moneda ha evitado la perdicion de una pobre mujer.

—Aquel dia permanecí en la iglesia bastante tiempo, y ví que una jóven entró en la sacristía; en su rostro se pintaba un dolor mortal, y cuando salió y se arrodilló para rezar, comprendí que sus lágrimas eran de gratitud. Aquella infeliz debió ser la que recibió el socorro, y en esto se vé la mano del Omnipotente.

—Como en todo.

—Conozco á esa jóven y á su madre.

—Entónces...

—Padre mio, he venido para confiarle á usted un secreto y para cumplir un deber, y cuando el secreto conozca, me hará el mayor de los beneficios si disipa las tinieblas que envuelven mi entendimiento. No me atrevo á decir que sufro más que esa infeliz mujer á quien providencialmente he socorrido, y por la que, sin vacilar, sacrificaria mi existencia; pero sí puedo asegurar que soy muy desgraciado.

—¿Y dónde hay una criatura feliz?

—Cuando la busco no la encuentro.

—Sin las desgracias, sin los grandes dolores, ¿cómo se purificaria nuestra alma, para ser digna de los goces inefables de la eternidad y

del amor del Omnipotente? No debemos aspirar á la dicha en este mundo, porque ni aquí está ni hemos recibido la vida más que para amar á Dios. Quiere usted confiarme un secreto y...

—Usted me escuchará.

—Porque así cumplo un deber, pero no porque deseo penetrar en el alma de ninguna criatura.

El hombre misterioso inclinó sobre el pecho la cabeza.

Quedó inmóvil y silencioso.

El sacerdote esperó con la tranquilidad más perfecta.

Largo rato pasó así.

Por fin el rival de Andrés levantó la cabeza.

Debia ser de muchísima importancia lo que iba á decir, pero no podemos repetirlo, porque seria lo mismo que violar el secreto de la confesion, y, por consiguiente, habremos de contentarnos con el resultado de aquella extraña conferencia.

Por espacio de media hora habló el hombre misterioso, dando á conocer, no solamente los principales sucesos de su vida, sino sus sentimientos, es decir, que refirió la historia de su alma, que es la verdadera historia de la criatura.

Con atención profunda escuchó el sacerdote, y era siempre la misma la expresión de su semblante. Debía conocer muy bien el corazón humano y, por consiguiente, no se sorprendía. Quizás aquella historia en su fondo, en lo esencial, era la misma que la de otras muchas criaturas.

El hombre misterioso parecía muy fatigado.

Más de una vez, mientras hablaba, se humedecieron sus ojos.

¿Quién lo hubiera creído?

Terminó su triste relato y volvió á inclinar la cabeza.

El sacerdote dijo:

—Pues ahora es preciso que adopte usted una determinación.

—Dudo, padre mío.

—Las dudas se disipan con el tiempo.

—Pero entretanto...

—Cumpla usted sus deberes para que su conciencia esté tranquila, y deje á Dios lo demás.

—Mis deberes...

—El primero consiste ahora en salvar á esa pobre criatura, pues se encuentra en una alternativa demasiado horrible y Dios sabe lo que puede suceder.

—Ha resistido, pero...

—Las fuerzas se gastan durante la lucha, y la desesperacion nos trastorna y produce vértigos cuyas consecuencias pueden ser las más horribles. La juventud y la belleza son dos grandes desdichas para la mujer.

—Si yo me presentase á esas infelices para ofrecerles auxilios, los rechazarían.

—Probablemente.

—He cavilado, y me parece haber encontrado un medio.

—Los hay.

—Creo que aceptarían los socorros si se los ofreciese usted, diciéndoles que así cumplía el encargo de una persona caritativa.

—Bien me parece.

—En cuanto á la cantidad...

—No ha de ser de mucha importancia, porque daría ocasion á sospechas.

—Soy rico, muy rico.

—Sin embargo, no conviene pasar de quince ó veinte duros, y oportunamente repetiremos el socorro.

—Es igual, si bien son cantidades tan mezquinas...

—Piense usted que de lo único que se trata es de proporcionarles lo absolutamente necesario para evitar esos terribles momentos de des-

esperacion que precipitan á la criatura en el abismo, pues lo demás hay que dejarlo á Dios.

El hombre misterioso, que continuaba bastante fatigado, no replicó.

Sacó una cartera donde habia muchos billetes del Banco, y entregó uno de cien pesetas al virtuoso sacerdote.

—Hoy mismo iré á visitar á esas infelices.

—Y yo volveré mañana para saber cómo han recibido el auxilio.

—Por supuesto que el nombre de usted...

—Sobre ese punto debe usted guardar la más absoluta reserva.

—Que Dios nos dé acierto.

Muy poco más hablaron.

Se despidió el hombre misterioso y salió.

El sacerdote dió gracias al Omnipotente porque le proporcionaba la ocasion de contribuir al consuelo de los desgraciados.

No queria perder un instante y se dispuso á ir á la vivienda de las dos mujeres; pero al salir le dieron aviso de que un moribundo lo esperaba para confesar, advirtiéndole que el caso era urgente.

No habia en aquellos momentos allí quien pudiera sustituirle.

¿Cómo habia de negarse á ir inmediatamente?

Se trataba de la salvacion de un alma, y esto era demasiado grave.

¿Quién habia de sospechar que tambien dependia de algunos minutos la salvacion de la honra de Emilia y de la existencia de doña Cándida?

Las coincidencias representan un gran papel en este pícaro mundo.

En sus manos tenia el anciano sacerdote la salvacion de las dos infelices mujeres, y no podia llevársela.

No dió, ni era posible que diese, importancia grande á la circunstancia de ir á verlas una hora antes ó despues.

Se encaminó presurosamente á la vivienda del enfermo.

¿Encontraria otro obstáculo?

Sí.

El enfermo, aunque muy grave, encontrábase en el pleno uso de su razon, y no era una confesion sencilla la que tenia que hacer, sino una consulta muy grave sobre un asunto del que dependia la suerte de una familia honrada.

Aquellos minutos eran preciosos.

El sacerdote no podia desentenderse del

asunto, porque echaba sobre su conciencia una responsabilidad muy grande.

Tuvo que ir á tratar de aquel negocio con otra persona, y en hacerlo así, conferenciar y volver, empleó algunas horas.

Ni siquiera habia podido ir á comer; pero lo que ménos le importaba era lo que á su persona se referia.

Cuando terminó era ya tarde y desaparecieron los últimos rayos del sol.

Sintióse desfallecido.

Tenia necesidad absoluta de recobrar las fuerzas, pues sin hacerlo así no hubiera podido seguir cumpliendo sus deberes.

Volvió á su morada para tomar algun alimento.

No se permitió más descanso; pero la luz del sol habia desaparecido.

A pesar de sentirse bastante quebrantado, se consideraba dichoso, porque habia tenido ocasion de hacer algunos beneficios.

El anciano era un verdadero sacerdote: el ángel consolador de los que sufren.

Algunos minutos empleó en orar.

—Continuemos la obra,—dijo luego.

Y otra vez salió de su morada, llevando los veinte duros que le habia entregado el hombre misterioso.

¿Llegaria á tiempo?

Dudoso era.

Para averiguarlo tenemos que retroceder, y veremos si el calavera habia dado al fin el atrevido paso que debia decidir la suerte de todos.

Nos trasladaremos á la calle de las Tabernillas, y entraremos en la casa donde ya hemos estado tantas veces.

---

José María García

### CAPITULO XIII

#### La alternativa.

A las cuatro de la tarde entró en la casa el desalmado calavera.

—¿Hay novedad?—le preguntó á la señora Nicasia.

—Segun entiendo no han podido esas infelices encontrar ningun recurso.

—Mejor.

—Y me parece que ni siquiera han tomado ningun alimento, de manera que deben estar desfallecidas. Yo les hubiera ofrecido lo que tengo; pero como son así, con ese orgullo, no me he atrevido.

—Ni conviene.

—La hija fué á pedir fiado á la tienda; pero el

señor Saturnino me ha dicho que nada le dió porque no sabia cuando habia de cobrar.

—Pues si ahora me rechaza...

—No lo hará, porque el hambre atormenta mucho y es muy mala consejera.

—¿Ha venido el otro?

—Esta mañana.

—¿Y qué le ha dicho usted?

—La verdad, y se ha ido muy cabizbajo.

—Está bien,—dijo el calavera.

Y ni más preguntó ni escuchó más.

Separóse de la señora Nicasia.

Muy despacio empezó á subir la escalera.

Parecia que habia desaparecido su audacia precisamente en los momentos en que más la necesitaba.

El valor del criminal mengua mucho cuando va á cometer el crimen.

Andrés no habia tenido que luchar con la verdadera virtud, y ésta era, por consiguiente, un adversario desconocido y doblemente temible para él.

La verdadera virtud tiene una fuerza incalculable y ejerce una influencia á la que en vano intentamos sustraernos.

Esto no quiere decir que el calavera se detuviese para cometer el abuso, pues tenia el incentivo de su pasion y el impulso de su vértigo;

pero quizás se presentaría á la jóven con ménos serenidad que don Benigno.

¿Y cómo se encontraban las dos mujeres?

Lo diremos mientras el calavera sube.

En todo aquel dia no habia tomado la jóven ningun alimento, porque lo único y poco que tenia lo reservó para su pobre madre.

Fácil le fué engañar á ésta, que en el lecho se encontraba, y por consiguiente, la enferma no se apercibió de la verdad, ni pudo apreciar todo lo horrible de la situacion.

Nada, absolutamente nada tenia la jóven que pudiese empeñar ó vender. como no fuese el marco del retrato del hombre á quien amaba todavia con todo su corazon.

Empero le hubiera parecido que hacer uso de aquella prenda era cometer el más horrendo crimen.

El recuerdo de su antiguo amante era sagrado para Emilia.

Sin embargo, no era imposible que consumase el duro sacrificio para salvar á su adorada madre; pero de ningun modo lo haria para proporcionarse ella el sustento de que tenia una doble necesidad.

Para la infeliz no habia llegado el último apuro mientras pudiese proporcionar algo á su madre.

Acudió al tendero, según había dicho la portera; pero nada consiguió, porque como su situación era conocida, no tenían ningún crédito. El crédito se hace con las garantías materiales ó con las deudas cuando se pagan, es decir, que el crédito es en la mayoría de los casos una ilusión como otra cualquiera.

Los propósitos de la joven perdían su firmeza á medida que las horas pasaban, porque sentía los tormentos del hambre y un trastorno para ella desconocido.

El hambre engendra ideas muy negras.

Cuando se tiene hambre no se discurre como después de estar satisfechos, ó lo que es igual, el hambre tiene una lógica especial, y por consiguiente unas leyes morales completamente distintas de las que todos reconocemos.

Además, el hambre engendra siempre el egoísmo y una indiferencia glacial, y es raro que no haga desaparecer todos los sentimientos nobles, pues hasta del amor es enemiga el hambre.

Sería imposible dar explicaciones ni comprender el estado moral de la hija de doña Cándida.

Nunca había sonreído tanto como aquel día terrible; pero su sonrisa era espantosamente amarga.

¿Le quedaba algún recurso?

Pedir una limosna en las calles.

Ya hemos dicho que al hacer esto por primera vez se muere ó se pierde todo sentimiento de dignidad y de pudor y se cae en el abismo insondable de la depravacion.

Con raras excepciones, la criatura que tiene fuerzas bastantes para dominarse y pedir una limosna, se pierde para toda su vida, porque en un sólo instante deja de ser lo que ha sido, hasta el punto de que ella misma no podría reconocerse.

Jamás daríamos en la calle una limosna si la experiencia no nos hubiese probado que casi todos los mendigos son especuladores, y no la daríamos, porque no hay dinero que corrompa tanto como la moneda que se da al desconocido que con tono lastimero nos pide pan por el amor de Dios.

Hay hombres que, en fuerza de ser honrados, se hacen criminales antes que mendigos.

Líbreños Dios de encontrarnos en esa situacion en que ante la criatura no se abren más que tres caminos, el del hambre y la muerte, el del crimen y el de la mendicidad.

Más de una vez pensó Emilia en el oro que á manos llenas le habian ofrecido á cambio de su

honra, y otras cosas pensó que no debemos decir.

Así devoraba hiel en el fondo de su alma, hiel que podia conducirla lo mismo al sepulcro que á la perdicion.

Afortunadamente hizo uso de toda la fuerza de su voluntad.

Con la voluntad lo vence todo la criatura; porque en último caso, si se propone morir, soporta todos los sufrimientos y muere.

Para esto es preciso que en el alma esté bien arraigado el sentimiento del deber.

Lo que sufría la jóven se veia claramente en su semblante pálido y particularmente en sus ojos.

A las tres de la tarde comprendió que le faltarian muy pronto las fuerzas para moverse; pero aún tuvo valor para resistir.

Sentada cerca de una de las pequeñas ventanas de su pobre aposento, contemplaba el horizonte y veia cómo el sol descendia y tocaba á su ocaso.

El astro del dia iba á desaparecer muy pronto.

¿Veria otra vez sus rayos la desdichada jóven?

¿No serian las tinieblas de la noche precursoras para ella de las frias y densas tinieblas de la sepultura?

¿No exhalaría el último suspiro mientras reposaba el mundo, mientras los unos dormían y otros se entregaban á goces delirantes?

¿No la mataría el hambre y la desesperación entre los que estaban hartos y sonreían, entre los que dormían arrullados por gratas ilusiones y halagüeñas esperanzas?

Sin haberla sufrido no puede imaginarse lo que hace sentir y pensar la miseria, lo que hace sentir y pensar el hambre.

También el frío desconsolador de la fiebre atormentaba á la infeliz jóven, y la fiebre exaltaba más y más su imaginación.

La fiebre sublima el espíritu, y cuando el espíritu se sublima, los sentimientos son más delicados y se sufre más.

Lo repetimos: serían vanos todos nuestros esfuerzos para dar una idea siquiera aproximada del estado moral de la jóven, y por consiguiente nos concretaremos á presentarla y á ver lo que hacía cuando Andrés la pusiese en la alternativa más dura y más horrible.

Llegó el calavera al sotabanco.

Se detuvo junto á la puerta.

Palidez nerviosa cubría su rostro.

Su frente estaba contraída.

Sombria como nunca era su mirada.

¿Qué sentía en aquellos momentos?

No es posible explicarlo.

El fuego de su pasión sensual lo abrasaba siempre.

Parecía que vacilaba, y sin embargo no estaba dispuesto á retroceder.

El criminal tiene más miedo cuanto más débil es su víctima.

Esto parece paradójico, y sin embargo tiene muy sencilla explicación.

Quizás hubiera retrocedido Andrés, dejando para otro día lo que entónces intentaba; pero no se lo permitía su soberbia, y se hubiera creído deshonrado si la infeliz portera se burlaba de aquellas vacilaciones.

Hay en nosotros muchos sentimientos ruines que confundimos con el del honor y la verdadera dignidad, y por consiguiente no es extraño que Andrés confundiese aquel caso con uno de honor.

Se inclinó y miró por el ojo de la cerradura.

Extremecióse violentamente porque tuvo la ortuna de ver á Emilia como ya la había visto otra vez.

Los últimos rayos del sol penetraban en el pobre aposento, casi desnudo de muebles, y reflejaban en la negra caballera de la infeliz joven.

Esta se había permitido sentarse en el sillón

que conservaba para su pobre madre y que era resto y testimonio de su antigua grandeza.

Se habia recostado con el descuido más completo.

Sus ojos se habian cerrado, no para dormir, sino para concentrar mejor sus pensamientos, evitando que lo distrajesen los objetos exteriores.

Habia quedado inmóvil.

Su pecho turgente y de admirable forma levantábase á impulsos de su respiracion violenta y precipitada.

Hubiérase dicho que se habia entregado al sueño, ó que estaba bajo la influencia del sopor de la fiebre.

No dormía, pero quizás soñaba.

Ya lo hemos dicho: con los sufrimientos se sublima el espíritu, y cuando esto sucede nos trasladamos á distintas regiones, á un mundo desconocido é inconcebible para los bienaventurados de la tierra.

Las grandes concepciones de los génius de todos los siglos sehan engendrado bajo la presión de los grandes sufrimientos, de las grandes amarguras, y de esta verdad son testimonio Cervantes, Milton, Camoens, Tasso y tantos hombres en cuya alma no ha sido posible penetrar.

Esto no podía comprenderlo Andrés, porque su sensualismo y la frialdad de su razón no le permitían separarse del cieno de la tierra.

Lo único que vió fué que la jóven estaba más bella que nunca, más interesante, más tentadora.

¡Pobre Emilia!

En su organización era imposible en aquellos momentos ninguna pasión carnal, porque la atormentaba el hambre, y sus fuerzas físicas habían desaparecido casi por completo.

Acrecentaba la agitación del calavera.

Escapábanse por sus pupilas llamaradas de húbrico fuego.

Se contraían y entreabrían sus labios, que estaban secos y blanquecinos.

Era abrasador su aliento.

De repente se estremeció Emilia.

Abrió los ojos.

Elevó al cielo una mirada dolorosa.

Se oprimió el pecho.

Movió los labios al pronunciar algunas palabras; pero lo que decía no pudo entenderlo Andrés.

Volvió Emilia la cabeza para mirar al cielo.

Desaparecía el disco solar.

Suspiró penosamente.

Se levantó y entró en el inmediato aposento.

Iba á ver cómo se encontraba su infeliz y virtuosa madre.

La anciana dormía.

Su sueño parecía tranquilo.

La jóven la contempló.

Se humedecieron sus ojos.

Poco despues dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Preguntóse si no le estaba permitido todo antes que dejar morir á su amorosa madre, que todo lo habia sacrificado por ella.

Entre tanto decia el calavera:

—¿Porqué vacilo?... Yo mismo no me reconozco. Si el valor me faltaba para llegar hasta el fin, no he debido dar el primer paso.

Sus pupilas brillaron intensamente.

Desplegó una sonrisa irónica.

—¡Oh!—murmuró.— Cualquiera creeria que soy el más vulgar y el más tímido de los hombres. ¿Para qué me sirve el oro que he ganado á tanta costa?

¡El oro que habia ganado!

Que habia robado, debiera decir.

Y las riquezas con que satisfacía sus pasiones eran de la desdichada Emilia, que en aquellos momentos se moría de hambre sin encontrar salvacion como no fuese con el sacrificio de su honra.

Andrés hizo un esfuerzo.

Consiguió recobrar la calma.

Tiró del cordón de la campanilla y ésta resonó más fuertemente en el silencio que allí reinaba.

Había llegado el momento terrible.

---

## CAPITULO XIV

### Proposiciones.

Exhaló un grito la jóven.

Se estremeció su madre; pero no despertó.

—¿Quién puede ser? ¿Me envia Dios algun socorro?

¡Infeliz!

Con pasos vacilantes fué á la puerta.

Abrió.

¿Qué debió sentir al ver al hombre que la perseguia incesantemente, y que con tanta claridad habia demostrado sus criminales propósitos?

Repentinamente, y en virtud de aquella impresion tan violenta como inesperada, renacieron las fuerzas de la jóven.

Inmóvil quedó y con la diestra colocada en el picaporte

No acabó de abrir ni dejaba el paso libre.

Su mirada se fijó profunda y dominadora en el seductor.

Este dijo:

—Vengo con la seguridad de que será usted bastante bondadosa para perdonarme, y si me permite usted entrar...

—No lo conozco á usted,—interrumpió Emilia.

—Me conocerá muy pronto.

—¿Qué quiere usted?

—Hablar de un asunto que á los dos nos interesa.

—No me está permitido escuchar.

—¿Y por qué?

—En estos momentos duerme mi madre, y sólo en su presencia...

—Esperaré á que despierte, y si mientras quiere usted dejarme solo, puede hacerlo. A esta casa he venido impulsado por deseos muy nobles, y como mi conciencia está tranquila, los testigos no me estorban.

—A pesar de todo eso...

—Si miedo tiene usted...

—¡Miedo!—exclamó la jóven con tono de desden profundo.

Y desplegó una sonrisa, cuyo valor nadie podía comprender.

¿Qué miedo habia de sentir la que durante todo aquel dia contemplaba frente á frente y con serenidad el frio y horrible esqueleto de la muerte?

—Pues si no tiene usted miedo...

—Entre usted, caballero, y así se convencerá de que el miedo es imposible para quien tiene la conciencia tranquila.

Acabó de abrir la jóven.

El calavera entró.

Sentáronse.

—Ya escucho,—le dijo Emilia...

—Para explicarme bien seria necesario un idioma especial ó que la naturaleza me hubiese dotado de más talento; pero mi torpeza la perdonará usted en gracia de mis buenas intenciones.

—No adivino lo que desea usted.

—Por razones y circunstancias que ahora no importan, pues el resultado es lo que tiene valor, he llegado á conocer la situacion en que usted se encuentra, situacion doblemente triste, porque ha nacido usted y se ha criado entre la abundancia y áun pudiera decirse que entre el lujo.

—Soy una de tantas criaturas que sufren, pero no me he quejado.

—Una doble virtud.

—Y mientras yo no me queje, nadie debe mirarme con lástima.

—Yo cumplo un deber, y no hago caso de lo demás.

—Y yo cumplo los míos y los cumpliré aún á costa de la vida.

—Preciso será reconocer que es usted una mujer extraordinaria.

—Una infeliz como cualquiera.

—Tiene usted una madre.

—A la que adoro.

—Está enferma.

—Sí.

—No se trata, pues, de los sufrimientos de usted, —repuso gravemente el calavera, —se trata de su madre, que morirá si carece de lo absolutamente necesario.

—En el mundo de la eternidad encontrará el premio de sus sacrificios, de sus grandes virtudes.

—Pero usted tiene el deber de salvarla.

—Y ese deber lo cumplo.

—Las circunstancias no le permiten á usted hacer lo que desea.

—Me resigno.

—Santa resignacion; pero entre tanto su madre de usted se muere, y usted no cumpliría los deberes más sagrados si la dejase morir por no

hacer el sacrificio de una dignidad mal entendida.

La jóven fijó una mirada profunda en Andrés.

Despues de algunos momentos, le dijo:

—Caballero, deseo ante todo saber si ha venido usted para enseñarme el camino de mis deberes.

—Líbreme Dios de hacer lo que seria una torpeza y una falta muy grave.

—Entonces...

—He venido, no para enseñarle á usted sus deberes, sino para cumplir los míos.

—Aún no entiendo.

—Dios no nos ha dado las riquezas solamente para gozar, sino para hacer bien.

—Indudablemente.

—Yo soy rico, me proporciono comodidades, porque no soy bastante virtuoso para renunciar á todo bienestar; pero al mismo tiempo cumplo la obligacion de socorrer al necesitado, y así satisfaga tambien los deseos de mi corazon.

Andrés habia comprendido que era una torpeza ofrecer desde luego á Emilia un puñado de oro á cambio de la honra, y adoptó el sistema de favorecer con apariencias de generosidad, de completo desinterés, comprometiéndola para que luego no tuviese valor para rechazar al que

habia salvado á su madre y la habia sacado de los horrores de la misèria.

El sistema no era malo, y probaba toda la astucia de Andrés.

Si la jóven caia en el lazo, debia considerarse perdida.

—Ahora comprendo,—dijo.

—No podia suceder otra cosa.

—Viene usted para ofrecerme un socorro, para darme una limosna.

—Eso no, porque la limosna se da al mendigo degradado, y lo que yo intento es ofrecerle á usted una pequeníssima parte de lo que me sobra, es prestarle un auxilio de que tiene necesidad, como usted me lo prestaria si en medio de la calle me viese caido, porque me tenderia una mano para levantarme. Esto no me rebajaria, no me ofenderia en ningun sentido, no seria una limosna, sino sencillamente el auxilio que usted me prestaba en cumplimiento de sus deberes, y que yo agradecia, cumpliendo tambien mi deber.

—Entiendo.

—Nada me ha pedido usted, y aun principio por dudar si su dignidad le permite aceptar lo que le ofrezco, y por consiguiente á salvo quedan sus sentimientos más nobles, y todos sus escrúpulos. Además, por de pronto me pagaria

usted fácilmente una parte de lo que yo le diese, pues si á otras personas busco para darles trabajo, puedo dárselo á usted, y andando el tiempo y cambiando las circunstancias, quedaríamos en paz.

Las proposiciones de Andrés no podían ser más delicadas; pero la jóven habia comprendido la intencion que envolvian aquellos ofrecimientos, y que al aceptarlos se comprometia muy seriamente.

Cuando llegase el dia en que aquel hombre le dijese que la amaba, ¿cómo lo rechazaria?

Era su salvador, su madre le debia la existencia, y tendria que corresponder, siquierá fuese para dar pruebas de su gratitud.

A pesar de todos estos inconvenientes, que no podían ser más graves, la infeliz Emilia sentíase desfallecer, y el hambre, con sus tormentos inconcebibles, seguia produciendo vértigos que la trastornaban.

Grandes esfuerzos tenia que hacer para continuar aquella conversacion, y hubo momentos en que todas las fuerzas de su voluntad no bastaban para hacerse superior á sus tormentos y rechazar lo que le ofrecia el astuto seductor.

Lucha desgarradora y tenaz se entabló en el alma de Emilia.

¿Cuál seria el resultado?

Sólo Dios lo sabia.

No podia responder con dureza, puesto que se le hablaba delicadamente, y hasta entonces Andrés no habia hecho nada que pudiera ofenderla.

—Caballero,—dijo la infeliz despues de algunos minutos,—principio por reconocer que le honran mucho los sentimientos que ha manifestado.

—Me tranquilizo.

—No niego que mi situacion es la más horrible.

—La conozco, y precisamente por eso me he tomado la libertad de ofrecerle á usted mis auxilios.

—A la persona más desconocida haria yo un beneficio, si me fuese posible.

—Y con tanta más razon lo haria usted si tuviese la seguridad de que el beneficiado lo merecia.

—Pero una cosa es hacer el beneficio y otra es recibirlo.

—No comprendo la clase de diferencia que quiere usted establecer.

—Estoy dispuesta para hacer el bien á todos; pero no para aceptarlo de cualquiera, porque si al hacer un beneficio se cumple un deber sin arriesgar nada, sin exponerse á nada más que á la

amargura de la ingratitud, al aceptarlo, como es preciso corresponder, se corre el riesgo de encontrarse en situaciones que nos hagan más desgraciados que la que nos hacia sufrir antes de recibir el socorro. No se si me explico con bastante claridad, porque mi cabeza está trastornada, y sentiré que usted no me entienda.

—Mi torpeza reconozco.

—Me ofrece usted un socorro...

—Y porque soy desconocido...

—No lo acepto,—replicó la jóven con acento breve.

—En cambio nada le pido á usted.

—Yo tengo la obligacion de pagar.

—Pero si yo la relevo á usted de esa obligacion...

—No quiero considerarme relevada.

—Es decir...

—Que agradezco la generosidad de usted, pero no acepto el beneficio.

—¡Que no lo acepta usted!...

—No.

—Puede usted morir, si así le place, pero ¿con qué derecho dispone usted de la vida de su madre?

—Caballero, me faltan las fuerzas para discutir, y no continuaré esta conversacion.

—Vengo para salvar á su madre de usted.

—Y yo...

—No está usted autorizada para rechazar el socorro. Dice usted que su madre duerme... Esperaré, y cuando despierte, ella decidirá.

—Ni siquiera lo escuchará á usted.

—¡Que no me escuchará!...

—No, —replicó Emilia, —porque yo le diré que no lo escuche.

Cambió repentinamente la expresion del semblante de Emilia.

Empezó á comprender el calavera que nada habia de conseguir, porque sus intenciones habian sido conocidas.

¿Qué recurso le quedaba?

Presentarse tal como era y salir de una vez de dudas.

Empero le faltaba saber si la jóven tendria valor bastante para morir y dejar que muriese su madre antes que aceptar aquel socorro.

¿Era esto posible?

Al calavera le parecia que no; pero si así sucedia, le seria preciso convencerse.

Guardó silencio por algunos minutos.

Su mirada se fijó penetrante en Emilia.

No se le ocultaba lo que sufría la infeliz, pues su semblante lo decia claramente.

Por fin dijo Andrés:

—Cuando el deber ha de cumplirse, no se vacila.

Y en pié se puso y sacó una preciosa cartera.

—¡Caballero!...

—Perdone usted, pero no ha de ser mia la responsabilidad de las horrendas desgracias que le amenazan á usted. Morirá su madre con el alma llena de amargura, y usted se arrepentirá.

—No, no.

—Mañana no tendrá usted una taza de caldo para la enferma, ni siquiera fuerzas para ir á implorar una limosna.

Desgraciadamente era esto demasiado verdad.

—Sufrirá usted con valor heroico los tormentos del hambre, pero...

—Basta, basta.

—Cuando quiera usted moverse y esté desfallecida, cuando ni siquiera para hablar le queden alientos...

—¡Dios mío!—exclamó la infeliz con voz angustiada.

—Entónces preguntará usted por qué no he cumplido mis deberes á pesar de todo, y para que esto no suceda los cumpliré.

Al decir esto, el calavera sacó algunos billetes del Banco y sobre la mesa los dejó,

Emilia exhaló un grito.

Se puso en pié

Aquel era su último esfuerzo.

Vértigo espantoso la trastornaba.

Por algunos momentos huyó la luz de sus ojos.

Andrés supo aprovechar aquella ocasion.

Dió media vuelta, y sin pronunciar una palabra se separó de la jóven.

Llegó á la puerta y la abrió.

Otro grito lanzó la desdichada.

Lo que sintió no es posible explicarlo.

—¡Mi honra, mi honra!—exclamó con el tono del delirio.

Y sus manos convulsas cogieron los billetes.

Corrió.

La impulsaba el vértigo.

A la puerta llegó cuando Andrés salía.

La jóven lo detuvo y le dijo:

—¿Con qué derecho me obligará usted á aceptar sus beneficios?

—¿Y con qué derecho me estorbará usted que yo arroje al suelo un puñado de oro?

—Pero no en mi casa.

—En cualquiera parte.

—No saldrá usted de aquí sin llevarse su dinero.

—Me dejaría matar antes que recibirlo.

—Pues bien, tampoco ha de quedar en mis manos.

Y la desdichada jóven, al pronunciar estas palabras, arrojó los billetes á la escalera.

Al mismo tiempo subia los últimos escalones otra persona, que oyó las últimas frases y vió volar y caer á sus piés aquellos papeles que representaban una riqueza.

La persona que tan oportunamente llegaba era el sacerdote.

Se detuvo.

Contempló el cuadro que presentaban Emilia y Andrés.

La primera tenia el rostro desfigurado y lívido.

El fuego de la fiebre brillaba en sus negras pupilas.

El calavera habia quedado mudo y sombrío.

La presencia del sacerdote lo contrariaba vivamente.

El testigo no podia ser más importuno y hasta peligroso.

Reinó un silencio profundo.

Habian desaparecido los últimos resplandores [crepusculares, invadiendo las tinieblas el espacio.

Principiaba la noche con su tristeza y sus misterios.

Otra vez resonó en la escalera ruido de pasos.

Esparciose alguna claridad.

Bien pronto se presentó la señora Nicasia con uno de los faroles que debia colocar en la escalera.

Detúvose junto al anciano sacerdote.

Miró al calavera y á Emilia.

Luego contempló los billetes que estaban esparcidos en el suelo.

No sabia qué pensar de todo aquello, ni qué decir; pero era imposible que permaneciese silenciosa, y como no se atrevió desde luego á preguntar para que le diesen explicaciones, dijo:

—Buenas noches nos dé Dios... Con permiso de ustedes voy á poner el farol.

Dió un paso.

Volvió á detenerse.

—¡Jesús!—exclamó.—Pues todos estos papeles parecen billetes del Banco, y...

—Son de ese caballero,—interrumpió el sacerdote.

—¡Ah!... Si se le han caido...

—No son mios,—dijo Andrés,—pertenecen á esta señorita.

—A mí no me pertenece lo que mancha,— replicó la jóven.— Puede usted recoger su dinero.

—¿Y si no lo hago?

—Ahí se quedará para que otro lo recoja.

El sacerdote se acercó al calavera y le dijo dulcemente:

—Caballero, ignoro lo que aquí ha sucedido; pero supongo que ha querido usted socorrer á esta jóven, y que ella no acepta el socorro.

—Sí.

—Pues no se obstine usted, porque ahora rechazará su dinero con más firmeza.

—Si es que usted le da para salir de apuros...

—Sí, lo que me han entregado para hacer una obra de caridad, estos veinte duros. No me está permido decir quién es el bienhechor: me los há dado la caridad, y en nombre de Dios, entiéndalo usted bien, en nombre de Dios se los doy á esta infeliz.

—Si los acepta...

—Los aceptará,—dijo el sacerdote mientras entregaba el billete á Emilia.

Esta lo tomó.

Besó la diestra del anciano, y exclamó:

—Que Dios os bendiga.

—Este dinero no mancha, pobre niña.

El llanto se escapó de los ojos de la jóven.

Sus fuerzas desaparecieron.

No pudo sostenerse y cayó.

—Criatura infeliz,—murmuró el sacerdote.

Y luego le dijo á la portera:

—Ayúdeme usted á socorrerla.

—Lo que necesita es alimento, porque no ha comido en todo el dia.

—Haremos cuanto sea menester.

La señora Nicasia entró la luz en la habitacion de las dos pobres mujeres.

Luego llevó á Emilia á su cama.

Andrés se oprimió las sienes.

Tenia el infierno en el alma.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda y con el acento de la desesperacion.—Con este dinero será mia ó dejaré de ser quien soy.

Recogió los billetes, dando así una prueba más de su pequeñez.

Bajó.

Al salir de la casa vió al hombre misterioso, que estaba inmóvil en la acera de enfrente.

Sordo rugido resonó en el pecho de Andrés.

Faltó muy poco para que cometiese una nueva locura.

Consiguió dominarse.

Se alejó y desapareció.

---

---

## CAPITULO XV

Empieza á cambiar la situacion para todos.

Ya hemos dicho que Andrés se preocupó tanto con aquel asunto, que muchos dias los pasó sin ver á los amigos á quienes trataba con más frecuencia y más intimidad.

Esto debía llamar la atencion, pues era extraño que desapareciese así el que siempre se habia encontrado en todas partes.

Hiciéronse comentarios y los curiosos creyeron que debian averiguar lo que le sucedia al antiguo y audaz calavera.

¿Habia decidido retirarse del mundo y cambiar de vida?

¿Se habia enamorado y pensaba casarse?

¿Le faltaba dinero para gastar segun su costumbre?

Esto último les pareció á todos lo más proba-

ble, aunque sabian que Andrés atravesaba una época de abundancia debida á la herencia de su tío; pero no podian imaginar que hubiera pensado casarse, ni ménos que se hubiese regenerado quien en el alma tenia tan arraigados todos los vicios.

La curiosidad es una de las desdichas mayores que á la sociedad afligen, y los curiosos son más terribles que los enemigos más implacables.

Cuando se convencieron de que no podian adivinar el por qué el calavera habia desaparecido, principiaron las averiguaciones los que eran más curiosos, y particularmente uno de ellos se convirtió en hábil agente de policía, empleando además á sus criados para que le ayudasen en aquel espionaje.

El resultado no se hizo esperar.

El curioso averiguó que Andrés pasaba gran parte del dia y de la noche vagando por la calle de las Tabernillas, y que entraba en una casa y que tenia largas conversaciones con la portera.

No necesitó más para hacer deducciones, y dijo:

—En esta casa debe haber una mujer bonita, y por consiguiente necesito, ante todo, conocerla. No puede ser una criatura vulgar, porque todas las apariencias están probando que la conquista ofrece muchas dificultades.

Ya tenia el curioso un punto de partida y no necesitaba más.

Apercibióse tambien de que otro galan andaba por allí; el hombre misterioso.

¿Quién era?

No lo conocian.

Quiso averiguar; pero le sucedió lo mismo que á Andrés le habia sucedido.

Aquel hombre, cuya distincion era indudable, se presentaba siempre sólo en teatros, paseos y cafés, y no habia nadie que lo conociese.

—Esta aventura empieza á ser muy interesante,—dijo el curioso.

Y desde entonces trabajó con verdadero entusiasmo.

Para los curiosos no hay goce que iguale al de satisfacer su curiosidad.

Aquel era bastante hábil.

Consiguió observar sin ser observado.

Vagó tambien por los alrededores de la casa y al fin consiguió ver á Emilia.

—¡Mujer hechicera!—exclamó.

Sin embargó, dudó que aquella fuese el objeto de la seduccion de su amigo; pues no le parecia verosímil que una infeliz resistiese á quien tenia mucho dinero, mucha audacia, ningunos escrúpulos y sobra de experiencia.

Siguió observando con mayor afan.

En aquella casa no habia otras mujeres jóvenes.

Una tarde, cuando el sol acababa de ocultarse, salió Emilia.

Andrés, que se encontraba por allí, la miró ansiosamente y la siguió.

Ya no pudo quedar duda al curioso de que aquella era la mujer que tanto distraia á su amigo.

¡Una pobre costurera!

Y sin embargo, el curioso reconoció que la humilde jóven era un prodigio de belleza, y él mismo se sintió vivamente impresionado al contemplarla.

¿Por qué era difícil la conquista de la jóven?

Por fin decidió el curioso entablar relaciones con la señora Nicasia, y ésta creyó conveniente tomar el dinero, complacer al nuevo galan, dándole las noticias que deseaba, y gurdar la reserva más absoluta, pues así evitaba dar motivos de queja á los otros, que seguian pagándole muy bien sus indiscreciones.

El misterio de la conducta de Andrés quedó, pues, en claro.

El curioso queria sacar algun partido de su triunfo.

Averiguar solamente para saber es muy

poco, pues el goce consiste en hablar despues que se averigua.

No tenia el tal curioso nada de reservado, de prudente, ni de discreto, y cuando estuvo seguro de no equivocarse hizo lo que la señora Nicasia, es decir, movió la lengua y el secreto publicó con todos sus detalles y haciendo los comentarios á que daba lugar.

La gente alegre está siempre dispuesta á mirarlo todo por el lado ridículo, y Andrés fué objeto de la más sangrienta burla, de los epigramas más ofensivos.

Así la situacion se complicaba.

¿Qué debia suceder?

No era dudoso el resultado de la nueva complicacion.

Andrés oyó con disgusto algunas indicaciones muy embozadas que le hicieron sus amigos y con no ménos disgusto vió algunas sonrisas; pero disimuló, aparentando que no se apercibia de la intencion que envolvian aquellas palabras.

Comprendió fácilmente que todo era efecto de la curiosidad y que lo habian expiado; pero no sabía quién era el curioso.

A su vez observó, y para él fué un rayo de luz la circunstancia de encontrar dos veces á uno de sus amigos en las cercanías de San Andrés.

—Ricardo es mi espía,—dijo el calavera.

No se equivocaba.

Ricardo era casi un niño, puesto que no tenía más de veintiun años; pero llevaba por lo ménos seis de vida de desórdenes y ya se consideraba hombre maduro y áun viejo, y bajo cierto punto de vista podia decirse que lo era.

Los vicios habian desgastado su organizacion y sido un estorbo para su desarrollo completo, resultando que en lo mejor de su juventud, cuando principiaba verdaderamente á ser hombre, estaba ya enfermizo y era dudoso que llegase á la completa virilidad.

Sus amigos habian pronosticado una muerte muy temprana al jóven calavera, y probablemente los médicos creerian lo mismo.

Ya en sus entrañas debian estar los gérmenes de una de esas enfermedades terribles contra las que la ciencia es impotente.

No tenia padre.

Su madre no habia pensado nunca en contrariar á su hijo y lo dejó en libertad completa para que hiciese cuanto se le antojase.

Eran ricos y el dinero sirvió de auxiliar al demonio y á la muerte.

Ricardo tenia una imaginacion fecunda, carácter vivo y violento y era una de esas cria-

turas que gozan cuando mortifican á los demás, que á nadie quieren y que parece que han declarado guerra á la sociedad.

Para Ricardo no habia criatura honrada.

Si veia el ejemplo de alguna accion virtuosa, buscaba todas las razones imaginables para probar que no habia semejante virtud, sino algun móvil interesado, ruin, egoista.

Sólo egoismo habia en su alma, y no podia conceder otra cosa á los demás.

Parece que esta clase de séres presiente su cercano fin y odia á todos los que tienen vigor para disfrutar muchos años en este mundo.

Teniendo esto en cuenta se comprende lo que debió gozar al averiguar los secretos de Andrés y tener ocasion de ponerlo en ridículo.

—Si Ricardo ha sido mi espia,—dijo Andrés,—no morirá tísico, segun todos creen, porque antes lo quitaré yo del mundo. No ha comprendido que es muy peligroso burlarse de hombres como yo. Todos lo perdonan porque lo compadecen; pero yo no he de perdonarlo.

El calavera siguió haciendo observaciones con más cuidado que nunca, porque ya tenia gran empeño en averiguar quién lo habia espiado para imponerle el castigo que merecia.

No abandonaba por esto sus planes.

Trazaba muchos; pero á todos les encontraba inconvenientes para ponerlos en práctica.

¿Tendria que renunciar á sus propósitos?

Antes consentiria morir.

¿Qué haria despues de no haber conseguido nada por los medios de la astucia y del disimulo?

Le quedaban las violencias.

Este nuevo sistema, además de las dificultades, ofrecia grandes peligros; pero al calavera le sobraba valor para todo.

Los dias pasaban sin que otra vez se encontrase Emilia en la situacion horrible en que se habia visto.

Su madre mejoraba.

El sacerdote le entregaba recursos para atender hasta con holgura á las más urgentes necesidades, es decir, que lo jóven no podia sucumbir en uno de esos momentos de desesperacion y de trastorno que engendra el hambre.

Esperar era perder la paciencia y el tiempo y mortificarse.

—Haré la última prueba,—dijo Andrés,—y si nada consigo, la fuerza me dará lo que no he alcanzado con medios suaves.

Entre tanto el hombre misterioso decia:

—Esta situacion es insostenible.

Y una y otra vez conferenciaba con el anciano sacerdote.

No podia éste dar cierta clase de consejos, y así quedaba siempre con sus dudas el misterioso personaje.

Andrés le preguntó al fin descaradamente á la portera si estaba dispuesta para ayudarle en cuanto fuese menester, y sin detenerse ante ningun escrúpulo ni consideracion, ofreciéndole en cambio dinero bastante para que se considerase rica.

—¡Consideraciones!—exclamó la señora Nicasia.—No tengo la obligacion de guardar ningunas á quien me ha ofendido y me trata como esa jóven. Ya le he dicho á usted que apenas me saluda desde que tiene dinero y que se ha olvidado de los beneficios que me debe. ¿Qué me importa lo que le suceda? Disponga usted de mi, porque yo no quiero mirar más que mi conveniencia.

—¿Cómo está su madre?

—Ya se ha levantado y el médico se despidió ayer.

—Pues mañana vendré para hablar con doña Cándida.

—Nada conseguirá usted.

—Segun.

—Pues si quiere usted ver sólo á la madre,

podrá usted esperar en mi cuarto hasta que salga la hija.

—Así lo haré.

—Cuando usted quiera.

—Cuanto más pronto mejor.

¿Qué podía decirle Andrés á la anciana?

---

---

---

## CAPITULO XVI

### Sucesos inesperados.

Andrés volvió aquella tarde cuando el sol tocaba á su ocaso.

La portera le dijo:

—Salió y vino hace más de dos horas. Yo estaba en la puerta y ví que la seguía un jóven; pero no ha sucedido más.

—Supongo que volverá á salir.

—De seguro.

—Pues aguardaré.

El calavera entró en el aposento de la señora Nicasia.

Un cuarto de hora despues bajó Emilia.

En la calle se encontraba el hombre misterioso.

Hubiera sido imposible examinar su sem-

blante, porque lo cubria con el embozo de su capa.

La jóven lo vió y se estremeció.

¿Lo conocia?

No; pero cada vez que con aquel hombre se encontraba, sentia la infeliz como un malestar inexplicable.

Y sin embargo, el personaje misterioso no la habia molestado de ningun modo: se habia concretado á mirarla, y alguna vez á seguirla desde bastante lejos, y con tanto disimulo que parecia un transeunte cualquiera que casualmente iba por el mismo camino.

Emilia se habia preguntado muchas veces el por qué la presencia de aquel hombre producía en ella un efecto tan extraño.

¿Qué significaba su proceder?

¿Qué se proponía sin hacer más que presentarse alguna vez en los alrededores de la casa?

No era posible que la hija de doña Cándida adivinase la verdad.

Tambien ella se recataba cuanto podia el semblante con el manto.

Se alejó presurosamente.

El hombre misterioso no se movió.

Parecia que toda su atencion la fijaba preferentemente en el portal de la casa.

Entre tanto la señora Nicasia le dijo al calavera:

—Ya se fué; pero el otro se queda.

—Y yo aprovecharé esta ocasion.

—Me parece que va usted á trabajar en balde.

—En ese caso,—dijo sordamente Andrés,—apelaremos á otros recursos, contando con que usted me ayudará como me ha prometido.

—No tengo más que una palabra.

—Será usted rica.

—Falta me hace, porque ya estoy cansada de la pobreza.

Palidez nerviosa cubrió el rostro de Andrés.

De la portería salió.

Subió lentamente.

Inclinábase la cabeza sobre el pecho.

Entónces comprendia como nunca todas las dificultades que debia encontrar para la realizacion de su atrevido plan.

Llegó al sotabanco.

Miró por el ojo de la cerradura.

No podia entónces contemplar los hechizos de Emilia; pero vió á la anciana que estaba en su sillón y miraba al cielo.

Ni el más leve movimiento hacia.

Debia estar absorta en sus pensamientos,

que quizás no eran muy tristes, porque en apariencia habia mejorado su situacion en todos sentidos.

—Acabemos,—dijo Andrés.

Y tiró del cordon de la campanilla, que resonó fuertemente.

Mientras se repetian los ecos metálicos, resonó la voz de la anciana que decia:

—¿Quién es?

—Gente de paz,—respondió el calavera,—porque otra cosa no tenia qué decir.

—Estoy sola.

—Señora,—repuso Andrés,—si tiene usted miedo llamaré á la portera, que me conoce.

—Es que nó puedo levantarme.

Con esta circunstancia no habia contado el seductor.

Los pícaros detalles trastornan muchas veces los planes mejor combinados.

Lo que sintió Andrés no puede explicarse.

Inmóvil y mudo quedó por algunos momentos.

La sorpresa lo habia trastornado, como trastorna siempre.

No podia entrar hasta que volviese Emilia y, por consiguiente, era inútil cuanto habia cavilado.

Se inclinó.

Acercó los labios al ojo de la cerradura para hacerse oír mejor.

— El asunto, — dijo, — le interesa á usted mucho.

— No puedo, no puedo.

— Haga usted un esfuerzo, porque se trata de su hija.

— ¡De mi hija! — exclamó la anciana.

Pudo entónces ver el calavera que doña Cándida se esforzó para levantarse; pero antes de que lo consiguiese del todo, volvió á caer pesadamente en el sillón.

— ¡Dios mio! — exclamó con tono de mortal angustia. — ¡Mi hija!... ¿Qué le sucede?... No puedo abrir, no puedo... Hable usted, que escucho.

— Imposible, porque en voz alta no puedo decir lo que es reservado.

La infeliz anciana se esforzó otra vez; pero inútilmente.

Mortal angustia se pintaba en su semblante.

Debia sufrir horriblemente.

Creyó que á su hija le habia sucedido alguna desgracia.

Desesperábase Andrés.

¿Qué haria para entrar?

No le hubiera sido imposible violentar la

puerta; pero esto podía producir consecuencias muy graves.

Tenia que renunciar á su propósito.

Y sin embargo, no queria retroceder.

En vano caviló.

Preciso era que se alejase ó que rompiese la cerradura.

¡Alejarse!...

Fué de un lado para otro en el pequeño corredor donde estaban las cuatro puertas.

Por sus ojos se escapan corrientes del fuego de su ira.

Largo rato pasó.

Tenia que adoptar inmediatamente una determinacion cualquiera, pues era posible que muy pronto volviese Emilia.

Otra vez se acercó á la puerta.

Pero en aquel instante resonó en la escalera ruido de pasos.

—¡Por el infierno!—murmuró sordamente Andrés.

Muy pronto se dejó ver la jóven.

Subia muy presurosamente.

Parecia estar muy sofocada.

Apenas podia respirar.

En su semblante se pintaba el miedo.

Al llegar al último escalon volvió la cabeza.

Hubiérase dicho que alguien la perseguia.

A nadie vió.

—¡Ah!—exclamó como si recobrase la tranquilidad.

Luego se apercibió de que junto á la puerta de su cuarto estaba Andrés.

Cambió repentinamente la expresion del rostro de Emilia.

Dió un paso y se detuvo.

El seductor tenia que arrostrar de frente todas las consecuencias de su loco intento.

Su audacia fué entonces como nunca.

—Se sorprende usted,—dijo,—y no lo extraño, porque no es posible que haya usted comprendido lo que siento; pero con pocas palabras y con mucha claridad me explicaré, y si á pesar de todo no comprende usted sus intereses, suya será la responsabilidad de cuanto suceda.

—¡Caballero!...

—He dado el primer paso y llegaré hasta el fin, pues los hombres como yo no retroceden.

—Apártese usted...

—Despues que me explique.

—No lo escucharé,—replicó enérgicamente la jóven.

—¿Y qué hará usted para evitarlo?

—Me iré y...

—Se lo estorbaré.

—Gritaré, pediré socorro.

—No me conoce usted.

—Sí, lo conozco demasiado, y precisamente por eso...

—No sabe usted de lo que es capaz un hombre que se encuentra en mi situación.

—De todo, ya lo sé.

—¡Que pedirá usted socorro!.. Eso es fácil, y los vecinos acudirán; pero no verán más que un hombre que le dirige á usted la palabra sin hacerle ningun mal. Yo me iré y usted quedará con ellos; pero se habrá producido el escándalo, y despues cada cual comentará el suceso como mejor le parezca. ¿Ignora usted que el mundo se inclina siempre á creer lo malo y poner en duda lo bueno? No hay nada que con tanta facilidad y tan pronto se pierda como la reputacion.

—¡Miserable!...

—Y yo aseguraré que usted ha correspondido á mi amor, que me ha sacrificado usted la honra, y que tengo derecho á quejarme, porque ahora me deja por otro que le paga con más largueza que yo.

Lívido se tornó el rostro de Emilia.

Tembló convulsivamente.

Ya no miró con desprecio, sino con espanto al criminal séductor.

Este, con una calma terrible, prosiguió diciendo:

—La calumnia no necesita pruebas para hacer mucho daño, pues siempre deja la duda, y la duda es la deshonra cuando se trata de la virtud de una mujer.

La maldad del calavera era inconcebible.

Quiso hablar Emilia y no pudo.

Si le hubieran amenazado con la muerte, le sobraria valor para resistir; pero le amanzaban con la deshonra, levantábase ante la infeliz ese fantasma espantable que se llama calumnia.

¿Cómo se defenderia?

¿Con qué pruebas disiparia las dudas que habian de despertar las palabras de Andrés?

¿Cómo evitaria los efectos del escándalo?

¿Seria capaz el seductor de hacer lo que decia?

Sí, y la firmeza de su resolucion se pintaba en sus ojos, lo demostraba con su tranquilidad espantosa.

—Ahora,—dijo despues de algunos momentos,—decida usted.

—¡Dios mio!...

—La alternativa es dura, lo reconozco; pero no es ménos duro mi sufrimiento. He dicho que de todo soy capaz, y muy pronto se convencerá usted de que no exagero.

—¿Cree usted que ha de conseguir lo que desea?

—No quiero perder la esperanza

—Yo tambien sabré arrostrarlo todo.

—¿Hasta la deshonra para los ojos del mundo?

—Si el mundo me acusa, Dios verá mi conciencia.

—Todo eso está bien para la otra vida, pero ahora...

—Basta.

—Escuche usted...

—Jamás.

—No le permitiré alejarse ni entrar en su habitacion.

—Pues bien, se producirá el escándalo, y Dios me socorrerá,—dijo enérgicamente la infeliz jóven.

—Sea pues,—repuso el calavera.

Y hácia Emilia dió un paso.

Esta retrocedió, mientras exhalaba un grito.

Y al mismo tiempo, y como el fantasma que del suelo brota, apareció el hombre misterioso, que aun cubria su semblante con el embozo de la capa.

Inmóvil quedó.

Su ardiente mirada fijóse en Andrés.

La situacion cambiaba.

---

---

---

## CAPITULO XVII

### Cómo se entendieron los dos rivales.

La situación cambiaba, pero no favorablemente, pues había tomado un carácter gravísimo.

Ya no se trataba de un hombre audaz y de una débil mujer, sino de dos hombres que se odiaban porque eran rivales, y que fácilmente jugarían la vida, porque les sobraba valor y porque tenían que someterse á las leyes de ese pundonor mal ó bien entendido que tanta fuerza tiene para las clases elevadas de la sociedad.

Entre hombres como el misterioso y Andrés no había más que una solución bien horrible, el duelo, esa razón suprema de los instintos brutales.

Emilia debía creer que se encontraba entre dos enemigos: ninguno de ellos la defendía, sino

que ambos se disputaban la misma presa, y tan temible seria el uno como el otro cuando quedase vencedor.

Más horrorizada que antes se sintió la jóven al pensar que en presencia del embozado podia el otro seductor hacer uso del arma terrible de la calumnia.

En aquellos momentos el escándalo tendria mayores proporciones, y por consiguiente convenia más y más evitarlo.

¿Y cómo?

Entre sus dos perseguidores más tenaces se encontraba Emilia, y el peligro era igual yendo hácia el uno ó hácia el otro.

La infeliz se acercó á la pared para apoyarse, porque las fuerzas la abandonaban y apenas podia sostenerse.

¿No estaba mejor el dia en que sentia los tormentos inconcebibles del hambre?

Siempre nos parece mucho mayor el dolor presente que el pasado, y así se explica que la jóven creyese que en aquellos momentos era más desgraciada que nunca.

¿Y qué sintió Andrés?

¿Qué pensó?

Es imposible decirlo.

La ira encendióse más y más en presencia del rival odiado.

Algunos minutos pasaron de completa inmovilidad y de silencio absoluto.

El hombre misterioso dió algunos pasos.

Quedó entre Emilia y Andrés, dando la espalda á la primera.

Entónces bajó el embozo, dejando ver el semblante.

Parecia perfectamente tranquilo.

Fijó la mirada en el calavera.

Luego le dijo con pausado tono:

—Ha pedido socorro esta infeliz criatura y yo he acudido, y por consiguiente puede usted calumniarla para manchar su honra.

La voz del hombre misterioso produjo un efecto inexplicable en Emilia.

Tembló.

Su corazon latió violentamente.

Respiró con gran dificultad.

Escuchó con ansiedad indescriptible.

El calavera replicó:

—Convendria que ante todo dijese usted con qué derecho se mezcla en este asunto.

—Con el mismo derecho con que usted me ha espiado.

—No.

—Y sobre todo, ya lo he dicho: si hay quien pida socorro en cualquier apuro, todos tenemos, no el derecho, sino la obligacion de acudir. Quie-

re usted que esta mujer lo escuche contra su voluntad, y yo la defendiendo, porque es débil; yo me declaro su protector.

—En ese caso...

—Ahora tendrá usted que entenderse conmigo.

Después de pronunciar estas palabras, no había más solución que una en aquella situación.

La joven, poseída siempre de pavor, trastornada y no sabiendo qué hacer, quiso ante todo librarse de sus perseguidores.

Si algún otro vecino salía de su habitación, ella quedaría en evidencia y sería objeto de la murmuración y hasta del ridículo.

Creyó que podía aprovechar aquellos momentos.

Poco á poco se acercó á la puerta de su cuarto.

Introdujo la llave en la cerradura.

Abrió.

Deslizóse y desapareció.

En su trastorno no pensó en volver á quitar la llave, y se concretó á empujar la puerta y cerrar.

Andrés rugió sordamente.

Ya no podía amenazar con el escándalo, porque Emilia había desaparecido.

Además, el hombre misterioso podía arro-

jarlo por la escalera con la misma facilidad que habia echado al rio al audaz ratero.

El valor y la fuerza, y sobre todo la serenidad, imponen aún á los que son valerosos.

—Concluyamos,—dijo Andrés.

—Yo he concluido, y puede usted irse cuando bien le parezca.

—Por el contrario, usted es quien debe salir.

—No, porque no quiero,—dijo sencillamente el hombre misterioso.

—Yo tampoco.

—Puede usted quedarse.

—Si usted no ha de irse...

—Cuando bien me parezca.

—¡Oh!...

—No he venido más que para ver cómo cumplia usted su amenaza; pero la situacion ha cambiado, y en realidad ya nada tengo que hacer aquí.

—Debe usted comprender que entre nosotros...

—Sí, hay un abismo que nos separa.

—Hay algo más.

—El ódio tambien.

—Acaba usted de ofenderme...

—Y usted ha ofendido á esa mujer, y cómo yo soy su protector...

—¡Su protector!...

—Sí.

—Cuando ni siquiera la conoce usted...

—Eso es cuenta mia.

—De todas maneras, si usted me ha ofendido...

—Necesita usted reparacion, ¿no es verdad?

—Tan inmediata como completa.

—Me es indiferente.

—Caballero...

—Veo que se empeña usted en que todo el mundo se entere de lo que pasa, pues es usted uno de esos hombres á quienes les agrada dar espectáculos; pero no estoy dispuesto á complacerlo.

—¿Quién es usted?

El hombre misterioso sacó una tarjeta y se la entregó á su rival.

Este leyó el nombre allí escrito.

No lo conocia.

—Está bien,— dijo.

—Pues hemos terminado.

—Falta que sepa usted quien soy.

—No lo ignoro, señor Gamboa.

—¡Me conoce usted!...

—Hace algunos años.

—Imposible.

—Si usted lo duda no me importa: ello es que lo conozco.

—En ese caso...

—Nada, puesto que no pienso pedirle á usted satisfacciones, ni explicaciones de ninguna clase.

—Si se considera usted ofendido...

—Tengo la costumbre de perdonar las ofensas.

—Soy su rival de usted.

—¡Mi rival!—replicó desdeñosamente el hombre misterioso.—Eso no es posible.

—¿Y por qué?

—¡Mi rival un hombre como usted!... No, no. El ultraje no podia ser más sangriento.

Dos centellas se escaparon de los ojos de Andrés.

El hombre misterioso se encogió de hombros.

Dió media vuelta.

Se acercó á la puerta de la habitacion de las dos pobres mujeres.

Puso la diestra en la llave para levantar el picaporte y abrir.

—¿Qué hace usted?—le preguntó el calavera.

—Lo que se me antoja.

—Es que...

—¿Intentará usted detenerme?

—Sí.

—Si al fin hemos de hacer uso de la fuerza brutal, concluyamos cuanto antes.

—¡Oh!...

—Ya sabe usted quien soy, y por consiguiente puede buscarme cuando quiera, que me encontrará.

Y al decir esto el personaje misterioso abrió la puerta, entró, quitó la llave y volvió á cerrar.

Pocas veces representá un hombre papel tan ridículo como el que representaba el calavera.

No pudo hacer otra cosa.

Sabia muy bien que sus fuerzas físicas eran menores que las de su rival, y por consiguiente tuvo que dejarlo para no sufrir mayor derrota y mayor vergüenza.

Su trastorno era profundo.

En aquellos momentos podia cometer todas las locuras.

¿Esperaria á que saliese el hombre misterioso?

Nada habia de conseguir; pero bien podia mirar y escuchar como otras veces lo habia hecho.

Se acercó á la puerta.

Se inclinó.

Miró por el ojo de la cerradura.

Nada vió, porque las dos mujeres y el hombre misterioso habian entrado en otro aposento.

Andrés no podia permanecer allí.

Juró vengarse cruelmente.

Bajó.

Al llegar al portal se le presentó la señora Nicasia, diciéndole:

—Ya habrá usted visto que...

—Déjeme usted,—interrumpió el calavera.

Y salió de la casa.

Llegó á la plazuela de Puerta de Moros.

Entró en un coche de alquiler.

—A Fornos,—dijo.

Crugió el látigo.

El carruaje se alejó.

---

José María Gante

## CAPITULO XVIII.

### Desenlace.

Andrés se alejó de la casa en un estado de verdadera desesperacion, de profundo trastorno, de delirio.

Se habia visto humillado, su soberbia estaba herida y sufría lo que apenas se concibe.

Tenia necesidad absoluta de un desahogo, y para tranquilizarse no tenía suficiente con la esperanza de poder vengar las ofensas que habia recibido del hombre misterioso. Necesitaba más y más pronto.

¿Qué haría en aquellos momentos?

Ni él mismo lo sabía.

Lo único que podía tranquilizarlo era la seguridad de que al día siguiente habría muerto ó quitado del mundo á su rival.

Si sucedía lo primero, todo habría concluido,

y si lo segundo, emplearia toda su astucia, toda su maldad y todos los medios de que disponia hasta conseguir ser dueño de la jóven, no precisamente para satisfacer su pasion, sino para acallar su soberbia.

No contaba con las coincidencias y las circunstancias, que son superiores á la criatura y que contrarían todos los propósitos y desbaratan todos los planes.

Quiso la casualidad que en el café de Fornos se encontrase con sus más íntimos amigos, y que entre éstos estuviese el jóven enfermizo, audáz y mal intencionado que lo habia expiado tan hábilmente, con el santo fin de ponerlo en ridículo.

Al verlo, sintió Andrés que á su cabeza afluia toda su sangre; pero se dominó.

Recibido fué con demostraciones de alegría y con bromas demasiado picantes.

Decidieron comer reunidos y se trasladaron á una habitacion donde podian hablar sin que los escuchase ningun desconocido.

Las bromas fueron graduándose á medida que comian y bebian, y cada vez fueron tambien más claras las alusiones que se hicieron á las aventuras amorosas de Andrés.

Sufrió éste con más paciencia de la que debia esperarse de su desesperacion; pero al fin

llegó un momento en que no le fué posible dominarse, y dijo:

—Es posible que yo sufra una derrota; pero los desdenes de una pobre mujer no han de hacerme sufrir ni humillarme tanto como hará sufrir á un niño la leccion de prudencia y de respeto que le daré, convenciéndolo así de que es muy peligroso subirse á las barbas de los hombres.

La alusion no podia ser más clara, y sin embargo, Andrés añadió:

—A los niños les sucede lo mismo que á las mujeres, que abusan fiados en la impunidad, porque saben que todo se les perdona porque son débiles, ó lo que es igual, por compasion.

Se tornó sombría la mirada del jóven enfermizo.

Fulgor siniestro brilló en el fondo de sus pupilas.

Se entreabrieron sus lábios para sonreir irónicamente.

Tomó su copa y bebió.

Luego dijo:

—¿Y qué se hace con los niños, cuando prueban que valen tanto como los hombres?

—Se les castiga para convencerlos de que son locas sus pretensiones varoniles.

—Si yo me encontrase en ese caso, aceptaria

la leccion para tener el gusto de darla á mi vez, convenciendo al hombre de que las barbas no dan valor.

—En ese caso...

—Brindemos, Andrés.

—Sí; todo esto es una broma...

—Que puede concluir con un pistoletazo ó con una estocada.

Los demás amigos quisieron dar nuevo giro á la conversacion; pero nada consiguieron, porque Andrés habia pronunciado la primera palabra y tenia que ir hasta el fin; despues de amenazar, le exigia su honra cumplir la amenaza.

El jóven no estaba ménos comprometido.

Ninguno de los dos queria ceder.

Se cruzaron nuevas alusiones.

Andrés concluyó por acusar claramente á su amigo, diciéndole que habia cometido un abuso y que lo castigaria.

Con la ira y con el vino, se habian calentado demasiado las cabezas.

Así llegó un momento en que era imposible una solucion pacífica.

El jóven demostró más audacia que nunca.

Sus provocaciones fueron las más sangrientas.

Habia ya necesidad absoluta de que cada

cual dejase á salvo su honor, y cuando terminó la comida, se habia pronunciado ya la última palabra.

Los que habian sido testigos de la ofensa, lo serian de la satisfaccion.

Los cuatro amigos de Andrés y del jóven debian ponerse de acuerdo en representacion de los que habian de batirse.

Andrés no ponía más que una condicion, la de terminar aquel asunto á la mañana siguiente, fundándose en que al otro dia tendria que batirse con su misterioso rival.

Ya no hablaron más del asunto que habia motivado el conflicto.

Tomaron el café.

El objeto de la conversacion fué los teatros, los paseos y las reuniones.

Todos reian y aparentaban completa serenidad.

Al verlos no hubiera creído nadie que dos de aquellos hombres acababan de ponerse de acuerdo para jugar la vida á la siguiente mañana.

Se separaron á las nueve de la noche.

Andrés y su adversario se fueron á la Opera.

Así probaban que no estaban preocupados por lo que podia sucederles.

La noticia del próximo duelo cundió con rapidez en los círculos del gran mundo.

Hiciéronse muchos comentarios.

Algunas personas opinaban que ningun hombre debía batirse con el mancebo enfermizo, cuya existencia debía ser breve; pero otros decían que la enfermedad no le autorizaba para cometer cierta clase de abusos, y que era preciso cartigarlo para que no se alentase con la impunidad.

Todos aquellos comentarios eran inútiles.

Las condiciones del duelo quedaron arregladas.

La pistola fué el arma elegida.

La noche pasó.

A la mañana siguiente, muy temprano, pudo verse un carruaje que salió por la puerta de Alcalá, tomando por la carretera.

Pocos minutos despues llegó al mismo sitio otro coche y siguió por el mismo camino.

Antes de que media hora trascurriese estaban reunidos los dos adversarios, los testigos y un médico.

Por mera fórmula se intentó una avenencia.

Nada se consiguió.

No tenemos para qué pintar los detalles de aquel suceso.

El jóven enfermizo tenia una tranquilidad verdaderamente espantosa.

Sonreia con satisfaccion inmensa.

Le tocaba disparar primero.

Así lo hizo con rapidez, sin detenerse apenas para cuidar de la puntería.

Resonó la detonacion.

Andrés quedó inmóvil por un momento.

Su cuerpo vaciló.

Escapóse la pistola de su diestra.

Abrió los brazos y cayó pesadamente.

Acudieron los demás.

El médico examinó la herida y dijo:

—No hay salvacion posible.

—¡Ah!...

—Morirá en muy pocos dias, quizás mañana.

Andrés tenia la herida en un costado, y la bala debió interesar alguna entraña.

Hizo el médico lo que pudo en aquellos momentos.

El jóven preguntó á sus amigos:

—¿He cumplido mi deber?

—Sí,—respondieron.

—Creo que ya puedo decir que soy hombre.

No pronunció una palabra más.

Encendió un cigarro.

Volvió á su carruaje con sus dos testigos.

Se alejaron y desaparecieron.

El herido fué llevado á su casa.

Volvió á decir el médico que no habia salvacion posible.

A otros se llamó.

Todos opinaron lo mismo.

Al medio dia recobró Andrés el conocimiento. Su cabeza estaba más despejada de lo que debia esperarse.

Miró á los amigos que rodeaban el lecho.

—Voy á morir,—dijo.

—Lo sabe Dios,—le respondieron.

—¿Creeis que la muerte me espanta?

—No; pero...

—No quiero hacerme ilusiones, y sobre todo necesito conocer la verdad, porque tengo que ocuparme en arreglar mis intereses.

Dejar que Andrés muriese sin arreglar sus asuntos era dar ocasion á consecuencias, que podian ser muy trascendentales, y la responsabilidad seria de sus amigos.

Ninguno de éstos queria aquella responsabilidad, y despues de conferenciar muy detenidamente decidieron decirle al herido que su estado era muy grave y que podia morir, si bien los médicos no desesperaban de salvarlo.

Así lo hicieron.

Con tranquilidad perfecta escuchó Andrés.

Luego desplegó una sonrisa y dijo:

—Yo debía batirme mañana y quizás hubiera matado á mi rival, en cuyo caso las consecuencias...

Se interrumpió

Volvió á sonreír.

Después de algunos minutos murmuró:

—Preciso será creer que hay una Providencia.

Estas palabras fueron escuchadas con sorpresa profunda por sus amigos; pero más se sorprendieron al oír que Andrés decía:

—Debo prepararme.

—Tus asuntos...

—Mi conciencia.

—¡Tu conciencia!...

—Ha dormido, y ahora se le antoja despertar. Mientras no sepais lo que es la conciencia, os reireis de todo y gozareis.

—¡Andrés!...

—La muerte no me espanta, la miro con serenidad, hasta con desprecio, y ese fantasma que llaman conciencia me hace temblar. Necesito tranquilizarla á toda costa. He hecho mucho mal y haré algo bueno al morir... Me mirais sorprendidos... Quizás no me entendeis... Por vuestra desgracia llegará un día en que os acordareis de mis últimas palabras.

¿Qué habian de responder los amigos?

Quedaron inmóviles y mudos.

Sentían un malestar inexplicable.

Andrés les rogó que fueran á buscar al cura de San Andrés.

Inmediatamente lo hicieron así.

Una hora despues se presentaba el anciano sacerdote.

Su sencillez y su dulzura infundió respeto á aquellos hombres que de todo se burlaban.

¿Era verdad que habia despertado la conciencia de Andrés?

Sí.

En aquellos momentos solemnes y terribles, cuando se encontró á las puertas de la eternidad, vió por primera vez la mano del Omnipotente.

El que nunca habia temblado ante la cólera de los hombres, sintióse poseido de pavor al pensar en la justicia divina.

Habia encontrado el castigo en sus propias maldades, y esto fué un rayo de luz para su inteligencia.

Entónces pudo apreciar toda la virtud de Emilia, y por consiguiente, se horrorizó ante su propia maldad.

Iba á morir y ya no podia tener ambiciones.

Para él todo concluía y no quedaba más que el sepulcro con sus frias tinieblas, la eternidad

con su misterio impenetrable, y la justicia del Omnipotente, tan inexorable como infalible.

Empero, tambien pensó que el Omnipotente era misericordioso hasta lo infinito.

A toda costa queria que se salvase su alma.

Su cuerpo se debilitaba, comprendia la descomposicion de las materias, y sin embargo, habia en él otra cosa superior que no podia ser más que el espíritu.

El sacerdote entró en el dormitorio.

Los amigos se fueron á otra habitacion.

Andrés rogó al anciano que lo escuchase, y luego le refirió su historia, dándole á conocer el criminal abuso que habia cometido al falsificar el testamento y hacerse dueño de las riquezas que su tio dejó al morir.

Esta declaracion era bastante para que á Emilia se le hubiese entregado la fortuna que le correspondia tan legítimamente; pero hubiera tenido que acudir á los tribunales, sufriendo molestias y dilaciones, y Andrés creyó que lo más conveniente era otorgar testamento á favor de la infeliz jóven ó de la madre de ésta, sin hacer mencion de la procedencia de la fortuna. Así Emilia podia desde luego posesionarse de los bienes que le pertenecian.

Sin embargo, el sacerdote debia revelar el secreto á las dos mujeres para que compren-

diesen el por qué las nombraba herederas el que tanto les habia hecho sufrir.

Más de una hora se prolongó aquella conferencia.

El sacerdote dió gracias al Omnipotente y salió para ir á llevar la noticia á las dos pobres mujeres.

Entre tanto Andrés mandaba que fuesen en busca de un escribano para otorgar testamento.

Llegó el sacerdote á la casa de la calle de las Tabernillas.

Subió.

Encontró á las dos mujeres muy tristes y preocupadas, y principalmente á la jóven.

El motivo de la preocupacion no era otro que el de haber reconocido Emilia á su antiguo amante en el protector misterioso que la tarde anterior la habia salvado.

Despues de las explicaciones de absoluta necesidad, Eduardo manifestó su deseo de casarse con Emilia inmediatamente, lo cual le habia parecido muy bien á la madre, considerándose feliz.

Parecia que todas las dificultades estaban ya resueltas; pero la jóven, llevando su delicadeza hasta la exageracion, dijo que no se casaria, si bien declaraba, que más que nunca amaba á Eduardo.

¿Qué significaba tan extraña determinacion? La infeliz habia sospechado que no era el amor, sino la compasion lo que á Eduardo movia para determinar casarse.

Interpelada una y otra vez, dió al fin explicaciones, y juró que su propósito era firme.

Inútiles fueron todos los razonamientos.

Eduardo salió aquella noche de la casa, no ménos desesperado que Andrés.

¿Cómo convenceria á la mujer que amaba tanto?

No era posible conseguirlo.

Así queda explicada la preocupacion y tristeza de la madre y de la hija.

El sacerdote les preguntó, y le respondieron con franqueza, puesto que era imposible que reservadas fuesen con quien tantos beneficios les habia hecho.

—Pues ahora escuchadme,—les dijo el anciano,—porque vais á ver clara como nunca la Providencia.

Refirió el desgraciado suceso que tenia al antiguo calavera á los bordes del sepulcro.

Con tanta sorpresa como asombro escucharon las dos mujeres.

Lo que sintieron no tiene explicacion.

El sacerdote terminó el relato con la resolucion de Andrés.

Si Eduardo insistia en casarse, ya no podria decirse que lo impulsaba un sentimiento de compasion y que se sacrificaba para hacer un beneficio.

Así podria estar tranquila la jóven.

Ya era rica, más rica que Ednardo.

Tanta era la nobleza del corazon de Emilia, que suplicó al Omnipotente que devolviese la salud al hombre que le habia hecho tanto mal.

El sacerdote la bendijo.

Quería terminar aquella buena obra.

Se despidió de las dos mujeres.

Fué á buscar á Eduardo para darle á conocer la situacion y hacerle comprender que estaba obligado á perdonar á Andrés.

No era menester que se tomase esta molestia, puesto que Eduardo no era ménos nòble y generoso que Emilia.

El drama habia terminado.

Andrés otorgó testamento á favor de la madre de Emilia.

Al dia siguiente dejó de existir, despues de haber cumplido sus deberes religiosos, con muestras de arrepentimiento verdadero.

Su conducta debia ser objeto de todas las conversaciones por algunos dias.

Se hicieron muchos comentarios sobre la circunstancia de haber dejado toda su fortuna

á la madre de la j6ven á quien quiso seducir y que habia sido causa inocente del sangriento desenlace.

Ent6nces Eduardo se present6 á las dos mujeres y le dijo á Emilia.

—No has querido ser mi esposa porque eras pobre. ¿Debo yo casarme contigo, cuando t6 eres m6s rica que yo? ¿No debo tener escr6pulos y temer que se crea que me ha movido el inter6s?

—Eduardo...

—Me parece que esta discusion debemos dejarla para cuando estemos casados.

Quince dias despues se habia realizado aquella union.

Eduardo no volvi6 á tener celos.

Cuando Emilia iba por la calle y encontraba á una mujer pobre y bonita, exclamaba:

—¡Infeliz!

Lo mismo ella que su marido, empleaban cada a6o una cantidad de consideracion en socorrer á esas desgraciadas que no cu6ntan con m6s recurso que el de su trabajo, que no tienen m6s tesoro que el de su juventud y su belleza y que á todas horas est6n empujadas por el hambre h6cia el abismo insondable de la prostitucion.

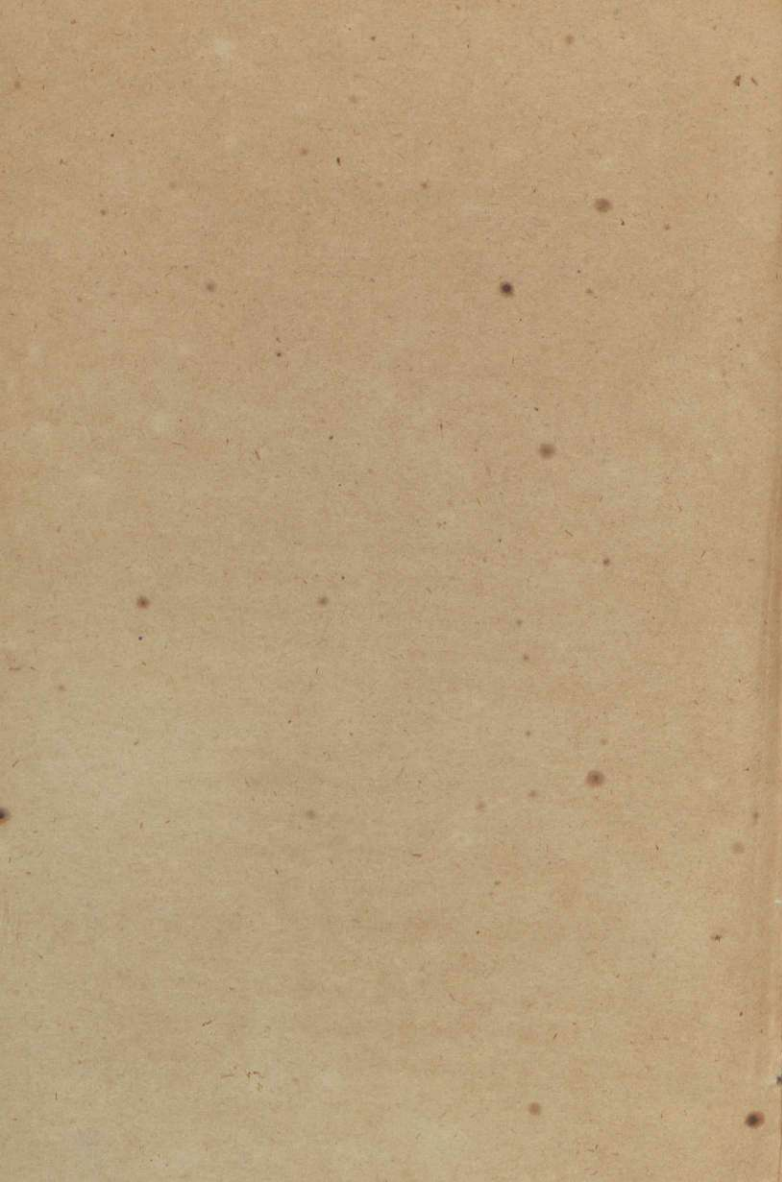
As6 termin6 la historia de la mujer bonita,

que al fin fué dichosa, á pesar del enemigo de su belleza.

El jóven enfermizo murió dos años despues.

El anciano sacerdote hacia muchas obras de caridad con el dinero que le daban Emilia y Eduardo.

FIN.



## ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Quién era ella.....	5
— II.—Un calavera.....	28
— III.—Otro cazador que caza sin salir de su nido.....	43
— IV.—Quién era el de los ojos azules...	57
— V.—Preparativos.....	80
— VI.—Don Benigno se explica como pue- de y calcula como sabe.....	92
— VII.—Cómo ayudaba la portera al se- ductor.....	109
— VIII.—Una coincidencia providencial...	120
— IX.—Una coincidencia.....	136
— X.—Como la noche anterior.....	147
— XI.—De mal en peor.....	157
— XII.—Lo que hizo el hombre misterioso.	170
— XIII.—La alternativa.....	179
— XIV.—Proposiciones.....	191

3.600

Kel

-ATV

-GRAN

-LE 1

-JXIX

Páginas.

- XV.—Empieza á cambiar la situacion para todos.....	207
- XVI.—Sucesos inesperados.....	217
- XVII.—Cómo se entendieron los dos rivales.....	227
- XVIII.—Desenlace.....	236

—



